



Vanessa Yepes

Tirando Cadáveres

D.J.57

Tirando Cadáveres

Vanessa Yepes Egea

1.

–112, le atiende Maricela, ¿en qué puedo ayudarle?

La teleoperadora acababa de recibir una nueva llamada. Eran bastantes seguidas estas llamadas entrantes, especialmente en verano. Ocurrían accidentes de todo tipo en esta época del año. ¿Quién no aprovechaba que hacía bueno para salir a tomarse algo a alguna terraza o se embarcaba a lo loco en algún deporte de riesgo que en invierno no se atrevía a practicar?

Maricela quedó a la espera de la contestación, pero no se oía nada al otro lado de la línea. Esto la daba mucha rabia. El teléfono de emergencias era gratuito y muchos adolescentes patosos llamaban para gastar bromas, sin darse cuenta de que ocupaban la línea mientras que un pobre anciano podría haberse caído al suelo y no podía acceder a la ayuda de Maricela por su culpa.

–Buenas tardes: 112, ¿en qué puedo ayudarle? –volvió a indicar Maricela.

Nada al otro lado de la línea. El caso es que su intuición de teleoperadora de emergencias se había activado y estaba casi segura de que la persona que estaba al otro lado del teléfono estaba escuchando y esto no era una broma. Pero claro, ella tenía que seguir el protocolo como el resto.

–Si no me responde procederé liberar la llamada para atender otras emergencias.

–Ayúdame –respondió una voz de mujer al otro lado de la línea.

<<Lo sabía, aún conservo mi intuición>> pensó Maricela.

–Perdone, no le oigo bien, ¿puede acercarse más al teléfono?

–Ayúdame –dijo la mujer otra vez, casi susurrando.

–Estamos aquí para ayudar a todos los ciudadanos. ¿Puede indicarme qué clase de ayuda necesita? ¿Desde qué dirección me está llamando?

–No lo sé.

–¿No lo sabe? ¿Habla bajo por alguna circunstancia? Responda solo sí o no en caso de que no pueda hacer ruido.

–...

La teleoperadora que estaba atendiendo la llamada en el centro del 112 había sido formada para toda clase de situaciones de emergencias y sabía perfectamente cómo actuar en cada caso. Solo esperaba que el silencio que escuchaba desde el otro lado de la línea no significara lo peor.

–¿Cómo te llamas?

De nuevo silencio por parte de la mujer.

–¿El motivo de la llamada es por un accidente de tráfico? –La teleoperadora contuvo el aliento.

–No.

–¿Te encuentras retenida y no puedes hablar?

De nuevo, Maricela, volvió a contener el aliento hasta que la mujer respondió.

–Ahora estoy fuera –dijo entre susurros– pero ellos vienen a por mí.

–¿Ellos? ¿Hay más de uno?

–Sí, pero no sé cuántos exactamente.

–¿No puedes indicarme la dirección exacta o algo que me sirva para ubicarte? ¿Qué tienes cerca?

–Campo. Aquí no hay nada.

–¿Me puedes indicar al menos la provincia?

–Estoy en Soria. Al menos esta mañana estaba cerca de Medinaceli. Ahora no sé dónde estoy. Me cogieron entre varios.

De repente se hizo el silencio y se escuchó un grito desgarrador a lo lejos.

–¿Hola? ¿Me oyes? ¿Sigues en línea? Necesito que me digas algo más para mandar alguien que te ayude.

En la pantalla del ordenador apareció el mensaje de “Fin de la conexión”. La llamada se había cortado.

2.

–¿Has visto el rollo nuevo ese de que la gente se matan unos a otros de forma virtual? –preguntó Christian a su secretaria Ana impactado porque para él era la primera noticia.

–¿Dices el del BOT que mata aleatoriamente a famosos?

–Sí, ese. Joder, no me mola nada. Tengo la sensación de que *Skynet* ya está aquí –dijo Christian notando como se le erizaba el vello de los brazos

–¿Quién? –preguntó la joven secretaria levantando los ojos de la pantalla del ordenador.

–Ah, sí. Siempre se me olvida que eres una *millennial* y que no todos habéis visto un clásico como *Terminator*.

La secretaria se limitó a asentir con un movimiento de hombros y volvió a poner la mirada en la pantalla.

–Pues yo me he apuntado al juego nuevo.

Christian abrió los ojos y levantó las cejas para indicar su asombro, pero ella estaba pendiente de algo de internet y no se molestó en ver la expresión de la cara de su jefe. En vista de lo cual Christian dijo lo que estaba pensando en voz alta, a ver si de esta manera Ana reaccionaba.

–¿Eres famosa?

–¿Qué? –preguntó Ana sin mirarle a los ojos y haciendo *clic* con su ratón sobre algo que estaba visualizando en este momento y que claramente era más importante que la conversación con Christian.

–¿Eres famosa? ¿Eres de la familia de las *Kardashian*?

Esta vez sí atrajo la atención de Ana que, además de levantar la cabeza para mirarle, soltó una pequeña carcajada.

–Sí, claro. Si fuera yo famosa iba a estar aquí sentada ahora mismo.

–Vaya, gracias por ser tan sincera.

La verdad es que Christian lo entendía perfectamente. Él mismo daría cualquier cosa por no tener que seguir trabajando. El negocio estaba a medias con un compañero de la policía que conoció mientras realizaba su formación en Ávila. Chema, que así se llamaba su socio, había decidido que las normas no eran para él y se puso como detective privado, tras haber intentado, sin éxito, ser policía. No llegó ni a graduarse. Sus padres fallecieron y le dejaron una herencia considerable. Además, después del tiempo que había pasado en Ávila, sacarse la licencia de detective le resultó muy fácil. Christian tardó más en decidirse. La profesión de policía formó parte de su vida cinco años, pero tuvo una lesión grave en una cadera debido a una persecución de unos *okupas* y a partir de ese momento decidió que su vocación de ayudar iba por otro camino. Nunca perdió el contacto con Chema desde que se conocieron, aunque no coincidieron en la academia, así que, en un momento dado de sus vidas, los dos se asociaron y montaron El enigma SL.

Al principio fue todo desembolso de dinero y después de dos años funcionando lo único que queríamos era llegar a final mes sin dar pérdidas. Christian deseaba tener dinero como esas personas que viven desahogadas y venían a su despacho para gastarse el dinero que les sobraba en la confirmación de sus sospechas. Es decir, el tipo de clientes habituales que les contrataban.

A día de hoy la plantilla de El Enigma estaba formada por Chema, Christian y Ana. Chema, que hacía los encargos más macabros, especialmente cuando se refería aquellos casos de desapariciones o infidelidades. Christian, que intentaba coger los casos más fáciles, aunque a veces eran los más largos porque requerían de muchas pruebas que aportar, como aquella vez que tuvo que pujar por unas joyas robadas previamente. Y finalmente estaba Ana, la joven secretaria, que comenzó a trabajar en esta agencia de detectives recién salida de una academia de secretarías de dirección, y que se dedicaba a todo el papeleo y a contestar al teléfono. Además de esta plantilla permanente, también contábamos con Carmen, una mujer madura, que superaba los cincuenta años, y que llevaba limpiando oficinas y casas particulares toda su vida. Carmen les honraba con su presencia martes y viernes, tres horas cada día.

Hoy era miércoles así que no esperaban la presencia de Carmen. Chema tampoco andaba por la oficina. El día anterior les dijo que tenía que hacer unas fotos a una mujer despampanante cuyo marido nos había contratado porque sospechaba que su mujer estaba liada con su entrenador personal del gimnasio. Era un clásico pero, sí, estos eran las clases de casos más habituales para El Enigma. No obstante, a veces, Christian y Chema, se permitían el lujo de reírse con alguno de sus casos, como el que Chema iba a investigar esta misma mañana. ¡Qué sorpresa se iba a llevar el marido cuando descubriera que el amante de su mujer no era un él sino una ella, porque se trataba de su cuñada, la hermana del propio marido! Chema llevaba una semana detrás de ella y el colofón de las fotos se iba a producir esta misma mañana, según pensaba Chema.

Por otro lado, Christian y Ana no tenían apenas trabajo y estaban pasando el tiempo. Ana mirando su pantalla y él mirando a Ana. Christian no entendía como Ana no se cansaba de pasar ocho horas al día delante de

una pantalla, ya fuera en *Google*, *Instagram*, *Facebook* o vete tú a saber dónde.

Cuando Christian se cansó de mirar a Ana se levantó de la esquina de la mesa donde había estado sentado todo este tiempo y se dispuso a marcharse al interior de su despacho, pero Ana le volvió a hablar, aunque más bien parecía que lo hacía para sí misma.

–Madre mía, otro asesinato en pleno Madrid.

–¿Cómo? –preguntó Christian.

–Sí. Ya van dos en menos de una semana –contestó Ana sin levantar la vista. Con el cursor iba bajando líneas mientras que leía lo que parecía la noticia del día.

–Bueno, esto en las grandes ciudades es normal –comentó Christian sin saber muy bien de qué hablaba Ana.

Es cierto que Christian era detective, y durante muchos años fue <<poli>>, pero no era alguien que se interesase por ver los sucesos en la prensa. Más bien no leía nada. Alguna noticia, de lo poco que se enteraba, le llegaba porque alguno de sus dos compañeros de la oficina se lo contaba. Christian era de series. Vivir solo fomentaba hacer lo que le diera la gana y eso incluía cenar lo que le apeteciese, ver en la televisión lo que él eligiese y comprarse la ropa que le viniese en gana.

–Sí, claro –dijo Ana con tono irónico–. En las ciudades grandes puede haber muertes más violentas que en las localidades más pequeñas, pero estas dos muertes están unidas, empiezan a hablar de un asesino en serie en Madrid.

–¿Un asesino en serie? Jolín con las series policiacas, ¡qué mal han hecho a este país! –dijo Christian soltando una risotada que sonó más fuerte de lo que él mismo esperaba.

Ana giró la cabeza bruscamente y le miró con condescendencia. A veces se apenaba de lo bobalicón que podía ser Christian. Ana pensaba que alguien como él nunca iba a encontrar el amor de su vida por su forma de

ser. Si alguna vez se cruzaba con alguna chica en su vida ya se encargaría él solito de apartarla de su lado.

–No te enteras de nada, ¿no? –preguntó Ana, poniendo los ojos en blanco.

Christian se quedó serio y no supo qué contestar.

–El pasado sábado encontraron el cuerpo de un hombre de cuarenta y muchos, desnudo, dentro de un contenedor de basura. La persona que lo encontró fue una señora mayor que vive en la calle Noviciado. Bajó a tirar la basura temprano y se encontró el cuerpo dentro del cubo. Según leí, la mujer bajó pronto a tirar la basura porque le gusta aprovechar para pasear a su perro a esas horas porque aún no es de noche.

>>Por lo visto –continuó Ana–, la policía había hablado con el portero y este indicó que había sacado los cubos poco antes de las ocho de la tarde y estaba completamente seguro de que todos estaban vacíos. La mujer mayor tuvo que bajar antes de las ocho y media. Eso significa que dejaron el cuerpo dentro del cubo de basura a plena luz del día. ¿Y no hubo testigos? Eso no se lo cree nadie. Aunque es cierto que la policía encargada del caso aún no ha encontrado a nadie que viera nada. O eso pone aquí.

–Pobre mujer, menuda cara tuvo que poner cuando, al abrir el cubo, se encontrara con un cuerpo dentro –dijo Christian.

–Sí. En el artículo del domingo el periodista ponía que tuvo que desplazarse una ambulancia hasta allí para atender a la pobre mujer, que estaba muy alterada.

–¿Y qué relación guarda con el segundo caso? –preguntó Christian empezando a interesarse.

–Pues este segundo caso es de ayer martes. Han encontrado el cuerpo de una mujer, totalmente desnudo, tirado entre la basura de una urbanización de pisos de la zona nueva de Valdebebas.

–¿También dentro de un cubo de basura?

–Sí –contestó Ana–. Pero hay algo más, algo que ha trascendido a la prensa, aunque parece ser que la policía no quería revelar nada. Además de encontrarse los dos cadáveres desnudos, contorsionados con formas imposibles para entrar dentro de los cubos sin que por fuera se apreciase nada, parece ser que los dos cuerpos tenían un tatuaje reciente en el glúteo derecho. Les habían marcado como animales con un doble círculo, uno dentro del otro. Y, a su vez, dentro del círculo más pequeño aparecía una letra, la B mayúscula.

–¿Y cómo ha podido trascender esto? –dijo Christian–. Yo he pertenecido al cuerpo de policía y te aseguro que son muy minuciosos, y si no quieren que alguna pista salga a la luz, porque puede enturbiar el caso más que ayudar, no sale.

–La mujer de Valdebebas no era de Madrid. Era de Soria. Y estaba casada con el alcalde de una pedanía cercana a Medinaceli. El alcalde, en cuanto que ha sabido que habían encontrado el cuerpo de su mujer, ha dado una rueda de prensa. Ha sido él el que ha comentado que su esposa, hasta su desaparición, el lunes por la noche, no tenía ningún tatuaje en el culo.

3.

Christian, después de estar hablando con Ana, había decidido encerrarse en su despacho, mientras esperaba las noticias de Chema sobre el caso de la mujer adúltera. Y pensó que iba a buscar él mismo algo más sobre el asunto que le había comentado su secretaria.

Había muchos artículos de los principales diarios sobre el caso, pero la mayoría de ellos no aportaban más información que lo que la propia Ana le había contado. Todo el mundo hablaba de la mujer del alcalde soriano, pero nadie hacía referencia a la identidad del pobre hombre encontrado en el cubo de basura unos días antes. Christian se preguntaba muchas cosas,

¿Sería el hombre de Madrid o sería de otra provincia? ¿Sería también de Soria y era el amante de la mujer del alcalde? Esta última pregunta se hacía espacio en su cabeza pero seguramente sesgada por el trabajo que realizaban ellos habitualmente en El Enigma. Por otro lado, esta hipótesis no podía ser porque se habían encontrado los cuerpos en días distintos. Pero, pensándolo mejor, si era un secuestrador el que les había retenido igual quería dejar su marca con el tatuaje. ¿Y si había sido el propio alcalde el que los había matado por despecho?

Envuelto en estos pensamientos se encontraba cuando oyó un grito proveniente del sitio de trabajo de Ana.

—¿Qué pasa?

Christian salió casi corriendo del despacho para socorrerla en caso de que le necesitase. Pero no, Ana seguía sentada donde la había dejado y seguía mirando el ordenador fijamente.

—¡Estoy dentro! —gritó.

—¿Dentro de qué? —preguntó Christian.

—Del juego, te lo he comentado antes.

—¿Qué juego? —volvió a preguntar Christian sin entender a qué se refería la joven secretaria.

—Ay, jefe, siempre igual. No me prestas suficiente atención. No sé cómo salen los casos de este despacho —dijo con tono de complacencia hacia él—. El juego de los BOTs que simulan una guerra y un famoso mata de forma virtual a otro famoso, ese que cada hora es como si hubiera pasado más tiempo y hay una muerte. Me recuerda a los “juegos del hambre” virtual.

—Sí, eso ya me lo contaste, pero ambos llegamos a la conclusión de que tú no eres famosa.

—Ya, pero un ingeniero español lo ha copiado, más o menos porque hay variaciones, y ahora se puede jugar entre personas anónimas. Tienes que

apuntarte y si recibes una contestación vía email estás dentro del juego. La idea es que el juego perdure en el tiempo así que aunque se vayan matando personas siempre habrá otras dispuestas a entrar.

Christian no daba crédito a lo que Ana le estaba contando. Pensó que la estupidez humana no tenía límites.

–¿En serio quieres que alguien lea por ahí, en las redes sociales o dónde sea, que has matado a fulanito o menganito te ha matado a ti?

–Bueno, no son solo fulanitos y menganitos los que juegan. También hay famosos, no solo juegan desconocidos. Me gustaría que me tocaran unos cuantos.

–¿Y qué aliciente tiene para ti eso? ¿No tienes bastante con ver las muertes reales? ¿Te parece, acaso, divertido que alguien haya matado a esa mujer y a ese hombre de los que hablábamos antes, y que les hayan dejado en un contenedor de basura?

Christian vio cómo se desdibujaba la sonrisa de Ana poco a poco.

–Jo, jefe. Tienes razón. No lo había pensado. Creo que ya no me motiva jugar a este juego virtual de muertes.

Según dijo esto Ana, comenzó a sonar el móvil de Christian que estaba en el despacho. Salió disparado hacia dentro de la sala y descolgó sin mirar la pantalla del teléfono.

–Hola, socio.

Era la voz de Chema.

–Hola, Chema. ¿Has acabado ya con lo de la mujer que se ha liado con su cuñada?

–Sí y no. De momento he acabado de hacer fotos, pero igual me tengo que ir luego a la sierra. Creo que se van a volver a ver en la casa que tiene el matrimonio en Guadalix. Si consigo alguna foto en la que se estén dando el lote habré terminado con este asunto. Obviamente no le puedo presentar a

nuestro cliente fotos que parecen una estampa familiar de dos cuñadas que van juntas en el coche, pensará que han quedado para irse de compras o para tomar algo.

–¿Y hoy vienes a la oficina para comer?

–Sí, voy para allá. En treinta minutos estoy por la zona.

4.

Cuarenta minutos más tarde estaban los tres sentados en una mesa redonda del Lateral, un restaurante de tostas que estaba muy cerca de su despacho y al que acudían con relativa asiduidad.

–Pues lo que te iba diciendo –dijo Chema, dando toda clase de detalles morbosos sobre su caso actual– las dos mujeres se han alquilado una habitación en el hotel para hoy. Y yo intentando hacer fotos sin que me pillasen.

Chema era muy hablador, pero nunca contaba cosas muy personales. Lo poco que decía sobre sí mismo era banal y sin importancia. Christian pensaba que le daba vergüenza porque tenía bastante dinero y no quería presumir de ello. Sin embargo, siempre contaba de forma pormenorizada los casos, llegando a saturar al resto en numerosas ocasiones. Ana no solía decir nada porque para ella era uno de los dos jefes y pagaba su nómina, así que prefería callar. A veces desconectaba de la conversación y sólo se limitaba a asentir con la cabeza de vez en cuando para que él pensara que seguía la conversación. Pero hoy estaba más ausente de lo habitual. Chema y Christian se lo notaron rápidamente. Al principio no dijeron nada pero, al cabo de un rato, Christian le preguntó.

–Ana, ¿te encuentras bien?

–¿Eh? –dijo ella. Claramente estaba totalmente fuera de la conversación.

–¿Qué si te pasa algo? –repitió Christian.

–No – pero se quedó un instante en silencio–. Bueno, sí. ¿Te acuerdas del juego ese del BOT?

–¿Qué juego? –preguntó Chema, pero ninguno de los otros dos comensales tuvo a bien responderle.

–Sí –contestó Christian ignorando la pregunta de su socio.

–Después de hablar contigo he intentado darme de baja.

–¿Y? –la apremió Christian.

–No me deja. No hay ningún formulario para darse de baja.

–¿Qué juego? –volvió a preguntar Chema sintiéndose desplazado de la conversación.

–Ese que es un BOT que juega a que unas personas matan a otras.

–¡Ah, sí! Lo he visto –dijo Chema –. Me he apuntado.

–¿Tu también? –preguntó Christian.

–Sí. Es curioso.

–¿Y te han aceptado? –ahora era Ana la que preguntaba con cara de preocupación.

–Sí, hace días. Pero aún no he matado a nadie. En el juego hay una muerte cada doce horas. Yo quiero que sea más deprisa. Una muerte cada dos horas ¿os imagináis?

A Christian se le puso la carne de gallina de nuevo. A él esos juegos no le gustaban nada.

5.

La tarde se hizo para los tres bastante tediosa, no ocurría nada de nada. Chema estuvo tecleando desde su despacho, así que seguramente lo que hacía era redactar un informe para el marido cornudo, nuestro cliente. Hoy tenía pensado quedarse más tiempo en el despacho, tenía muchas cosas por hacer, según les había informado a Christian y a Ana. Sería el único con cosas por hacer. Ana le contó a Christian cuando se iba que estuvo intentando darse de baja en el maldito juego pero, en vista de que se hacía imposible, decidió dejar el asunto aparcado y se dedicó a su *Instagram* y *Facebook* hasta que llegó la hora de salida, las seis en punto.

Christian se dedicó a jugar al solitario en su portátil. Estos juegos sí que le gustaban a él. Toda una tarde productiva. Cuando llegó la hora de marcharse se despidió de Chema y Ana, y se fue en dirección hacia su casa a pie. Era muy cómodo vivir por el centro, pero como cada tarde, primero se pasaba por el bar donde de vez en cuando coincidía con sus excolegas de la policía. No envidiaba esa vida, pero sí quería tener un poco más de acción en la suya, así que escuchar las historias de sus excolegas le subía un poco la moral.

6.

Cuando llegó al Bar “Bar i Tapa”, parecía un nombre catalán, descubrió que no había mucho ambiente ese día. Las mesas estaban prácticamente vacías, sin clientes ocupando sus sillas, y solo vio a Óscar y a Saturn sentados en la barra, al fondo. Cuando entró ambos policías se giraron y la saludaron con la mano en alto.

–¡Hola Christian! Joer, macho, que bien que vengas hoy a visitarnos –dijo el más mayor de los dos policías vestidos de paisano.

–¡Eso, tío! Hoy hemos pensado en ti toda la comisaría –dijo Óscar, el más joven de los dos hombres sentados en la barra.

Óscar debía rondar los treinta y Saturn la cuarentena, pero desde que Óscar fue a parar a la comisaría del centro ambos se llevaban muy bien.

–¿Qué pasa, tíos? –preguntó Christian–. ¿Cómo es que os acordáis de mí, un pobre expolicía? Sea lo que sea, os juro que yo no fui –y Christian se echó a reír ante esa ocurrencia suya.

Los otros dos policías también soltaron una risotada antes de continuar con la explicación.

–Pues nos hemos acordado por los cuerpos esos que han aparecido en el cubo de la basura –dijo Saturn.

–¿Qué pasa, que me vas a contar algo del caso? –preguntó Christian.

–Sabes que no podemos, incluso aunque nosotros no estemos llevando el caso del todo –contestó Óscar, echándose para atrás el flequillo que le colgaba hasta los ojos.

Al ver ese gesto, Christian pensó que era una gozada tener pelo, no como él que desde los veinticinco ya contaba con una calva prominente, herencia de su padre. Desde los veintisiete se afeitaba la cabeza, porque pensaba que las chicas iban a creer que él era sexy si iba así peinado, y a los treinta y cinco, que tenía ahora, mantenía la rutina de afeitarse la calva, aunque ya había descubierto que las mujeres no le catalogaban como sexy precisamente.

–¿Entonces a qué se debe que hayáis pensado en mí? –insistió Christian con su pregunta.

–A que el marido de la mujer de Soria, no sé si sabes a quién me refiero, se ha presentado en la comisaría de Hortaleza y ha preguntado a los

compañeros de allí si conocíamos algún detective privado que pudiera ayudarle –respondió Saturn.

Los ojos de Christian se abrieron.

–¿Y cómo te has enterado tú de eso? Me refiero a que hay muchos detectives en Madrid, como para que hayáis pensado en mí.

–Me lo ha contado Javi, ¿te acuerdas de él? ¿El rubito con ojos azules que tenía una cicatriz en la frente que parecía Harry Potter? –Christian asintió con la cabeza a expensas de que Saturn le contara algo más–. Pues pidió el traslado el año pasado y lleva en Hortaleza desde entonces. Como a ti te conocía se ha acordado del famoso Christian, <<Cadera de platino,>> y le ha dado tu número de contacto, jajaja.

Todos los allí presentes se echaron a reír. Cadera de platino era el mote que le habían puesto después del accidente que tuvo durante una persecución con un *okupa* cuyas víctimas eran del barrio de Vallecas.

–Pues sería todo un honor. Mi socio estará encantado, pero es posible que ponga mala cara si le digo que es un caso mediático.

–Anda ya, tío. Os podéis forrar con este caso. Además –dijo Óscar–, prefiero que lo llevéis vosotros que algún desconocido que solo busca la fama. Es mejor que tu estés presente si hay que colaborar.

–¿Y no me podéis adelantar nada? No sé, por ejemplo ¿qué ha dicho el marido de la desaparición de su mujer? –preguntó Christian.

–Pues de momento no, espera a ver si te llama y te contrata. Javi le dio tu número pero ya sabes cómo son las personas desesperadas, primero dicen una cosa y luego hacen otra.

Dicho lo cual hizo su aparición por la puerta del bar Rosa, la que fue compañera de Christian hasta el accidente y la conversación se alargó hasta las nueve y media de la noche pero no se volvió a tocar el tema de los muertos dentro del cubo de basura.

7.

Al día siguiente Christian llegó pronto a la oficina. Normalmente Ana era la que abría, pero aún no había llegado así que fue Christian quien abrió. La verdad es que los tres integrantes reales del despacho de detectives tenían llave para abrir, por lo que a Christian no le causó un trauma tener que hacerlo. Lo primero que hizo fue subir las persianas del piso que tenían alquilado y que hacía las veces de oficina y abrir las ventanas para ventilar.

A eso de las diez y media Christian ya había cerrado todas las ventanas y había ordenado un poco todos los papeles, que eran pocos, y que rondaban por su despacho, por si finalmente el marido de la asesinada, o cualquier otro cliente, hacía su aparición esa mañana. Además, a las diez y treinta y cinco, Christian ya se había preparado su primer café del día y se había sentado delante de su ordenador.

En vista de que ni la secretaria ni su socio aparecían, se llegó a plantear si era un día de fin de semana o era festivo y no debía estar en el despacho, pero lo buscó en *Google* y parecía que hoy era jueves. Cogió su teléfono móvil y llamó a Chema. Este descolgó al quinto tono y la voz que tenía era de cazallero total.

—¿Qué pasa?

—Chema, ¿dónde estás?

—Pues, ¿dónde voy a estar? En casa. Te dije ayer que había quedado hoy a las doce con Matías, el cornudo, y que iba directamente a verle a su casa, en Boadilla.

—¡No me dijiste nada de eso! —contesté un poco irritado. No era la primera vez que me hacía una cosa así. Nos decía los casos de forma pormenorizada, pero en un momento dado se le olvidaba contar algo

importante, y siempre intentaba dejar de olvidadizos al resto, cuando, tanto Ana como Christian, sabían que era culpa suya.

–Vale, ya me contarás qué tal.

Y Christian colgó. No quería seguir dando vueltas sobre este asunto. Chema era un cabezón e insistiría en que ya se lo había contado y no daría su brazo a torcer.

Después Christian se dispuso a marcar el número de Ana pero no dio tiempo, justo en ese momento ella hacía su aparición en el despacho.

–Hola, buenos días.

–Hola, perdón por el retraso. Esta mañana me he quedado encerrada en el ascensor de mi edificio. He estado metida dentro de la cabina esa más de veinte minutos. Encima estaba sola. Estaba a punto de que me diera un ataque de pánico y de pronto se ha puesto a funcionar el maldito ascensor.

–Bueno, un rato en el ascensor encerrada no es para tanto. No te va a matar estar ahí dentro –dijo Christian.

–¡Uy, que no! –exclamó Ana–. No me gustan nada esos chismes. ¿Te imaginas que se descuelgan y te matas?

Christian soltó una carcajada.

–Hombre puede pasar, pero ya no son como los de antes. Están preparados para que si pasa algo se bajen muy despacio hasta la planta más baja.

–Eso es lo que dices tú, pero a mí me dan mucho miedo. Además he intentado llamar por el interfono ese, para pedir ayuda, pero nadie me ha contestado ¿te lo puedes creer?

Christian le dedicó una sonrisa a la joven Ana.

–Sí, si me lo creo. Pero me resulta muy curioso que confíes en otros aparatos en los que se ha demostrado que no son seguros, como nuestros

propios teléfonos móviles, y que no te fíes de un cacharro que lleva años funcionando con la humanidad.

–Anda, Christian, no me hables así, que pareces el abuelo cebolleta, y aún te quedan mil años para jubilarte.

En el preciso momento en el que Christian iba a replicar a Ana sobre lo del abuelo cebolleta, la puerta del despacho se abrió y apareció un hombre de unos cincuenta años, enjuto, con el pelo sucio, ojeras, y el fondo de los ojos rojo, como de haber estado llorando.

–Buenos días –dijo Ana soltando su bolso inmediatamente sobre su mesa y dedicándole una sonrisa a la nueva visita–. Por favor, siéntese aquí.

Ana le señaló con la mano derecha un sofá blanco, el único sofá que había en toda la agencia, pero Christian boicoteó este intento de hacer esperar al hombre.

–No es necesario Ana, deja que el señor pase a mi despacho.

Y con las mismas, el hombrecillo entró en el despacho de Christian, seguido por el detective, que cerró la puerta tras de sí.

–Pues dígame, ¿en qué puedo ayudarle? –preguntó Christian dedicando una sonrisa al futuro cliente.

–Soy Matías –dijo mientras se sentaba en una silla, justo en frente de la mesa de Christian.

–Ah, es usted Matías. Entonces creo que no quiere hablar conmigo, quiere hablar con mi socio, Chema –dijo Christian mientras tomaba asiento en frente del hombre.

–¿Su socio? Bueno, la verdad es que me da igual cuál de los dos me atienda, mientras que me ayuden. El caso es que ayer me hablaron de un tal Christian, ¿es usted?

–Sí, soy yo. ¿Pero usted no nos contrató para que siguiéramos a su mujer porque tenía un amante? Chema me dijo que había quedado en su

casa hoy a las doce.

El hombrecillo se puso a llorar.

–No, ¡qué más quisiera yo que mi mujer estuviese viva! Algún desgraciado la ha matado y la ha tirado a un cubo de basura como si se tratase de un desperdicio.

Christian hiló con la conversación que había tenido el día anterior con Óscar y Saturn.

–¿Es usted el marido de la mujer hallada muerta en Soria?

El hombre comenzó a llorar más fuerte, asintiendo con la cabeza. Christian no sabía dónde meterse. Se supone que él era un profesional y acababa de dar por hecho algo sin preguntar y la había cagado.

–Por favor, discúlpeme. Pensé que era otro cliente que se llama como usted. Es cierto que me han comentado que ayer estuvo usted en la comisaría de Hortaleza y solicitó la asistencia de algún detective. ¿No cree usted que sería mejor que contratara los servicios de un abogado?

–Ya tengo abogado.

–¿Y dejar que la policía se encargue de todo? Eso sería lo más adecuado –dijo Christian.

–No me fio de ellos. Están todos en el ajo.

–¿En el ajo de qué? –preguntó Christian.

–¡Ellos han matado a Conchi, ellos han matado a mi mujer!

8.

–¿Por qué dice que ellos la han matado? –preguntó Christian.

–Tenían una llamada de socorro de ella y no hicieron nada -respondió Matías.

Christian continuó haciendo preguntas y Matías contestándolas.

La regla número uno era escuchar a los clientes, escuchar lo que tenían que decir y ver si realmente era necesaria la actuación de un detective privado. Nosotros no queríamos ganar dinero a expensas de timar a la gente. Si no se necesitaba un detective privado se lo explicábamos a los posibles clientes y declinábamos el caso. Eso es lo que deben hacer los profesionales. Y en este caso Christian estaba escuchando todo lo que Matías le decía, para valorar el caso.

–Ya le digo que siempre ha sido una persona muy abierta y moderna, que en mi pueblo eso no está bien visto. Soy Alcalde desde hace cuatro años y medio, he salido en las dos últimas votaciones. Conchi pensaba que era mejor dar visibilidad al pueblo, porque decía que si no se convertiría en un pueblo fantasma con tanta persona mayor, y empezó a trabajar con las redes sociales. Llevaba todas las comunicaciones del ayuntamiento, la web oficial, *Instagram* y hasta hizo uno de esos de *Facebook* al pueblo.

–¿Un perfil? –preguntó Christian.

–Será –contestó el hombrecillo–. El caso es que cada vez pasaba más tiempo con el móvil encima, y no hacía ni caso a nadie. Por ejemplo, estábamos viendo la televisión, y ella estaba más pendiente de que fulanito había puesto una foto del pueblo o había hecho un comentario que de la película que estábamos viendo. A mí me llevan los demonios con esas cosas. Bueno, me llevaban, *que me la han matao*.

A los pocos minutos de estar dentro del despacho Ana llamó a la puerta y ofreció un café a Matías, que ya parecía más calmado. A Christian también le ofreció un café, aunque ya tenía uno. Ambos declinaron su oferta. En cuanto que Ana cerró la puerta Christian siguió preguntando.

–Pero la policía tiene buenos investigadores, los mejores. ¿Por qué no confía en ellos?

–No es que no confíe, Christian, es que confío demasiado. Ya sabe, yo también tengo mis chanchullos y mis cosas, y prefiero no tener que contarle nada a ellos.

–Cuanto más honesto sea, mejor para todos. Ahora de lo que se trata es de encontrar al asesino de su mujer.

–Lo sé. Ayer me estuvieron haciendo preguntas al respecto más de cuatro horas. Me sentía como en un interrogatorio.

<<Es que lo era>> pensó Christian.

–Mi mujer no ha hecho nada malo. Nada. Estoy seguro que no me era infiel –dijo mientras se le saltaba una lágrima de nuevo–. Solo tenía una queja de ella, bueno dos. Que estaba todo el día con el móvil y que los martes y los jueves por la tarde siempre estaba jugando a la brisca con sus amigas.

–¿Y por qué se queja de que juegue a la brisca? –preguntó Christian.

–Porque se jugaban dinero. No mucho, pero en alguna ocasión se quedó sin dinero para ir a comprar a la tienda.

Este era un aspecto nuevo de su mujer.

–¿Cree que su mujer pudo meterse en algo de juego?

–La gustaba jugar, pero Conchi era muy sensata. Solo fuimos una vez juntos al Casino de Torrelodones. Yo sí he tenido mis pinitos por ahí, pero ella no.

–¿Y esto se lo ha contado a la policía?

–Lo de la brisca, sí. Era parte de la rutina de mi mujer y eso me lo preguntaron una y otra vez, de varias formas distintas, imagino que para ver si dudaba o les ocultaba información. Pero les dije la verdad. –Matías se quedó unos instantes callado y luego añadió una última frase–. Lo que no les he contado es lo mío.

–¿Lo suyo? –preguntó Christian con cara de entender cada vez menos.

–Sí, lo mío. Antes de seguir ¿está usted contratado? ¿No debo firmar algo de confidencialidad o algo así?

Christian no daba crédito. Aún no había decidido si coger el caso o no, pero parecía que este cliente necesitaba tener todos los cabos atados.

–Sí, claro. Es ya cliente nuestro. Luego le trae Ana toda la documentación. Y la respuesta a lo que me ha preguntado es sí, lo que hablemos usted y yo es como si se lo contara a un abogado que le está defendiendo o se lo contara a un cura bajo secreto de confesión.

–Vale, pues luego hablamos de los honorarios pero le voy a contar algo que la policía no sabe aún. Tengo un *affair*.

–¿Cómo?

–Sí, tengo una amante. Y tengo miedo de que le haya pasado algo por esto. María, Mary en realidad, la muchacha rumana con la que estoy, no es capaz de matar un insecto, pero claro, tengo miedo de que alguien de su país pueda haber hecho algo a Conchi. Ojo por ojo, ya sabe. Ah, por cierto, no sé si se lo he dicho pero Conchi era búlgara. Concepción Damayanov se llamaba.

La historia cada vez se volvía más surrealista. El hombre que acababa de contratar los servicios del despacho de detectives privados, El Enigma, creía que su mujer había sido secuestrada y después asesinada por un grupo de rumanos.

–A ver, Matías. Esas cosas ocurren en las historias de las telenovelas, no en el mundo real. Su mujer ha sido víctima de alguna otra red. No tiene

pinta de ser un ajuste de cuentas. A no ser que al primer cadáver que encontraron el otro día también le conozca usted.

Había que poner algo de cordura en esta conversación porque se nos había ido de las manos.

–Ah, es verdad. Me lo contaron en la comisaría ayer. Es más, me enseñaron fotos del señor y yo no le reconocí.

–¿Lo ve?

–Pero, ¿y si son varios ajustes de cuentas y esta organización siempre lo hace de la misma manera? Igual esa es la relación.

–Matías, ¿se está escuchando usted? Entiendo que está muy nervioso y no sabe qué le ha ocurrido a su esposa, pero es mejor esperar y no hacer aún conjeturas. ¿Qué quiere que haga exactamente mi despacho por usted?

–Que haga una investigación paralela a la policía y que me informe de todo lo que descubra, sé que la policía no lo va a hacer.

Christian dudó por un segundo pero aceptó el trato. Ahora solo faltaba que Ana le pidiera todos los datos necesarios a Matías.

Christian iba a dejar a solas a Ana y a Matías en la mesa de Ana cuando este le volvió a llamar.

–Ah, perdona, Christian. Una cosa más. He traído el sobre.

–¿Qué sobre? –Christian miró a Ana como dándole a entender que no sabía a qué se refería.

–El sobre que recibió mi mujer el día antes de desaparecer.

Y del interior de un maletín color piel que traía Matías consigo extrajo un sobre burdeos, color vino, tamaño folio y se lo entregó a Christian. Este dudó. Podía tratarse de una prueba con huellas y este cliente lo traía así, sin más, dentro de su maletín, y lo sujetaba con sus dedos grasientos, sin ningún tipo de cuidado.

–¿Esto se lo ha comentado a la policía?

–Por supuesto que no. Y tú tampoco lo harás. Ábrelo.

Christian pensó que si en algún momento había contenido alguna huella relacionada con el caso de llevarlo ahí ya se habría contaminado así que decidió cogerlo y mirar dentro. Sacó una hoja del mismo color que el sobre. Dentro unas palabras escritas por ordenador se leían perfectamente:

“Bienvenido al juego. Esta es tu clave: B23O65T”

10.

–¿Cómo le llegó esto a su mujer?

–No lo sé, no hay remitente.

–¿A qué jugaba su mujer, Matías?

–A la brisca, ya se lo dije.

–Pero esto es algo más. Me ha dicho que estaba todo el día con el móvil enganchada ¿jugaba a algún juego *on line*?

–No, que yo sepa. Desde luego, de nuestra cuenta no ha faltado nada de dinero, salvo esos casos que le dije que perdió a la brisca y no pudo ir a comprar a la tienda. Pero vamos que compartimos la cuenta y las tarjetas y yo he mirado, por si alguien la había usado a ella para llegar al dinero común, y no había ningún movimiento en al menos una semana.

–Matías, si quiere que este despacho lleve el caso tiene que sernos totalmente sincero.

–¿Cree que no lo soy? ¡Estoy desesperado! Por eso les contrato – dijo mientras otra lágrima comenzó a brotar de sus ojos llorosos.

Christian iba a replicar algo cuando la voz de Ana nos sacó de nuestro mundo.

–¡Oh, dios mío! No me lo puedo creer. Me acaba de saltar la noticia en el móvil– dijo Ana casi gritando– la policía acaba de encontrar un tercer cadáver dentro de un cubo de basura.

–¿En Madrid también? –preguntó Christian.

–Sí. Parece que esta vez ha sido cerca del Liceo Francés, creo que es el distrito de Hortaleza. Se trata de otra mujer, de nacionalidad francesa, que vivía en el mismo portal donde han depositado los restos de su cadáver.

Ana no podía apartar la vista de la pantalla de su móvil mientras leía.

–Mierda –dijo Christian–. Esto va a desatar la histeria colectiva.

11.

Finalmente Matías contrató los servicios de El Enigma. Al oír el comentario de la última noticia que Ana había recibido en su móvil el pobre se había puesto más nervioso aún. Tuvieron que darle una manzanilla. Lo normal hubiese sido una tila pero hasta ese momento no se habían dado cuenta de que no tenían tila allí. Christian pensó que más tarde, cuando los ánimos se hubiesen calmado un poco, mandarían a Ana a comprar al Delz de la esquina.

Antes de firmar nada con Matías le dejó claro cómo actuaba El Enigma con respecto a la regulación española. Los detectives en este país solo podían ser contratados para aportar información a sus clientes para la toma de sus decisiones, no debiendo interferir en las mismas. Además se tiene que guardar siempre la información obtenida en archivos. Por supuesto, Christian enseñó a Matías su acreditación otorgada por el Ministerio del Interior. Dicho lo cual se formalizó el contrato de servicio entre ambas

partes, sin llegar a especificar el número de horas que iba a dedicar El Enigma a su caso, ya que claramente, era imprevisible.

Una vez se terminó toda la parte de papeleo, que nos llevó casi toda la mañana, y después de acabarse su manzanilla, Matías dijo que se volvía al hotel donde está instalado desde ayer para estar disponible por si la policía le requería de nuevo.

Cuando estuvieron a solas, Ana y Christian comenzaron a comentar sus propias impresiones sobre este nuevo caso.

–Christian, ¿crees que es un caso al que nos debemos enfrentar? No deberíamos interferir en la búsqueda de la policía. Cierto que estamos mano sobre mano, pero no sé yo...

–¿Deberíamos? –preguntó Christian con sarcasmo–. En todo caso nos la jugamos Chema y yo.

–Bueno, somos un equipo. Si vosotros os quedáis sin licencia yo me quedo sin trabajo. Y, vale que este no es el trabajo de mis sueños, pero de momento es el que tengo. Hasta que encuentre otro.

–Eres todo ánimo, Ana –contestó Christian–. No obstante nos tenemos que andar con pies de plomo y con mucho cuidado. De momento hemos aceptado el caso, pero casi más porque viene referenciado por mis antiguos compañeros que por otra cosa, pero no me gusta el cariz que está tomando esto. ¿Tres cuerpos encontrados en cubos de basura en tan poco tiempo? ¿Y la policía no encuentra ningún testigo? Joder, esto es Madrid, no una aldea abandonada.

Y dicho lo cual se levantó y se dirigió a su despacho, pero como hablando como para sí mismo.

–¿Qué hago con el sobre rojo? Lleva un código para entrar en algún sitio, pero no sabemos dónde. Si se lo comento a mis compañeros tal vez puedan rastrear el acceso a las páginas webs de la mujer de Matías. O a su correo electrónico. ¿Y por qué un sobre rojo?

–Burdeos –interrumpió Ana los pensamientos de Christian.

–¿Qué?

–Que no es exactamente rojo, es rojo burdeos, que es más oscuro.

–¿Y tiene eso algo que ver con el caso, Ana?

–No lo sé –contestó la muchacha, levantando los hombros a modo de respuesta corporal.

–Gracias por tu aportación entonces –contestó Christian. De repente a Christian le vino algo a la mente–. Ana, en la noticia que has visto en el móvil antes, en la del nuevo cuerpo cerca del Liceo Frances, ¿aparece que el cadáver tenga un tatuaje con el doble círculo y la B?

–Pues ahora que lo dices, no recuerdo haber leído nada de esto en internet pero me pongo a buscar algo, a ver si lo encuentro.

–Muchas gracias. Yo me voy a poner a averiguar cosas de Matías y de su mujer, a ver si hay algo que nos llame la atención. Y esta tarde me voy a pasar por comisaría para hablar con mis antiguos compañeros, quizás ellos sepan algo. Ah, y otra cosa –añadió Christian– cuando puedas, baja al super a comprar bolsitas de tila para tener en la oficina.

Y sin esperar la respuesta de Ana se encaminó al interior del despacho a ver si podía averiguar algo más sobre su nuevo caso. Iba a usar “San Google”.

12.

Chema estuvo desde las doce de la mañana hasta casi las dos de la tarde en casa de Matías, el otro cliente que les había contratado. En este caso los servicios acababan de finiquitarse, puesto que El Enigma acababa de entregar toda la información recabada al cliente. Matías no daba crédito

a la infidelidad de su mujer, nunca se lo hubiera imaginado, pero las cosas eran así y había que asumirlo. Ella había querido jugar con fuego y se había quemado.

Chema recibió un talón con los honorarios correspondientes y salió de aquella casa inmensa para dirigirse a Madrid de nuevo. No sabía qué hacer, si irse a casa directamente, estaba muy cansado y la noche anterior había sido dura con tanto trabajo, o irse a la oficina para dejar el talón y así no tenerlo encima. Cuando se estaba subiendo a su coche, un Seat del año 2010 nada glamuroso pero que pasaba bastante desapercibido en los seguimientos durante los trabajos, le sonó el teléfono móvil.

—Hola, Christian. Acabo de terminar con el caso de la mujer infiel. Me acaba de pagar, así que me termino de subir al coche y voy para la oficina. No sé cuánto...

Pero Christian no le dejó terminar la frase. Sin apenas respirar le estuvo contando que el nuevo Matías había contratado sus servicios pero que la cosa se complicaba cada vez más y le llamaba para asegurarse de que los dos iban a estar disponibles para el caso.

—¿Te suena el nombre de Bernardo Olivares Tejada? —preguntó Christian desde el otro lado de la línea.

Chema guardó silencio unos segundos esperando la respuesta por parte del mismo Christian.

—Bernardo Olivares Tejada es un antiguo cliente tuyo.

—Sí, le recuerdo. De mis comienzos con El Enigma. Tuve un caso con él sobre deudas de unos matones. ¿Cómo te acuerdas tú de él?

—Cuando cuelgues esta llamada, métete en Google y busca en cualquier periódico digital, su nombre aparece por todas partes.

—¿El de Bernardo?

—Sospechan que es el asesino de los cadáveres de la basura.

13.

Christian no daba crédito. Estaba deseando que Chema llegase de su caso a las afueras de Madrid y hablar con él de su antiguo cliente. Christian no conocía en persona a Bernardo, pero cuando comenzó a trabajar en El Enigma con su socio ese era el caso con el que Chema estaba trabajando. Era algo de una extorsión por unas deudas de juego en un casino. Creía recordar que Bernardo era de Toledo, pero no había encontrado nada en los archivos comunes guardados en la red del despacho, por eso había decidido llamar a Chema. Además, necesitaba que estuviese disponible al menos un par de días hasta que todo esto de los asesinatos se calmase.

El nombre de Bernardo había salido en internet hacía tan solo veinte minutos porque todo el mundo se creía detective privado e iban colgando informaciones de todo tipo en las redes sociales. Ana, que era la más ducha en las aplicaciones de redes sociales en la agencia, era la que se estaba dedicando a monitorizar todas las informaciones en tiempo real.

Bernardo Olivares Tejada había saltado a la palestra porque una compañera de trabajo de la última mujer asesinada le dijo a la policía que su amiga S.E.R., las iniciales de la víctima, y compañera había recibido un par de días antes un sobre rojo burdeos con un *password* y el día de ayer otro sobre cerrado en el que aparecía el nombre completo de Bernardo.

Esta información, que debería ser reservada para la policía, era manejada por todo el mundo debido a la amiga de S.E.R. lo había comentado por *Twitter*.

Todo esto era una locura y no sabíamos dónde iba a acabar.

14.

–Chema, ¿crees que el Bernardo Olivares Tejada que tú conoces está involucrado? –preguntó Christian a su socio una vez que se hubieron reunido en su oficina y se hubieron encerrado dentro del despacho de Chema.

–Y yo que sé, Christian. Este antiguo cliente tenía problemas con el juego y debía un montón de pasta a gente en Toledo. Yo le ayudé con unas fotos que creo que luego éste usó para extorsionar a un tipo y así ganar él a su vez dinero para las deudas. Es verdad que tenía sus chanchullos, pero no le veo matando de forma compulsiva, pero ya sabes que la gente es impredecible.

–Chanchullos, hablas como Matías esta mañana –apuntó Christian.

–¿Matías? ¿Cuándo has hablado tú con él? Yo he estado esta mañana en su casa, de hecho venía de allí.

–No, no. Ese Matías no. Hablo del otro Matías.

–¿Qué otro Matías?

–El cliente que he aceptado esta mañana, el marido de la mujer asesinada y tirada en un cubo de basura, bueno una de las dos mujeres.

Al intentar dar más explicaciones Christian se iba liando él solo.

–¿Se llama Matías también?

–Sí –contestó Christian si más.

–Pues ya es coincidencia –apuntó Chema y se quedó unos segundos pensativos y mirando a la nada.

–Chema, ¿te parece bien que lo haya aceptado? Cuando estábamos aquí hablando del caso de su mujer a Ana le saltó la alarma de las noticias

donde decían que habían encontrado un cuerpo nuevo, en las mismas condiciones que los dos anteriores.

–¿Por qué me preguntas eso? –dijo Chema levantando las cejas y abriendo mucho los ojos–. Sabes que me fío plenamente de tu criterio para aceptar casos nuevos.

–Te lo pregunto porque este va a ser muy mediático. Aunque si nos lo montamos bien va a resultar una publicidad muy importante para El Enigma.

–Como te digo, me fío plenamente de tu criterio. Vuélveme a contar lo del sobre rojo de Matías y lo del sobre que han publicado en prensa –solicitó Chema, que necesitaba aclararse aún.

–No es rojo, Chema. Es burdeos.

–¡Coño con los matices de colores! –dijo Chema restando importancia al dichoso color del sobre y centrándose en el contenido–. ¿Sabemos algo del *password*?

–Nada. Creo que la mujer se dedicaba a bajarse aplicaciones *on line* y este sobre debe ser la contraseña de alguna de esas aplicaciones.

–¿Y cómo llegas a esa conclusión, Christian?

–Algo me ha contado esta mañana el marido. Parece ser que la mujer comenzó encargándose de colgar la información del pueblo de donde Matías es alcalde, y Conchi le debió de coger el gusto a internet. Tampoco descarto que estuviera teniendo un idilio con alguien y esa sea la clave para entrar en un página de contactos o algo así. Según el marido, cuando estaban en casa no soltaba el móvil e incluso viendo la televisión juntos ella estaba mirando su teléfono.

–¿Has hablado con algún excompañero tuyo para que nos digan si van a rastrear su móvil y su ordenador?

–Aún no, pero mi idea es pasarme por la comisaría para hablar de forma desenfadada y casual con ellos. Pero no van a soltar prenda. Este va a

ser un caso grande.

–¿Y el marido no sabe de qué puede ser la clave?

Se notaba que la temperatura estaba subiendo dentro del despacho de Chema porque Christian notaba como le empezaba a caer una gota de sudor por su frente despoblada y Chema, por su parte, comenzó a remangarse las mangas de la camisa azul que llevaba hoy. Cerrar la puerta del despacho no había sido buena idea, pero preferían dejar un poco al margen de esto a Ana.

–Pues parece que no. Pero tampoco está dispuesto a darle el sobre burdeos a la policía. O al menos no lo estaba esta mañana, igual ahora, al descubrir que la nueva chica asesinada tenía dos sobres iguales que el de su mujer, sí que quiere colaborar con la policía.

–¿Pero por qué no quería dárselo a la policía pero a ti sí?

–Pues según cuenta él mismo porque también tiene sus chanchullos. Por lo visto está liado con otra y no querrá que nadie del pueblo se entere. Imagina la imagen que daría como alcalde –contestó mientras se quitaba con la palma de la mano la gota de sudor antes de que le entrase en un ojo.

–Pues aunque no quiera, Christian, yo creo que esto, tarde o temprano, va a salir a la luz.

–Ya se lo he dicho yo, pero ha insistido en que, de momento, se quede El Enigma con el sobre. Bueno –dijo Christian–, si te parece, me voy a acercar a la comisaría de mis excompañeros a ver qué puedo sacar.

–Me parece bien, Christian. Mantenme informado.

Dicho lo cual, Christian abrió la puerta del despacho de Chema deseando coger un poco de aire de fuera. Según se abría la puerta Ana levantó la vista de su pantalla de ordenador y se dirigió a los dos jefes con la voz alta y clara para que pudieran oírla.

–Ya he empezado a jugar. Acaban de publicar mi nombre. He matado a de Matías Prats.

La frase fue pronunciada con gran orgullo por parte de la secretaria.

Chema y Christian, que estaban fuera de contexto con respecto a la frase, se quedaron parados en el sitio, como congelados, esperando algo más de información. Tanto para Chema como para Christian el Matías que ahora les rondaba en la cabeza no era un director de informativos sino un alcalde cuya esposa había sido encontrada asesinada. Eso sin contar que, para Chema, el nombre de Matías era sinónimo de hombre cornudo.

–¿Cómo? ¿Qué tú has matado a quién? –preguntó Christian.

Ana no pudo contenerse y se echó a reír. La cara de los dos jefes era todo un poema.

–Christian, por dios. ¿Es que no recuerdas nuestra conversación de ayer? Me apunté al juego de moda, el de la aplicación que te conté en la que un BOT hace que un famoso mate a otro famoso, pero ahora lo han sacado para que la gente común salga también entre los famosos. La única diferencia es que, por protección de datos, para que tu nombre salga publicado tienes que apuntarte tú. No pienses que cogen el censo y ya está.

–¿No quedamos en que te ibas a borrar?

–Sí. Y la verdad es que estuve investigando pero no encontré nada en la web, así que simplemente lo dejé pasar. Y qué sorpresa me he llevado cuando hace menos de media hora me ha llegado un SMS diciendo que yo ya había empezado el juego. Me he metido dentro de la web que lleva la aplicación y casi me muero de la risa al ver que he matado a Matías Prats.

Chema, que no sabía nada de que Ana se hubiera apuntado a este juego, no pudo por menos que seguir preguntándole.

–¿Y qué pasa cuando matas? ¿Te dan puntos o algo así?

–Creo que no. Al final la gracia es saber quién sobrevivirá.

–¿Y si te matan qué pasa? –insistió Chema.

–Nada. Dejas de participar y listo.

–¿Estas segura de eso?

–Chema, no me asustes. Claro que no pasa nada. Este juego ya lleva mucho tiempo funcionando con famosos y ahí siguen todos, vivitos y coleando.

–¿Y quién decide quién mata a quién? –preguntó Christian.

–Un BOT– dijo Ana.

–¿Un ordenador?

–Sí, algo así, Christian.

–*Skynet* ya está aquí –dijo Chema.

–¿Quién? –ahora le tocó preguntar a Ana.

–Tienes que ver *Terminator* –contestó simplemente Chema.

–No entiendo que con la que hay liada en Madrid, con tanto cadáver en cubos de basura, la gente prefiera dedicar su tiempo a juegos virtuales, en los que ni si quiera tienes el control de lo que pasa.

Esta última frase había sido pronunciada por Christian mientras se daba la media vuelta y cogía su cartera y su móvil para irse a comisaría.

Ana no dijo nada ante lo que percibió como una impertinencia por parte de su jefe. Él no entendía nada porque estaba chapado a la antigua. Justamente por todo lo que pasaba en el mundo era mejor buscar una válvula de escape “facilonga”. Pero daba igual, ella seguiría pendiente de su evolución en la web del juego y que le jodieran a su jefe.

–¡Hola, chicos! –dijo Christian saludando con la mano derecha levantada mientras entraba por la puerta de la que antes era su oficina de trabajo.

–Hola tío –dijo Raúl, un chaval más joven que Christian que había entrado en la comisaría como novato un par de meses antes de que Christian lo dejara como poli.

–Hola Raúl. ¿Quiénes están hoy por aquí? –preguntó Christian recorriendo con los ojos toda la entrada para ver si veía a alguien conocido.

–Pues están todos. Estamos en alerta por lo de todos esos cadáveres encontrados. Pero están superliados, no sé si te van a poder atender. ¿Te puedo ayudar yo?

–Pues en realidad vengo también por lo del caso de los cuerpos encontrados en la basura.

–¿El caso *Detritus*? –interrumpió Raúl a Christian.

–¡Vaya, ya tiene nombre! No tenía ni idea. *Detritus*, me gusta. ¿A quién se le ha ocurrido?

–Yo que sé, tío. Lo empezaron a llamar así con el segundo cadáver y ya se ha quedado así.

–¿Y dices que no puedo hablar con nadie? Es que el marido de Conchi, la segunda fallecida, fue a mi oficina para contratar mis servicios y me gustaría contrastar información *off the record*.

–Pues creo que hoy va a ser imposible. Tenemos que hacer horas y, como te dije antes, estamos todos en alerta. Lo que sí te puedo decir es que está por aquí Fonseca, trajo él mismo algunas cosas del informe preliminar de los forenses.

–¡Coño, Fonseca! ¿Y dónde anda? –quiso saber Christian realmente interesado. Si conseguía hablar con él tal vez pudiera conseguir dar algo más de luz a este caso. Los forenses son personas muy estrictas y serias en

su trabajo pero Fonseca se iba de la lengua en cuanto bebía dos vinitos de más.

–Pues no te lo he dicho, pero le he visto meterse hace dos minutos, justo antes de que entrases, en el servicio de tíos.

–¡Ostras, Raúl! ¡Eres el mejor! –y dándole un golpe en la espalda, a modo de camaradería, dejó a Raúl con sus cosas y entró en la comisaría dirigiéndose al baño de caballeros.

Christian empujó la puerta con la mano izquierda y nada más entrar estaba Alberto Fonseca lavándose las manos frente al espejo.

–¡Hombre, Fonseca! Tú por aquí –dijo Christian.

–Eso mismo podría yo decir de ti, Christian.

–¿Te ha atraído el olor a cadáver a la comisaría? Que sepas que los cuerpos encontrados en la basura no se van a llevar desde aquí, sino desde Hortaleza.

–Lo sé –mintió Christian –. Pero el marido de la segunda persona encontrada ha venido a mi despacho esta mañana para contratar los servicios de El Enigma. Y hay algo raro que me gustaría hablar con la gente de aquí.

–¿Algo raro? –preguntó Fonseca.

Christian se lo pensó y decidió no contestar aún.

–Oye, ¿te vienes a tomar un café al bar?

Cuando Christian le hizo esta proposición no tenía en mente tomar un café, sino más bien un par de carajillos o lo que se terciase, con tal de que Fonseca le dijera cosas.

–¿Por qué no? –dijo Fonseca más que preguntar–. Dame cinco minutos que coja mi cartera y estoy.

16.

Diez minutos después estaban los dos sentados en una mesa del bar favorito de los policías de esa comisaría, Bar i Tapa.

Después de unas preguntas de cortesía sobre cómo le iba la vida a cada uno, Christian decidió entrar en materia.

–Qué suerte tienes de estar en el ajo en un caso tan mediático. Ya sabes que los nombres de los forenses suelen trascender a la prensa y eso te da caché.

–Bueno, eso si no la cagas. La gente se muere por estos casos, nunca mejor dicho, y está pegada todo el rato a la televisión para ver si dan un dato nuevo. Las personas, en general, somos cotillas y nos gusta lo escabroso. Les encantaría saber si hay semen en el resto de los cuerpos o hay algún indicio de sodomía. O, como en este caso, saber qué lleva a un asesino en serie a hacer estas atrocidades.

–¿Detritus tiene como hipótesis asesino en serie? –preguntó Christian realmente interesado.

–Vaya, veo que estás muy bien informado. Hasta donde yo sé el nombre de la operación no ha salido a la luz en los medios de comunicación.

–No –contestó Christian–. Tengo mis informantes.

–Pues deben de ser buenos.

En este momento de la conversación Fonseca llevaba su primer vino y Christian su primera cerveza. Si quería alimentar las ganas de beber alcohol en Fonseca tenía que seguir su ritmo pero con menos grados, por eso había elegido cerveza, sabía que Fonseca no podía con ella, él era o de vinos o de pelotazos. Christian tenía pensado parar, cuando fuera necesario, y para

ellos pensaba hacerle una señal al camarero para que empezase a servirle cervezas cero-cero. No era la primera vez que pactaba una señal con un camarero. Algún otro caso previo lo había requerido.

Pidieron la segunda ronda.

–¿Me puedes contar algo de los cuerpos? No es normal que alguien de tu categoría venga hasta esta comisaría, eso es que hay algo. Sino hubieras mandado al becario de turno.

–No debería decirte nada, Christian. Sabes que lo tengo prohibido –contestó Fonseca.

–Lo sé. Pero tú también sabes que yo he sido policía y jamás contaría nada a la prensa. Si quieres, y para que veas que voy de frente, te cuento toda la información que tengo yo, que me ha proporcionado el alcalde de ese pueblecito de Soria.

–Venga, empieza tú –dijo Fonseca, mientras se bebía un trago muy largo de su segunda copa que casi hizo que pareciese que el camarero no la hubiese rellenado hace menos de un minuto.

–El marido vino a verme porque no se fía de la policía y quiere una segunda opinión. Vino a El Enigma porque Javier me recomendó. Esto hace que se vea a la legua que vamos a trabajar todos codo con codo –dijo Christian tirándose un farol.

–¿Qué te contó de su mujer?

–Pues nada especial. Que era ella la que llevaba todo el tema de las redes sociales del pueblo y que, aparentemente, cada vez se enganchó más al móvil o alguna clase de aplicación.

–No me refiero a la forma de ser, ya sabes que yo eso no puedo analizarlo. Me refiero a algo que sea tangible para mí. ¿Tenía alguna marca reciente? –preguntó Fonseca.

El camarero trajo rápidamente la botella de vino para rellenar la copa de Fonseca. La cerveza estaba casi sin tocar así que a Fonseca no le

preguntó si quería una tercera ronda, cosa que agradeció enormemente. Mientras que el camarero sirvió la copa de vino, Christian y Fonseca callaron. No era un tema para que un tercer par de orejas escucharan. Cuando el camarero se hubo alejado lo suficiente de su mesa Christian y el forense continuaron.

–¿Te refieres a lo del tatuaje? –preguntó Christian–. Eso sí lo he visto en los periódicos.

–No me refería a eso, pero tienes razón. En los tres casos hemos encontrado un símbolo de unos círculos tatuados en el glúteo derecho. En todos los casos –dijo Fonseca bajando un poco más la voz como dando intimidad–, se tatuaron después de muertos.

–¿Quieres decir que alguien se ha dedicado a poner un dibujo a los cadáveres?

–Eso mismo quiero decir –dijo Fonseca.

–¿Y todos los *tatoos* son iguales? –preguntó Chema que veía como Fonseca se iba animando.

–Todos parecen hechos con la misma clase de tinta. Ahora los de tu excomisaría se tienen que encargar de ver donde se vende esa tinta en concreto, pero yo creo que es muy común y que les va a costar. También tienen que ir por todas las tiendas del centro intentado averiguar si ese dibujo lo tienen en alguno de sus catálogos.

–Pues tienen bastante trabajo por delante –dijo Christian en voz alta aunque realmente estaba pensando para sus adentros.

–Eso mismo digo yo.

–¿Y todos tienen una B en el interior de los círculos?

–Sí. Todos –contestó Fonseca–. Podían haber puesto al caso Detritus B, así parecería el nombre de un superhéroe.

Cualquier persona que les viera desde fuera y escuchara su conversación no entendería como podían tratar un caso tan mediático y horrible con esa frialdad. Lo que no sabe la mayoría de la gente es que cuando llevas muchos casos así te inmunizas y usas estrategias, como la risa, para evitar que los casos te afecten personalmente.

–Fonseca, antes me decías que no te referías al tatuaje cuando me has preguntado. ¿A qué te referías exactamente?

–Hemos encontrado, en los análisis del cuerpo de la mujer del alcalde, grandes dosis de heroína.

–¿Heroína? –dijo Christian abriendo sus ojos marrones todo lo que pudo por la sorpresa.

–Sí. Como lo oyes. Y en los brazos hemos encontrado numerosos picotazos, imagino que de la jeringuilla. En la planta del pie también.

–Joder, esto no me lo esperaba. Es como oírte hablar de un *yonki* de los años ochenta. Yo pensaba que eso estaba erradicado y que la gente que quería drogarse acudía a otro tipo de cosas más trabajadas como la cocaína o las pastillas.

–Pues ya ves que en este caso no –dijo Fonseca.

Justo en ese momento entraron por la puerta del bar Óscar y Saturn, exactamente las dos personas que Christian quería ver.

–¡Eh, tíos! –les llamó Christian–, venid a sentaros con nosotros.

Saturn y Óscar no lo dudaron y se sentaron en la mesa junto a ellos dos, no sin antes pedir un par de cafés americanos al joven camarero que se encontraba atendiendo en la barra.

–¿Qué tal? –pregunto Óscar–. ¿Cómo es que estáis vosotros dos aquí, a estas horas?

–Ya ves –contestó Christian–. Me he pasado por la comisaría para hablar un rato con vosotros y contaros lo del marido de la mujer de Soria

encontrada en un cubo de basura, y he visto a Fonseca.

–Claro, que suerte la tuya– dijo Óscar, entrecerrando los ojos, dudando de las palabras de Christian.

–Bueno ¿Qué? ¿Me vais a contar vosotros algo del caso o no?

–Christian, sabes que no tenemos ningún problema en compartir información normalmente, pero este caso es especial. No es una investigación al uso. Ya has visto que hay varios cadáveres y parece un asesino en serie. Nos han prohibido expresamente compartir nada de información –dijo Óscar.

–Esto te incluye a ti, Fonseca –dijo Saturn.

–No le he contado nada importante, solo de que parecía drogadicta– contestó el increpado–. No le he dicho nada de las impresiones.

–¿Qué impresiones? –preguntó Christian.

–Estos te han contado la milonga del asesino en serie, que es lo que se va a decir a la prensa. Así el público se alarmará solo un poco. Peor sería que le dijeran la verdad, que no sospechan de uno, sospechan que varias personas están involucradas.

–¿Más de un asesino? –preguntó Christian con los ojos muy abiertos por la información recibida.

–¡Fonseca! –gritaron al unísono Óscar y Saturn.

–¿Qué? –dijo Fonseca.

–Hemos dicho que nada de información a gente de fuera, aunque Christian sea un tío de fiar –dijo Saturn.

–Tranquilos, mis labios están sellados –dijo Christian.

–¿Y no vas a ir con el cuento al marido? –preguntó Óscar.

–Palabra de expolicía que no –aseguró Christian–. Además, yo tengo otra información muy valiosa. Os lo voy a enseñar para que veáis que podéis contar conmigo. Se guardar un secreto.

Los policías y el forense se quedaron mirándole esperando esa información que Christian tenía que contarles. Christian cogió aire y dejó unos segundos de silencio para darle más emoción a su frase.

–Conchi recibió un sobre burdeos con una clave. El marido me lo trajo a mi despacho pero no se lo entregó a la policía. Dice que no se fiaba y que había asuntos personales que prefiere que no salgan a la luz.

Óscar y Saturn movían la cabeza de un lado a otro porque no daban crédito a la información que les estaba aportando Christian.

–Este hombre es idiota. ¿No quieres que tus asuntos salgan a la luz? Pues haberlo pensado antes de hacer lo que quiera dios que hayas hecho. Pero a la policía le tienes que dar toda la información. Hay unas personas taradas dedicándose a matar gente y necesitamos toda la información que haya para ver el nexo de unión.

Óscar parecía bastante enfadado. No paraba de decir que el cliente de Christian era idiota.

–¿Tienes el sobre? –preguntó Saturn–. Aunque ya no va a servir de mucho si lo habéis manipulado. No se van a poder sacar las huellas. El alcalde ese es idiota.

–Sí. Además dentro hay una especie de clave.

–¿Clave? ¿Para qué? –preguntó Fonseca mientras levantaba la mano para indicar al camarero que quería otro vino.

–No tengo ni idea. No es la única que ha recibido el sobre burdeos, según los periódicos. ¿Se va a llevar todo desde Hortaleza?

–Mas o menos también llevaremos algo nosotros –dijo Óscar que era ingeniero informático además de agente de policía–. ¿Quieres la información de su móvil?

–Sí, según su marido estaba todo el día enganchada al móvil. ¿Es posible que estuviera de alta en alguna página de contactos?

–Christian, esta mujer, por lo que sé, estaba enganchada a todo tipo de juegos *on line*.

Christian se quedó mirando a todos los presentes sentados en la mesa. Se había hecho un silencio y casi se podía oír los engranajes de cada uno de los cerebros pensando sobre el caso. Algo hizo *click* en la cabeza del detective, pero no era capaz de unir toda la información.

17.

–¿Ya estás de vuelta? –preguntó Chema.

–Sí –dijo Christian pensativo.

–¿Les has dado el sobre?

–Si. No podía quedármelo. Soy detective, y lo primero es mi cliente pero, he sido policía antes y lo que no pienso hacer es entorpecer una investigación porque la persona que me ha contratado no tenga dos dedos de frente.

–No van a poder encontrar nada, ni huellas ni nada –afirmó Chema.

–Lo sé. A saber cuántas personas han abierto y cerrado el sobre. Pero tienen que tenerlo. Además ellos tienen informáticos especializados. Igual saben a qué corresponde la clave.

–Espero que tengan más suerte que yo –dijo Chema. Me he tirado toda la tarde intentando localizar alguna web de contactos que te diga algo de un sobre rojo para poder entrar y nada.

–Burdeos, Chema.

–Eso. El caso es que no he encontrado nada. También he buscado en *Google* algo sobre recibir correspondencia de sobres de colores y, salvo que el caso esté relacionado con una niña de ocho años que está obsesionada con las hadas y la purpurina, no he encontrado nada.

–Bueno, tu y yo no somos expertos en buscar por internet. La mayoría de las cosas las sabemos gracias a Ana. Por cierto, ¿dónde está?

–Ni idea. Pensaba que te había pedido a ti la tarde libre –dijo Chema.

–Pues no, que yo recuerde, pero igual tenía médico o algo así y nos lo dijo pero ninguno de los dos somos capaces de acordarnos. A lo mejor pasamos de ella demasiado.

–Bueno, mañana que nos lo diga y listo –dijo Chema–. De todas formas, la gente joven ya no es responsable de su trabajo como lo éramos nosotros hace diez años. Los *millennials*, o como quieran llamarse, son así.

–Hablas como un abuelo cebolleta, Chema.

Ambos socios soltaron una carcajada ante ese comentario.

Christian se iba a dar la vuelta para meterse en su despacho, ya que se encontraba cansado de estar toda la tarde fuera de la oficina, cuando se acordó de algo.

–Oye, ¿has contactado con Bernardo?

–¿Bernardo Olivares Tejada?

–El mismo.

–Pues sí –dijo Chema–. No le he querido contar nada pero le he dicho que era mejor que se presentara en una comisaría o cuartel de la Guardia Civil lo antes posible. Ese pobre hombre no sabe nada de un sobre púrpura, pero después de que tu hayas llevado el de Matías a la comisaría van a ir por todos los Bernardo Olivares Tejada empadronados en España.

–Es burdeos.

–¿Qué? –preguntó Chema.

–El sobre es burdeos.

–Christian, te estas poniendo muy pesado con eso del color. Te empiezas a parecer a nuestra secretaria.

–Perdona, tío –contestó Christian. No quería molestar a su socio–. ¿Y Bernardo crees que no sabe nada?

–Ya te digo que ese pobre infeliz no sabe la que le va a caer encima por llamarse así. Valiente desaprensivo el que haya tenido la idea de usar ese nombre –dijo Chema un poco enfadado.

–Bueno, voy a llamar a Matías. Tiene que estar prevenido porque la policía le va a requerir de nuevo en comisaría. Este asunto del sobre va a enturbiar todo.

–¿Y ya saben qué pasa?

–No. Sospechan de todo el mundo. Solo sé que lo llaman el caso Detritus.

–Joder, que nombre tan feo le han puesto a esta investigación.

–Ya, imagino que es por lo del tema de la basura y deshacerse de los cuerpos. Los comparan con desechos orgánicos –quiso puntualizar Christian. Chema le miraba con las cejas arqueadas mostrando entre sorpresa e incompreensión.

–Pues yo creo que eso de tirar los cuerpos al cubo de basura es simbólico. Hay demasiada gente que sobra en este mundo –dijo Chema.

–Me encanta tu profundidad, Chema. Voy a llamar a Matías y me voy a casa –dijo Christian y dirigiéndose hacia su despacho dando por terminada la conversación.

18.

Una vez tuvo informado a su cliente, Matías, y le previno sobre la siguiente actuación de la policía, que sería la de volver a citarle en comisaría a primera hora de la mañana siguiente, Christian se marchó a casa andando. Antes de subir a su piso pasó por una tienda de chinos que estaba a dos portales de su casa y se compró un sándwich de pollo frío para comérselo tranquilamente tirado en su sofá.

Por alguna razón, la película que estaban echando esa noche en la televisión no terminó de captar su atención y, sin ser consciente, se dejó llevar por el sueño. Cuando se despertó, de manera brusca, sin recordar lo que estaba soñando, comprobó que aún seguía tumbado en el sofá. La televisión permanecía encendida pero ya no estaba la película que había comenzado a ver, claramente eran mejor las series que las películas, según su parecer. Ahora estaban echando un programa sobre casinos en Las Vegas. Sin interesarle lo más mínimo, Christian cogió el mando a distancia para apagar el aparato pero de pronto se fijó en la imagen de una ruleta moviéndose, mientras unas veinte personas, que habían apostado sus fichas del casino sobre la mesa, esperaban a que la pelotita se depositara sobre uno de los números. No era la ruleta girando la que llamaba la atención de Christian. Lo que hizo que no apagara la televisión fueron la fichas del casino. Las fichas redondas y de colores, pequeños discos usados en el casino en vez de usar el dinero. Algunas tenían algo dentro del círculo de la ficha. El *click* del cerebro de Christian había hecho conexión.

Miró el reloj y eran las dos de la mañana pasadas. Comprendió que no era hora de llamar a nadie, ni a su socio ni a sus excompañeros de la policía, y decidió esperar hasta la mañana para poder avisarles. Pero Christian creía tener la clave.

19.

Al día siguiente Christian no esperó a estar en la oficina para llamar a Chema. Marcó su número de teléfono un par de veces, pero éste no contestó. Nunca había sido una persona madrugadora y Christian sabía que no eran ni las ocho de la mañana.

No había podido pegar ojo. Había estado toda la noche dándole vueltas a su hipótesis. Como Chema no había atendido su llamada marcó el número de teléfono de Saturn. Este último sí que respondió a su llamada rápidamente, pero se notaba que aún no había hablado con nadie porque su voz era ronca.

–Christian, no me digas que me llamas para quedar para tomar algo en el bar, porque es demasiado pronto y hoy estoy en turno de tarde.

–Saturn, creo que lo tengo.

–¿El qué? –preguntó Saturn sin entender nada.

–¿Os ha dicho la central algo del móvil de Conchi?

–¿Otra vez con esas? Ya te dije ayer que no puedo pasarte información confidencial.

–Sí, sí, ya sé –dijo Christian–. Pero dime una cosa ¿a que ella se dedicaba a jugar on line? Por eso estaba todo el día con el móvil, incluso cuando estaba en casa con su marido. ¿Qué clase de juegos le gustaban?, ¿de póker?, ¿la ruleta? Seguro que era alguno que usaba fichas de casino.

–¿Por qué crees eso, Christian?

–¿He acertado? ¡Venga, dime solo si voy bien encaminado o no!

–Es posible –dijo Saturn–. ¿Has recibido nueva información de su marido? Ya sabes que le hemos citado hoy a las nueve en Hortaleza y va a ir con su abogado.

–No. Es cierto que ayer hablé con él y le dije que eso iba a pasar, que hoy por la mañana le volveríais a llamar. De hecho, le recomendé que se buscara un abogado. Pero mi averiguación no tiene nada que ver con el marido. ¡Es por el tatuaje! No nos hemos dado cuenta porque todo el mundo ha pensado que era un doble círculo con una B dentro.

–Y coincide con Bernardo, la persona que firma el sobre del tercer cadáver. En cuanto a tu sobre, lo llevé a la comisaría pero las pruebas van a tardar.

–No se aun lo que es la B, pero el tatuaje es una ficha de casino.

Se hizo el silencio al otro lado de la línea.

–¿Saturn?

–Pues tienes razón, es una imagen de una ficha –confirmó Saturn visualizando la imagen mental del tatuaje. Te tengo que dejar porque tengo que llamar a mi jefe para darle esta información. Igual por ahí podemos tirar.

–Espera, Saturn. Confírmamelo o desmiéntemelo.

Otro silencio en la línea.

–Te lo confirmo, Christian, la susodicha era adicta a los juegos de apuestas a través del móvil. Bueno, más bien a todo tipo de juegos, desde los más populares como el *Candy Crash* hasta los que hacía que se gastara una pasta, que no sabíamos si salía de la cuenta o no.

–Lo sabía –dijo Christian–. Ya sé que no entras hasta las tres pero, ¿te parece que quedemos en el bar y nos pongamos al día? Creo que os puedo ayudar. Matías dijo que no faltaba dinero de la cuenta común.

Aunque era increíble, los cuatro volvían a estar sentados en la misma mesa del bar. Estaban en la misma disposición que el día anterior, pero esta vez con cuatro tazas de café encima de la mesa.

Iban a acudir inicialmente Óscar, Saturn y él, pero se sintieron mal por dejar de lado a Fonseca. No era amigo suyo y Óscar no le tragaba, pero si querían avanzar igual cuatro mentes iban mejor que tres. Chema había devuelto la llamada a Christian cuando este se dirigía a la quedada matinal del bar y no había querido unirse, pese a que Christian le había invitado a ir. Prefirió llegar al despacho y esperar allí por si Matías y su abogado aparecían después del interrogatorio.

–Yo he avisado al inspector Miralles. Sabe que estamos aquí los cuatro –dijo Saturn –. Si queremos ayudar, vamos a hacer las cosas bien. Cualquier cosa nueva que salga de este grupo de trabajo debe ser reportado a él inmediatamente. No está muy de acuerdo con esta reunión pero todo lo que sea para ayudar y no para entorpecer viene bien. Subrayo lo de entorpecer.

–Vale –dijo Christian.

–¿Cómo se te ha ocurrido lo de la ficha de casino? –preguntó Fonseca que ya estaba al día de la información.

–El otro día, Ana, la secretaria que trabaja para El Enigma, me habló de los dos primeros cuerpos encontrados. Al leer la noticia me describió el tatuaje que habían hecho a los dos cadáveres. Me leyó que eran dos círculos, que claramente es el borde de la ficha de casino, junto con una B en el interior. No pensé en nada que tuviera que ver con un casino, pero ayer me quedé dormido en el sofá y al despertarme estaban echando un programa de casinos en Las Vegas. Al enfocar varias mesas con jugadores y fichas encima de las mismas lo tuve claro, lo visualicé.

–Esta mañana me ha llamado a primera hora –continuó Saturn con la historia–. Efectivamente Concepción Damayanov, la mujer del alcalde,

parecía estar enganchada a muchos juegos, de todo tipo, a través del móvil. Con lo que lo de la ficha encaja.

–He traído, de manera extraoficial, una foto del tatuaje –dijo Fonseca –. Todos los cuerpos encontrados hasta ahora tienen el tatuaje recién hecho. Sospechamos, por los coagulantes y las pruebas realizadas, que los tatuajes, en todos los casos, han sido realizados después de la muerte.

Según dijo esto Fonseca, que en realidad se llamaba Alberto pero nadie le llamaba por su nombre, extrajo una foto en blanco y negro de una carpeta negra y pequeña que tenía apoyada encima de la mesa donde estaban los cafés y enseñó las fotos al resto de sus compañeros. Saturn y Óscar ya la habían visto pero para Christian era la primera vez. No importaba que fuera en blanco y negro porque estaba sacada tan de cerca que se veían claramente todos los detalles.

–¿El color de la tinta usada es negro? –preguntó el detective.

–Sí –dijeron a la par Fonseca y Saturn.

Christian estuvo mirando la fotografía unos segundos más y la volvió a dejar encima de la mesa. Según hizo este movimiento fue consciente de que deberían haberse reunido en otro lugar más privado, por ejemplo su propia oficina. El bar no era el mejor lugar para hablar de esto y tener fotografías comprometidas a la vista, aunque, cierto es que este bar siempre estaba lleno de policías por estar tan cerca de la comisaría y los camareros ya estaban más que acostumbrados a ver, oír y callar. No obstante, Christian pensó que si tenía que reunirse más veces con estas tres personas propondría El Enigma para hacerlo.

–¿Sabemos algo del sobre burdeos? –preguntó Christian.

–Eso va a tardar –dijo Óscar.

–Estaban bastante enfadados en la central con Matías por haber ocultado esa prueba, ¿verdad Óscar? –dijo Saturn dirigiéndose a su compañero de profesión.

–No se va a encontrar nada de provecho –vaticinó Fonseca–. Como mucho podremos analizar la procedencia del papel, que parece bastante común, y quizás algo de la tinta con la que se imprimió el mensaje.

–¿Y alguno sabe a qué puede corresponder la dichosa contraseña? –insistió Christian.

–A la vista de los acontecimientos a un juego, ¿pero a cuál? –dijo Saturn.

Christian les estaba escuchando y se le acababa de ocurrir otro posible nexo de unión, pero antes necesitaba saber una cosa más.

–¿Habéis hablado con Bernardo Olivares Tejada?

–Está declarando en Hortaleza –dijo Saturn–. Es el primer sospechoso, dado que su nombre aparece en los sobres, y ahora con lo de la ficha de casino más. Ya estuvo relacionado con temas de extorsiones en casinos. Igual ahora se dedica a juegos de apuestas *on line* y a la gente que tiene deudas les hace pagar lo suyo.

–Es cierto, ayer me enteré por las noticias de todos los periódicos en internet que Bernardo Olivares Tejada era el sospechoso inicial. Sé que Chema, mi socio, lo ha llamado, y dice que no cree que tenga nada que ver. Es verdad que todo apunta a él, pero sería todo como demasiado fácil. Además, si lo que tú quieres es que te paguen las deudas, esto suponiendo que realmente sea ese el motivo, no te dedicas a matar a las personas. Si les matas entonces sí que seguro no te pagan. Además es de tontos dejar pruebas, como el sobre burdeos firmado por con su nombre.

–Eso es verdad, Christian –dijo Óscar–. Miralles opina lo mismo. Pero de momento no le van a dejar irse porque es la única prueba que tienen.

–¿Y sabemos algo de la tinta de los tatuajes o si alguna tienda tiene este dibujo en su catálogo? –Preguntó Christian.

–Nada aún –dijo Óscar.

–¿Y alguien ha averiguado si la ficha del casino corresponde a un casino de verdad? –preguntó Christian.

–Hasta donde sabemos, no –contestó Saturn–. Aún se están haciendo averiguaciones. Esto ha ido muy rápido, demasiados cadáveres en poco tiempo y por todo Madrid. Estamos desbordados. Posiblemente nos manden la caballería de otras provincias, a modo de refuerzo.

–Pues, si no me equivoco –dijo Christian haciéndose el interesante– no vais a encontrar una correspondencia con ningún casino. Empiezo a sospechar que la B es la del nombre que firma el sobre, Bernardo Olivares Tejada.

Hubo un minuto de silencio, pero las cabezas de los asistentes a esta reunión se movían de arriba hacia abajo, asintiendo. Parecía que algo había encajado en toda su teoría.

–Son las doce –dijo Saturn interrumpiendo el silencio que se acababa de formar–. Voy a llamar a Miralles a contarle nuestra hipótesis. Si se puede encontrar algo por ahí bienvenido sea.

21.

Saturn se levantó y se fue al baño de caballeros para realizar la llamada al inspector Miralles para ponerle al día, y de paso para miccionar.

Oscar, Fonseca y Christian se quedaron sentados en la mesa del bar donde llevaban una hora y todos sacaron sus respectivos móviles para comprobar si habían tenido mensajes, llamadas o *whatsapp*.

–¡Vaya! –dijo Fonseca elevando la voz un poco más de lo que quería realmente.

Christian y Óscar levantaron la cabeza de las pantallas de sus móviles de última generación para mirar a Fonseca.

–He sido admitido en el juego de matar personas virtualmente –dijo Fonseca con una sonrisa.

–No me lo puedo creer, ¿tú también? –dijo Christian poniendo cara de malas pulgas.

–¿Por qué? –preguntó Fonseca –¿tú también estás? ¡A ver si me toca una batalla contigo!

–Ni de coña –dijo Christian–. Yo no sabía ni que el dichoso juego existía hasta el otro día que lo hablé con Ana, la secretaria de la oficina.

–Yo también estoy, Fonseca –dijo Óscar. Llevo casi una semana admitido. Ya ha salido mi nombre un par de veces. ¡Y sigo vivo! –dijo soltando una risotada.

–No entiendo que con las muertes que os rodean no tengáis bastante –dijo Christian cada vez más ofuscado.

–¡Qué exagerado! Ni que mataran gente todos los días –dijo Óscar–. Este caso se nos ha ido de las manos pero esto es algo totalmente fuera de lo común. De normal no hay tanto trabajo, solo cosas rutinarias y, ni de coña, tenemos que trabajar conjuntamente todas las comisarías, como ahora..

–¿Y a quién has matado en el juego? –preguntó Fonseca.

–A dos personas desconocidas. Me gustaría que me saliera algún famoso, jajaja.

–Ya te digo –dijo Fonseca. En la morgue están todos los de la noche enganchados al juego. Creo que a Santiago, el pelirrojo, le mataron el otro día. No veas que cabreo tiene.

–Pues yo no entiendo el criterio para que unos vivan y otros mueran –dijo Christian.

–Ni tu ni nadie –dijo Óscar–. Por eso lo hace un BOT, una especie de robot.

Mientras seguían con esta conversación que no tenía nada que ver con el caso volvió Saturn del baño y estaba más blanco que la pared del bar.

–¿Qué pasa, tío? –preguntó Óscar a Saturn.

–Joder, no os lo vais a creer. Me acaba de decir Miralles que han encontrado otro cadáver en un cubo de basura, en San Bernardo. Tenemos que ir para allá, aunque nuestro turno aún no haya empezado. Esto se nos ha ido ya de las manos. No quiero ni pensar lo que va a pasar en cuanto los periodistas se enteren de que hay un nuevo cuerpo. Se va a desatar el pánico en Madrid.

Saturn estaba realmente afectado.

Óscar tragó saliva y Fonseca no se movía del asiento, parecía una estatua.

–¿Podemos ir los cuatro a San Bernardo? Igual Fonseca y yo también podemos ayudar –dijo Christian.

22.

No hubo nada más que hablar, los cuatro presentes en el bar pagaron sus respectivos cafés y pusieron rumbo a la calle San Bernardo, donde hace esquina con la calle Magallanes. Estaban cerca como para ir andando pero para ir más deprisa llamaron a Antonio, uno de los novatos, y este les acercó hasta allí en coche oficial. Por increíble que pareciese en mitad del centro de Madrid alguien había osado a volver a dejar otro cuerpo abandonado en un cubo de basura sin que, aparentemente, ningún testigo hubiese visto nada. El cuerpo estaba de nuevo retorcido e introducido de

forma violenta dentro del cubo, esta vez amarillo, de reciclaje. El camión de la basura había pasado por esa zona, según los informes aportados por la empresa concesionaria del Ayuntamiento de Madrid, a las dos y cinco de la madrugada, lo cual quería decir que el cuerpo había sido depositado dentro del cubo con posterioridad.

Cuando llegaron Fonseca, Saturn, Óscar y Christian la calle estaba cortada y tomada por los de la científica para ver si eran capaces de encontrar algo que les llevase hasta el culpable. Los vecinos y turistas que estaban por la zona se encontraban agolpados alrededor de la cinta que habían colocado sus excompañeros de trabajo para que nadie pudiese pasar. Ningún personal de la policía deseaba que esto saltase a la prensa pero eso era imposible. Todas las personas van, hoy en día, con su móvil en el bolsillo, esto hace que cada uno de nosotros seamos pequeños reporteros. Solo falta estar en el sitio adecuado, en el momento oportuno. Cuando el grupo de cuatro llegó vieron a muchos curiosos contando lo ocurrido a otros e incluso *twitteando*. Christian intuyó el miedo que se iba a desatar en Madrid, entre sus habitantes, si es que no se había desatado ya. Toda la prensa extranjera pondría sus vistas en Madrid y en su asesino o asesinos en serie. Es posible que, con el tiempo, algún aventurero hasta escribiese un libro sobre ello.

Fonseca tuvo claro lo que hacer y en cuanto cruzó el cordón policial fue a ayudar a los compañeros de la científica. Como forense era donde mejor podía ayudar en este momento. Óscar y Saturn fueron directamente hacia el inspector Miralles, que claramente estaba desbordado. El problema vino con Christian, porque él no tenía pase acreditativo para cruzar el cordón policial, y tuvo que esperar entre los espectadores y curiosos más de veinte minutos hasta que le dejaron pasar. De hecho, estaba a punto de irse cuando un policía vestido de uniforme le hizo una seña para que cruzase, no sin antes advertirle de que no podía tocar, grabar o llevarse nada de la escena del crimen, como si Christian fuese nuevo en esto.

Lo primero que hizo Christian fue ir a saludar a un par de antiguos compañeros y, de paso, estar cerca de los vecinos que estaban interrogando. Las personas que vivían en los bloques cercanos habían sido reunidos al final de la calle Magallanes para ser preguntados sobre si habían visto a

alguien manipulando los cubos de basura. Al parecer todos habían tenido comentarios similares, nadie parecía haber visto nada, salvo alguno que afirmaba haber visto al camión de la basura pasar. Hubo un vecino, mayor, de pelo canoso, desaliñado en su forma de vestir y con cara de perro que dijo que él no dormía bien desde que había fallecido su mujer y que recordaba oír pasar el camión de la basura sobre las dos y media. Afirmó que sabía la hora porque intentaba dormir con la ventana abierta siempre en verano. Durante el camino en el coche oficial hasta el lugar del crimen, Christian había sido informado de que el camión había pasado sobre las dos y cinco, pero cuadraba más o menos con lo que aquel anciano decía. Seguramente no había mirado el reloj de la mesilla justo cuando oyó el camión, pero se había hecho una idea aproximada de la hora. Además, la mayoría de las personas no distinguen un camión de la basura de otro, no saben si recoge basura orgánica, contenedores amarillos o muebles. Solo son capaces de discernir si son más o menos grandes o cuál es su actividad si la ven in situ.

Un poco más apartada de los vecinos estaba una mujer de unos cuarenta y cinco años, con rasgos latinoamericanos, con el pelo muy negro en una coleta, pantalón vaquero, chaqueta vaquera y en su mano llevaba una bolsa de plástico blanca llena de cosas. Al parecer, Camila, la mujer que estaba allí hablando con otro antiguo compañero de Christian, Javier, y ella fue la que se encontró el cadáver dentro del cubo. Camila sabía que la basura se había recogido durante la noche pero se hizo la tonta e intentó tirar en el interior del cubo basura que había reciclado y al abrir el cubo amarillo fue cuando se encontró con el nuevo cuerpo. Según ella misma relataba, el grito que pegó fue muy fuerte y varias personas que pasaban en ese momento por la acera de enfrente se la habían quedado mirando. Ella tardó en reaccionar y llamar al 112 porque su móvil estaba apagado ya que tenía poca batería. Entre que lo encendió, metió la clave numérica y llamó, esas personas ya se habían marchado. Christian pensó que eso era una pena porque podían haberlos interrogado también como testigos. Es más, incluso alguna de esas personas podía ser el asesino o asesinos. Podía ser el Bernardo Olivares que buscaban.

–Entonces, ¿encontró el sobre? –oyó Christian que le preguntaba el policía a Camila.

Christian había estado escuchando, sin intervenir, apoyado en la pared. Pero al escuchar la palabra sobre todos sus sentidos se pusieron en alerta. Se incorporó de la pared en la que estaba recostado hasta entonces y se acercó un poco más a la mujer de la bolsa.

–Sí. Estaba dentro del cubo, encima del todo.

–¿Y se lo has dado a mis compañeros?

–Ya te he dicho que sí. Era rojo, pero no lo he tocado nada más que por una esquinita para sacarlo –contestó la testigo.

–¿Era rojo burdeos? –intervino Christian. El policía y Camila se giraron para ver de dónde procedía la voz que les había interrumpido.

–Christian –dijo el policía con uniforme– ¿qué haces tú aquí?

–Estaba con Saturn y Óscar cuando les han avisado de esto –dijo señalando toda la calle con la mano–. Me han dado un permiso especial para estar aquí porque me han contratado para el caso del alcalde.

Christian no quiso dar más datos para referirse a su caso para no incomodar a Camila y, sobre todo, no sesgar su declaración. Ella no lo sabía pero aunque ahora estuviese contando todo, tendría que ir a comisaría para seguir tomándole declaración allí.

–Me alegro que formes parte de esto –dijo el policía después de sopesarlo un poco–. ¿Puede contestar a mi compañero sobre el color del sobre?

–Sí –dijo Camila–, era burdeos.

Al cabo de un rato se volvió a reunir con Saturn y Óscar. A Fonseca no volvieron a verle.

–Lo siento Christian, nos tenemos que volver a comisaría. Se acercan las tres y tenemos que hacer el turno oficial. Además, de este caso tenemos más trabajo. Estamos desbordados con todo esto –dijo a modo de disculpa Óscar por tener que despedirle.

–Sí, vale, no te preocupes. Yo me voy a El Enigma. Tengo cosas que hacer y hablar con Chema. Pero ¿me dais algún dato del nuevo cuerpo encontrado? ¿Algo más, aparte de que ha aparecido otro sobre burdeos? Por ejemplo, ¿tiene también el tatuaje?

–Pues no lo hemos visto directamente, pero sabemos que sí lo tiene. Lo que pasa es que esta vez es más raro. Parece que lo han hecho más deprisa que al resto. Es como menos preciso y yo diría que, incluso, algo más pequeño. Pero sigue teniendo la B.

–¿Y qué pone en el sobre?

–Nada, solo una clave muy larga. Ya te diré si es la misma que la de tu sobre, pero seguro que es otra –dijo Óscar.

–¿Y sabemos algo de la identidad de la mujer?

–Eso sí, habían tirado el DNI dentro del cubo. Era lo único que había porque los cuerpos siempre aparecen desnudos. Está claro que el asesino o asesinos querían que la encontráramos rápidamente. Se llama Cristina Carrascosa y estaba casada con un empresario de Boadilla. Su cuñada cursó una orden de desaparición ayer en Guadalix. No se había tomado en cuenta dado que contó que se había peleado con su marido.

Christian no daba crédito, Cristina Carrascosa era la mujer adúltera, la del caso que cerró en día anterior su socio Chema.

24.

–Joder, Chema, como lo oyes.

Christian estaba llamando a su socio para que supiera lo que había ocurrido.

–Pero no puede ser, ¿seguro que se trata de la misma persona? –dijo Chema al otro lado de la línea telefónica.

–¿Cuántas Cristinas Carrascosas conoces que estén casadas con un empresario que vive en Boadilla y que tenga casa en Guadalix? –dijo Christian un poco con tono de sorna–. Además, su amante, es decir su cuñada, es la que fue a la Guardia Civil para poner una denuncia sobre su desaparición. Otra cosa es que la hicieran caso, ya que no llevaba ni cuatro horas desaparecida cuando fue a la comandancia.

Christian estaba hablando por su móvil, apartado de toda la actividad cercana a la calle Magallanes, pero moviéndose de un lado para otro. Al descubrir que el nuevo cadáver correspondía con el caso de Chema se había revuelto el estómago. Bueno, el estómago y todo el cuerpo, hasta notaba dolores en la cadera lesionada hacía tiempo y eso no era habitual, salvo en los cambios de tiempo.

–¿Y lo sabe su marido? –preguntó Chema.

–¡Y yo que sé! De eso se encargará la policía, digo yo. Pero yo aun no les he contado nada a Saturn y estos. No saben nada de tu caso. Lo voy a hacer ahora mismo, cuando cuelgue. Joder, no me gusta nada este asunto.

–No les digas nada.

–¿Estás chiflado, Chema? ¿Cómo no se lo voy a decir? ¿Primero lo del sobre burdeos y ahora me callo lo de quién es esta mujer? Se supone que debemos confiar los unos en los otros, de hecho Saturn y Óscar me han

traído hasta el lugar del crimen y yo no debería saber nada del caso *Detritus*, y sin embargo lo sé—. Christian no paraba de caminar en zigzag, hablando muy deprisa. A Chema le costaba un poco entender algunas palabras de las que pronunciaba su socio.

—Tranquilízate, Christian. No te digo que no se lo cuentes, digo que no se lo cuentes precisamente ahora. Puedes llamarles luego y decirles que yo estaba hasta ayer con un caso en el que la víctima estaba involucrada. Puedes decirles que no te acordabas del nombre y que al hablar conmigo has caído de quién se trataba.

—¿Y qué ganamos con no decir su nombre?

—Tiempo. Somos detectives privados y el tiempo siempre debe jugar a nuestro favor.

25.

Christian salió de la zona de San Bernardo para volver a su despacho, donde había quedado con Chema. Llegó pasadas las tres y media de la tarde.

Últimamente tenía la sensación de que el tiempo se le pasaba volando y las horas no le cundían. Chema tenía razón, él, Christian, se debía a su cliente, que para eso le había contratado, y debía seguir investigando. Se había perdido con el asunto del nuevo cadáver pero debía llamar Matías inmediatamente.

—Hola, Chema —saludó Christian cuando entro en las oficinas de El Enigma.

—¿Qué pasa, socio? ¿Ya estás más calmado? ¿Al final qué has hecho, les contaste quién era Cristina?

–No, no les dije nada. He estado pensando de camino aquí. Tengo que llamar a Matías. Sé que estuvo declarando de nuevo pero quiero hacerle preguntas sobre los juegos de su mujer en el móvil. Y de paso le pongo a él un poco al día de cómo va la investigación.

–¿Los juegos del móvil? –preguntó extrañado Chema.

Christian se dejó caer en la silla que estaba vacía dentro del despacho de Chema. Estaba más agotado de lo que pensaba admitir.

–Sí, parece ser que era una especie de ludópata pero de móvil. Jugaba a todo, no por ganar dinero, sino simplemente por el hecho de jugar.

–Sería por estar entretenida o por la adrenalina –dijo Chema.

–Será –contestó Christian–. El caso es que el marido me dijo que no sabía nada de eso, solo que estaba todo el día enganchada al móvil, pero quiero hacerle más preguntas.

Christian se fijó, en ese momento, en que la mesa de Ana estaba vacía.

–¿Dónde está Ana?

–No lo sé –contestó Chema–. Pensaba que tú sabrías donde andaba. ¿No la has mandado a hacer algún recado?, ¿te suena que tuviese médico?

–No, nada. Desde ayer no la veo. La voy a llamar también al móvil –dijo Christian.

Sacó su teléfono móvil y marcó el número de Ana que estaba predeterminado en la memoria. No hubo tiempo de que diera tono porque saltó el contestador automático.

–¿Pero dónde se ha metido? ¿Sabes si ha venido esta mañana a trabajar?

–No –contestó Chema–. He estado solo toda la mañana. Bueno, desde las once o así que he llegado, ya sabes que no he madrugado mucho.

–¿Y has mirado en su mesa a ver si nos ha dejado alguna nota? –y según decía esto Christian se levantó de la silla del despacho de Chema, donde prácticamente estaba tirado, y se fue a la mesa de Ana. Desde el despacho de Chema se veía perfectamente la mesa de la secretaria así que Chema simplemente se quedó esperando a que Christian le dijera si había algo.

–Nada. Ni una nota ni nada –dijo revolviendo varios papeles que Ana tenía debidamente colocados encima de su mesa.

–No toques mucho por ahí que cuando vuelva y vea que le has cambiado los papeles de sitio te va a matar.

Christian asintió dando a entender que estaba de acuerdo con el comentario de Chema sobre Ana.

–Por cierto, ¿has hablado con Bernardo?

–No. Ya habrá declarado a la policía y lo tendrán aislado de momento, sin móvil y sin internet.

–Sí, está en la comisaría de Hortaleza.

–Es una pena, la verdad –dijo Christian–. Parece sospechoso. El tatuaje que tienen todas las víctimas parece una ficha de casino y Bernardo estuvo metido en casos de extorsión en casinos. Igual es más culpable de lo que pensamos. ¿Y qué me dices de la B? ¿La B de Bernardo?

–Ya te dije que ese no sabe hacer la O con un canuto. Sabe de fuerza física, pero no creo que fuera capaz de llevar a cabo semejante matanza y luego dejar los cadáveres sin pistas. No tardaron mucho en cazarle la última vez.

–Es que lo de las fotos fue muy evidente. A lo mejor ahora ya ha aprendido –dijo Christian con una sonrisa en la boca.

–Créeme, no sería capaz. Además ¿sabes cuándo le ha interrogado la policía?

–Desde ayer supongo. Pero ahora que lo pienso –dijo mientras se quedaba mirando a la nada y se acariciaba el lugar donde debía estar el pelo– si ayer estuvo con la Guardia Civil de Toledo no ha podido ser él la persona que ha matado a Cristina Carrascosa.

Se hizo un silencio entre los dos detectives mientras ambos pensaban para sí mismos.

Christian se alejó de la mesa de Ana y fue de nuevo hacia el despacho de Chema.

–Voy a hablar con mi cliente y luego intento llamar a Ana de nuevo. Más le vale que nos dé una buena explicación.

Christian dejó en su soledad a Chema y se fue a su despacho personal para poder hablar con Matías más tranquilamente.

–Matías, soy Christian, de El Enigma. Te llamo un poco para contarte como voy con la investigación y para que tú también me cuentes qué tal con la policía. ¿Te pilla en buen momento ahora para hablar?

–Pues estoy justo con mi abogado ahora. Estábamos los dos viendo las noticias. Parece ser que han encontrado un nuevo cuerpo en otro contenedor de basuras.

–Sí, de eso quería hablarte, entre otras cosas.

–Estamos, mi abogado y yo, totalmente paralizados. ¿Qué está pasando? Esto no es normal. ¿Crees que se trata de un psicópata?

–No se sabe aún, pero lo que sí está claro es que todos los crímenes están relacionados.

–No me echarán mi la culpa, ¿no? Es solo mala suerte que yo esté en Madrid.

–¿Por qué te iban a echar a ti la culpa?

–Porque ya sabes cómo son los de la capital. Bueno, en general todos los policías, lo primero que hacen es sospechar del pariente más cercano, y

en el caso de Conchi ese soy yo. Además tengo una amante, Mary, lo cual hace que las sospechas recaigan más sobre mí. Ricardo, mi abogado, me ha recomendado que prepare la coartada de esta noche inmediatamente.

—¿Por qué tienes miedo? —Christian estaba escuchando a un hombre que por el tono manifestaba entre desesperación y bravuconería, a partes iguales.

—¿Es que no sabes cómo me han tratado en comisaría? Me metieron en una sala durante más de cuatro horas, de la que solo me dejaron salir una vez para ir al baño. Aunque estaba presente mi abogado, me estuvieron agobiando con preguntas. Después de estar medianamente satisfechos con mis respuestas me dejaron marchar y, por la tarde, me hicieron volver a la misma comisaría, porque querían hacerme prestar declaración de nuevo —la última frase había ido subiendo en volumen hasta llegar a la pregunta final que prácticamente era un grito— ¿Y sabes por qué me hicieron volver por la tarde?

Matías no esperó la contestación de Christian

—¡Me hicieron volver y estar otras tres horas más declarando porque alguien, supuestamente contratado por mí, había llevado un sobre rojo a la policía, que yo mismo le había facilitado para su custodia! —Christian pensó que si Matías seguía elevando el volumen y gritando de esa manera se iba a quedar sin aire y morir instantemente— ¡Con el maldito sobre rojo me volviste a poner en el punto de mira de la policía!

—Comprendo —dijo Christian bajando a conciencia su volumen de voz. Sabía, por experiencia, que si alguien estaba nervioso y gritaba por teléfono, lo mejor que se podía hacer era que la persona que estaba al otro lado no se dejase llevar ni se contagiase del otro, sino reaccionar de modo contrario. Es decir, si uno gritaba el otro bajaba el tono, si uno hablaba muy deprisa el otro debía hablar un poco más despacio de lo habitual para que la persona nerviosa se contagiase de la más calmada.

—Así que olvídate de cobrar tu minuta o como sea que se le llama en el negocio de los detectives.

El volumen de Matías había bajado, aunque aún no estaba en su estado natural. Por lo menos la técnica de Christian había funcionado

–La policía ya sabe todo y no necesito que tu indagues por tu cuenta –continuó Matías–. Ellos mismos me han contado que Conchi era adicta a los juegos. Estaba enganchada a todos. Era adicta, además a la heroína. Saben hasta lo de Mary. Así que, lo dicho. Quedas despedido. Adiós.

Y con esta última frase cortó la llamada, dejando con la palabra en la boca a Christian. La realidad era que Matías había firmado un contrato con El Enigma y a día de hoy había generado una deuda con su empresa que podían reclamar, pero eso se lo iba a pensar primero antes de reclamarla. A fin de cuentas solo había sido un día y medio de trabajo y el caso se estaba poniendo cada vez más peliagudo. No había buscado las noticias por internet pero apostaba lo que fuera a que todos hablaban de lo mismo.

Una vez se hubo repuesto de la bronca telefónica de su ya no cliente volvió a llamar Ana. Le volvió a saltar el contestador. Eso era muy raro en ella, pero dedujo que estaría en algún sitio sin cobertura. Tal vez en el metro, aunque cada vez hay menos sitios sin cobertura en los túneles.

Volvió a guardarse su móvil en el bolsillo del pantalón y se dirigió de nuevo al despacho de Chema. Este estaba en silencio mirando su portátil.

–¿Qué pasa? –preguntó cuando vio entrar a Christian.

–Ya no tenemos caso. El alcalde ha decidido prescindir de nuestros servicios por haber entregado el sobre burdeos a la policía.

–Pues mira, mejor. Este caso se pone cada vez peor. Ya van muchos cadáveres encontrados en cubos de basura y la gente se está alarmando. He leído en un periódico que el reportero recomendaba a los madrileños no salir de casa a partir de las diez de la noche. Esto es absurdo ¿alguien ha comprobado la hora de la muerte? No sabemos si las han matado a las diez o a las cinco de la madrugada. Además ¿por qué Madrid? La mujer de Matías estaba en Soria y eso está a dos horas y pico de aquí.

–Sí, con los comentarios de los periodistas van a conseguir que los madrileños se vuelvan locos. Pero tienes razón, nadie ha dicho nada de la hora de las muertes, pero sabes que la noche es lo que produce más miedo. Es cuando los malos salen, como si por el día no hubiese delincuencia. Acuérdate de lo de mi cadera, a las doce del mediodía que me pasó.

–Ya te digo, Christian. En el periódico también dice que se ha filtrado a los medios una grabación de Concepción, la mujer del alcalde, llamando al 112.

–¿En serio? Estaría bien escucharla. Ya no tenemos caso pero el morbo es el morbo.

–No está entera, solo la primera parte. Está aquí –dijo señalando una página web de noticias que tenía abierta–. Mira, si pincho sobre este *link* se puede escuchar.

Chema pulsó sobre el *link* y comenzó a reproducirse una conversación telefónica:

“(Voz de teleoperadora) 112, le atiende Maricela ¿en qué puedo ayudarle? ...Buenas tardes: 112, ¿en qué puedo ayudarle?”

(silencio)

(Voz de teleoperadora) Si no me responde procederé liberar la llamada para atender otras emergencias.

(Voz supuestamente de Concepción) Ayúdame

(Voz de teleoperadora) Perdona, no le oigo bien, ¿puede acercarse más al teléfono?

(Voz supuestamente de Concepción) Ayúdame

(Voz de teleoperadora) Estamos aquí para ayudar a todos los ciudadanos. ¿Puede indicarme qué clase de ayuda necesita? ¿Desde qué dirección me está llamando?

(Voz supuestamente de Concepción) No lo sé.

(Voz de teleoperadora) ¿No lo sabe? ¿Habla bajo por alguna circunstancia? Responda solo sí o no en caso de que no pueda hacer ruido... (silencio)... ¿Cómo te llamas?... (silencio) ¿El motivo de la llamada es por un accidente de tráfico

(Voz supuestamente de Concepción) No

(Voz de la teleoperadora) ¿Te encuentras retenida y no puedes hablar?

(Voz supuestamente de Concepción) Ahora estoy fuera, pero ellos vienen a por mí.

–Ya se ha acabado el audio. No han filtrado nada más –dijo Chema.

–¿Te parece poco? Habla de ellos, más de uno –dijo Christian–. ¿Sabrán de esta filtración los chicos de la comisaría?

–Imagino que sí, pero no está de más que les avises.

Christian volvió a salir del despacho de Chema para dirigirse al suyo para llamar a Saturn o a Óscar y entonces fue cuando se fijó. Antes había revuelto los papeles de la mesa de Ana de mala manera y no se había fijado. Ahora lo vio. Debajo de una pequeña montaña de papeles sobresalía la esquina de un sobre burdeos. Se acercó hasta la mesa de Ana y tiró de la esquina suavemente, para no tirar el resto de papeles apilados.

Como sospechaba Christian, se trataba del sobre burdeos.

–Chema, ¿qué hace aquí el sobre de Matías? Yo mismo se lo dejé a los compañeros de la policía. ¿Quién lo ha traído de vuelta?

–¿Qué sobre? –preguntó Chema mirando hacia Christian y la mesa de Ana.

–Este –señaló Christian levantando el sobre para que Chema lo pudiera ver desde su despacho.

–¡Yo que sé qué es lo que hace el sobre ahí! ¿Lo habrá cogido Ana si algún mensajero lo ha traído de vuelta?

–¿Desde cuándo la policía devuelve las pruebas con mensajero? ¿No decías que Ana no había venido esta mañana? Eso es absurdo. –Christian se quedó pensativo–. Voy a llamarles ahora mismo.

Marcó primero el teléfono de Óscar, no por nada, sino porque era el primero en la lista de contactos, según el orden alfabético. Al quinto tono colgó y marcó el teléfono de Saturn. Mientras que iba marcando abrió el sobre burdeos que tenía entre sus manos. Ahí estaba el código tan largo y la firma de Bernardo Olivares Tejada.

–¿Sí? –descolgó Saturn.

–Hola Saturn, soy Christian.

–Tío, me pillas mal ahora. Nos vamos a reunir con Miralles. Como te decía la cosa se nos ha ido de las manos y vamos a tomar medidas drásticas.

–Vale, luego hablamos si puedes. Solo una cosa, ¿por qué me habéis devuelto el sobre de la mujer del alcalde? Vale que Matías no quiera trabajar ya más con El Enigma, pero pensé que era una prueba.

–¿A qué sobre te refieres? ¿Al rojo con el *password*?

–Burdeos –corrigió Christian–. Sí, a ese.

–¿Cómo que por qué te lo hemos devuelto?

–Sí, lo tengo ahora mismo aquí, encima de mi mesa del despacho.

Hubo un silencio al otro lado de la línea. Christian hasta pensó que se había cortado la comunicación.

–Christian, el sobre rojo, burdeos, lo tengo yo metido en una bolsa de plástico transparente en mis manos en este momento.

–No puede ser. El sobre estaba en la mesa de Ana. Estaba entre sus cosas.

–¿Ana?

–Sí, la secretaria de aquí, que por cierto ni Chema ni yo sabemos dónde está.

Por el rabillo del ojo Christian vio como Chema se acercaba a su despacho para escuchar mejor la conversación que él y Saturn estaban manteniendo en este momento.

–¿Ana ha desaparecido? –preguntó Saturn.

Saturn y Christian pensaron a la vez lo mismo.

–Dime la clave que tienes tu en el sobre –dijo Saturn.

–53B997O4511T–. Christian le había dicho número a número–. Y está firmado por Bernardo Olivares Tejada.

–No coincide– dijo Saturn.

–¿Qué no coincide?

–Tu clave, la que tienes en el sobre en el despacho no es la misma que veo yo en la que tengo aquí.

26.

Christian cogió un taxi, pese a que Chema se ofreció a llevarle en su coche. Christian había rehusado ir en el coche de su socio porque sabía que tardarían más en ir al garaje que lo que tardaba en bajar el piso que le separaba de la calle y parar un taxi. Quería llegar lo antes posible a la comisaría. Había metido el sobre, que había encontrado en la mesa de Ana en un plástico transparente para folios porque era lo único que había podido encontrar entre tantos papeles. Metiendo el sobre burdeos dentro de este plástico quería evitar contaminarlo más de lo que ya podía estar. No iba a cometer el mismo error que con el sobre de Matías.

Cuando llegó a la comisaría tenía una comitiva de cinco personas esperándole en la puerta, liderada por Saturn y el inspector Miralles. Fueron todos directamente a la sala de reuniones para hablar en un lugar apartado. Christian tenía el propósito de colaborar en todo, además tenía aún pendientes contarles lo del caso de Chema y la mujer que ponía los cuernos a su marido.

–¿Dónde ha encontrado este sobre? –preguntó Miralles. Claramente iba a liderar todo el pequeño interrogatorio al que iban a someter a Christian.

–En la mesa de Ana, la secretaria de El Enigma, donde trabajo.

–¿Qué hacía el sobre ahí?

–No lo sé muy bien. No me había fijado que estaba ahí hasta un par de minutos antes de llamar a Saturn. A primera vista no se podía detectar porque estaba enterrado entre una montaña de papeles. Vi una esquina, y al percatarme de que era burdeos tiré y salió el sobre.

–¿Dónde está su secretaria?

–No lo sé. No tengo noticias de ella desde ayer. Chema, mi socio, tampoco tiene ni idea de dónde puede estar. Al principio pensamos que tenía que ir al médico o algo así y que por eso se ha ausentado de su puesto de trabajo. Pero después de encontrar el sobre estoy bastante preocupado por ella.

–¿La han llamado e intentado localizarla?

–Pues claro, inspector. ¿Por quién me toma?

–¿Y?

–Y nada, que no responde a las llamadas.

–Se lo ha comentado a alguien de su familia ¿sabe con quién vive? ¿sabe si alguien ha cursado una denuncia?

–Hasta donde yo sé, vive sola en un piso alquilado de Malasaña. Nunca nos ha comentado nada de su familia. No le puedo decir.

–¿Y le suena algo que pueda relacionar las muertes del caso *Detritus* con Ana? Por cierto, ¿Ana qué más?

–Ana Rodríguez Majewski. No, nada –aunque justo en ese momento Christian tuvo una idea–. Esperen, no sé si tendrá algo que ver, pero Ana estaba jugando a un juego por internet. Sino me equivoco la mujer de Matías, Concepción también estaba enganchada a los juegos *on line*.

–¿Qué apellido es ese? –preguntó Saturn obviando el último comentario de Christian.

–Polaco, creo– respondió rápidamente Christian.

–¿Cómo sabes lo de los juegos *on line*? –preguntó el inspector prácticamente a la vez que Christian respondía a Saturn. Christian no sabía que contestar. Si decía la verdad podría en un compromiso a Saturn y a Óscar.

–Se lo dijo ye, jefe –dijo Saturn–. Pero vamos que todo el mundo lo sabe porque alguien se lo ha debido de filtrar a la prensa.

–Jefe, este es de fiar –dijo uno de los presentes vestido de uniforme y que Christian no recordaba cómo se llamaba–. Nos trajo el primer sobre y ahora ha traído este también.

–Yo no me fío ni de mi sobra –dijo el inspector Miralles–. Por cierto, con este ¿cuántos sobres tenemos ya?

–Nueve –dijo el agente vestido de uniforme.

–¿Nueve? –preguntó Christian con los ojos abiertos como platos.

–Sí, hijo sí. Usted no es el único que nos trae pruebas. Estos sobres están llegando por toda España, no solo en Madrid –dijo el inspector.

Se le quedó mirando de arriba abajo y después añadió una última frase.

–Espero que sea usted de fiar realmente, porque le vamos a enseñar información clasificada. Se lo cuento, no porque usted hubiese sido antes de los nuestros, aunque nunca haya sido de mi equipo, se lo cuento, porque si es lo que me temo, su secretaria Ana debe estar a punto de morir, si es que no está muerta ya.

27.

Un nuevo agente, novato, rubio y repeinado, entró en la sala donde estábamos el resto, con un portátil en la mano.

–¿Sabría decirme a qué juego estaba enganchada Ana? –preguntó el inspector.

–A ese en la que la gente mata virtualmente unos a otros –contestó Christian.

–¡Hay que joderse! No tenemos bastante con lo que pasa en la vida real que encima jugamos a matarnos entre nosotros.

–Yo también estoy apuntado a ese juego– apuntó Óscar, que acababa de llegar a la reunión acompañando al novato rubio.

–¿Y te ha llegado un sobre burdeos como este? –dijo el inspector señalando al sobre que yo había traído y que aún se conservaba en el plástico transparente para folios que yo había usado.

–No.

–Mi mujer también está apuntada –dijo el novato–. Mucha gente participa, está de moda ahora. Ha matado a dos desconocidos y a Jorge Javier Vázquez.

–¿Y si está de moda tirarse por un puente cree que todos se tirarían? –dijo el inspector un poco molesto. No obstante el comentario del agente le hizo recordar algo–. ¡Es verdad! Se me olvidaba que en este juego se entremezclan las personas desconocidas con los famosos. ¿Y algún famoso ha hecho público haber recibido un sobre como el que tenemos aquí?

Nadie contestó en voz alta pero se oyeron varios susurros en la sala y algunos de los presentes acompañaron los susurros de negaciones con la cabeza.

–¿Y su mujer, José, ha recibido un sobre como este? –preguntó al novato rubio.

–No, señor.

–Pues más le vale que convenza a su mujer de que deje el maldito juego.

–No tengo claro que te puedas desapuntar –dijo Óscar–. Yo sé cómo apuntarte, pero no como borrarte. Creo que simplemente tienes que esperar a que te maten y listo.

–¿A que te maten? –repitió el inspector.

–De manera virtual, señor –contestó atemorizado Óscar.

–Está bien, veamos si el dichoso juego tiene o no algo que ver con las muertes. No creo, porque si fuera así todos los que se han apuntado habrían recibido un sobre con la contraseña –y mirando al novato y a Óscar añadió– incluyendo Óscar y la mujer de José.

–Pero ha dicho que se han recibido nueve sobres –interrumpió Christian que hasta ese momento estaba solo escuchando y observado a las personas de la sala.

–Sí. Ha empezado a correr el rumor de lo del sobre rojo, a raíz de la última víctima. Parece ser que la única testigo contó a una cámara de televisión que había encontrado un sobre de ese color y la gente ha

empezado a llevar todos los sobres rojos que han recibido a las comisarías de sus respectivos lugares.

–¿Y son todos burdeos? Hasta dónde yo sé, no hay sobres de otro tipo –dijo Christian.

–Pues parece que hay cinco, incluyendo el que usted nos ha traído ahora, que sí son iguales y del mismo material, aunque hasta que no veamos el quinto no lo sabremos a ciencia cierta. Los otros cuatro son sobres que no se parecen. Tienen color rojo pero el sobre no es cuadrado, son sobres de distinto tamaño. Y el color burdeos no es el mismo. Hasta hay uno que es una invitación de boda, recibido en Navarra. La persona que lo ha recibido no había querido abrirlo por si las moscas –y Miralles soltó una carcajada al terminar esta historia.

–¿Y el quinto que sí que parece que coincide? –siguió preguntando Christian, al ver la buena disposición a colaborar que tenía ahora el inspector.

–Ese ha llegado esta mañana a un hombre de cuarenta y cinco años en Galicia, en A Coruña, para ser más exactos.

–¿Y este hombre jugaba a lo de matarse?

–Le tienen en una comisaría del centro de A Coruña haciéndole preguntas, pero parece ser que sí. Por lo menos esta vez no es en Madrid, aunque no sé qué es peor, que cunda el pánico en Madrid o en toda España.

–¿Alguna de las otras víctimas también jugaba? –continuó Christian para no irse del tema.

–Adivínelo usted mismo –dijo el inspector–. Claro que todos jugaban, hasta el señor mayor catalogado como la primera víctima. Hay rastros con *cookies* en sus móviles, pero vamos que los familiares nos lo han corroborado.

–Joder –dijo Christian.

–Sí. Ana está en peligro –dijo el inspector–. Veamos que podemos hacer con ese *password* de ahí.

–Espere, hay algo más que deben saber –dijo Christian–. Es sobre la última víctima, Cristina. Chema, mi socio la conocía. Su marido encargó a El Enigma que la siguiéramos porque sospechaba que tenía un amante.

–¿Y? –preguntó el inspector animando a Christian a que terminase la historia.

–Pues que efectivamente era un cornudo, pero el amante resultó ser la amante, porque le ponía los cuernos con la hermana del marido.

El inspector asintió con la cabeza y le dio órdenes a Saturn para que hiciera llamar a Chema y preguntarle más cosas sobre el caso. Luego se dirigió de nuevo a Christian.

–Hijo, tienes relación con tres de las víctimas.

–¿Yo? –dijo con sorpresa Christian.

–El marido de una te contrata para que la sigáis, el marido de otra te contrata para que investigues más sobre la muerte de la suya y tu secretaria desaparece. ¿Tú no atas cabos? Porque a mí me resulta muy fácil hacerlo.

28.

–Yo no tengo nada que ver, y lo sabes. Lo sabéis todos. Además ¿cómo dejaría yo solito los cuerpos en los cubos?

–Eso mismo pensamos nosotros –dijo Miralles–. Tienen que ser más de uno. La grabación que se ha filtrado a la prensa sobre la llamada de Conchi al 112 habla de varias personas involucradas.

Miralles se le quedó mirando con malas pulgas al pobre Saturn, pero no le dijo nada. Esto me lleva a otra cosa. ¿Alguien ha comprobado lo de los camiones de basura? Necesitamos saber a qué hora pasaron por esa calle. Es verdad que el forense nos va a dar la hora de la muerte pero si sabemos a partir de qué hora buscar parece que avanzamos en algo.

–Yo tengo aquí los datos –dijo Saturn en respuesta a la solicitud de Miralles–. A ver, la empresa que limpia esa zona, como ya sabíamos, es una contrata del Ayuntamiento. Parece ser que el Ayuntamiento concede a estas empresas por lo que llaman lotes, que viene a ser como agrupaciones de barrios o distritos, para que todos nos entandamos. El caso es que cada camión tiene un GPS incorporado que se conecta con el Ayuntamiento, es decir que se pueden hacer seguimientos de los camiones y ver sus rutas. Lo que pasa, y aquí es dónde viene el pero, las rutas se marcan pero el conductor tiene libertad.

–¿Cómo que tiene libertad? –preguntó Christian sin entender bien.

–Sí –continuó Saturn leyendo una libreta que tenía delante para no dejarse ningún dato–, el conductor y el resto del servicio de limpieza saben que tienen que pasar por varias zonas, pero la contrata les deja libertad para pasar a cualquier hora de su turno. Lo importante es que cuando acaben la jornada esas zonas designadas estén hechas. De todos modos, si los conductores son los habituales, generalmente hacen siempre las rutas del mismo modo, porque para el personal de limpieza es cómodo y más mecánico. Además el inspector de ruta siempre está pendiente de todo por si hay incidencias.

–¿Y a qué hora pasó el camión por Magallanes? –Miralles volvió a preguntar, cada vez un poco más tenso.

–Según las personas que hacían la ruta ese día a las dos de la mañana. Sin embargo hay un testigo que dice que el camión pasó a las dos y media. Hemos comprobado los datos con el GPS facilitado por la empresa y es cierto lo que dice el personal de limpieza.

–Un momento –interrumpió Christian–. ¿Y si los dos tienen razón y dicen la verdad?

–¿Dices que pasaran dos camiones distintos? –preguntó el novato.

–¿Qué pasa?, ¿que se confundió uno de los conductores? ¿No crees que la empresa de limpieza nos lo hubiera contado? –dijo Saturn.

–A ver, esto sólo es una hipótesis, pero, corregidme si me equivoco, siempre se han encontrado los cuerpos en cubos de basura y los testigos con los que contamos solo han visto los cuerpos dentro de los contenedores, ¿correcto? Nunca nadie ha visto al asesino dejar el cuerpo ¿no os planteáis por qué? ¿Y si usan un camión de recogida de basura? Así depositan el cuerpo a simple vista pero nadie le presta atención porque que un camión de basura esté circulando en las calles de Madrid es lo más normal del mundo.

El silencio se hizo entre los presentes. Hasta ahora nadie tenía una teoría de cómo el asesino se podía mover tan fácilmente por las calles de Madrid sin que nadie viese nada. Y quizás Christian había dado con la clave.

–Vaya, señor detective, al final va a ser que sí que colabora con nosotros. Saturn, Óscar, poneos ahora mismo con ellos. Saturn, tu pide a la empresa de limpieza que te dejen hablar con el conductor de ayer y tú, Óscar, intenta ver si hay cámaras por esa zona que nos deje confirmar si pasaron dos camiones de basura ayer.

Ambos policías asintieron con la cabeza ante las órdenes.

–José, tu comprueba si en el último año ha habido alguna denuncia por robo de algún camión de basura, en toda España. No quiero descartar zonas aún.

Dicho lo cual el inspector Miralles decidió tomarse un descanso y bajarse a fumar. Christian aprovechó para llamar a Chema y contarle cómo iban las cosas en comisaría. Ya eran más de las seis de la tarde. De Ana no se sabía nada. Chema la había estado llamando a intervalos de diez minutos, pero siempre saltaba el contestador. Además, Chema le dijo a Christian que había estado investigando por internet, por si veía algún caso parecido a este y le dijo que le iba a enviar toda la información a su móvil. Por último Christian le sugirió a Chema que viniese a la comisaría porque ya les había

contado lo de su caso y todos querían saber más. Igualmente le advirtió de que algún policía se pondría en contacto con él.

Quince minutos después Christian volvía de nuevo a la sala donde llevaba más de una hora sentado. Sabía que el inspector Miralles era muy puntual y no quería llegar más tarde que él. Efectivamente Miralles ya estaba dentro de la sala cuando entró Christian.

–Me alegro que sea usted el primero –dijo Miralles–. ¿Ha hablado con su socio? Quiero que venga inmediatamente a comisaría y que nos diga todo lo que sepa sobre la última víctima. No solo quiero saber lo de su cuñada, quiero saber su color favorito, lo que comía y sobre todo lo que hacía con su móvil. Seguro que también jugaba al maldito juego “mata personas”.

–Acabo de avisarle para que venga –contestó Christian.

–Si su secretaria sigue sin aparecer podemos ordenar la triangulación de su móvil a ver si la podemos situar en algún sitio. Tenemos la suerte de que, aunque no sepamos dónde está, su cadáver aún no ha aparecido. Hay una oportunidad de encontrarla viva. Solo espero que esto no sea una broma ni de ella ni de El Enigma.

Según acabó de pronunciar esta frase Miralles se abrió la puerta y entró Óscar.

–Me alegro de que usted haya sido el tercero– dijo Miralles dirigiéndose a Óscar–. Ya sabe que yo soy experto en resolver casos, pero no es lo mío la tecnología. Ni si quiera leo las noticias por internet. Hasta hace dos días no sabía ni que existía ese jueguito de matar personas.

–A mí me pasa lo mismo –dijo Christian, arrepintiéndose de haber interrumpido al inspector Miralles en su discurso en el mismo momento en el que pronunció la frase.

Miralles obvió el comentario del detective y siguió concentrado en el ingeniero informático y agente de policía.

–Óscar, dígame exactamente cómo funciona eso del BOT. Aquí todo el mundo parece saber de qué va pero yo quiero entender cómo funciona.

–Pues, a ver, se trata de un programa informático configurado para realizar tareas repetitivas. Esa es la idea general de BOT. Luego, dentro de ellos hay distintos tipos, unos beneficiosos y otros maliciosos. Por ejemplo, durante mucho tiempo estuvo de moda el concepto BOT porque se usan como motores de búsqueda en internet.

–No sé si me está quedando claro, pero bueno. Y estos BOTs, ¿para qué sirven en un juego de matar virtualmente?

–Para entretener a la gente. Hay muchos seguidores y las redes sociales potencian que estos juegos sean conocidos. Actualmente ayudan a inflar el número de seguidores. Yo mismo soy *follower* de varios juegos así.

–¿Y cómo puede un BOT matar de verdad a una persona? –preguntó Miralles.

–¡No puede! –contestó desde la puerta Saturn que entraba en ese momento pero que había escuchado la pregunta de Miralles–. ¡Son personas las que matan! Lo que pasa es que es muy fácil usar la tecnología para escudarse.

Terminaron de llegar el resto de asistentes a la sala y, de nuevo, se encontraban sentados alrededor de una mesa rectangular donde todos se veían las caras unos a los otros.

El móvil de Christian sonó y todos se giraron hacia él.

–Es un correo electrónico de mi socio. Ha estado mirando por internet intentando encontrar casos similares en otros países.

–¿Y? –preguntó Miralles.

–Estoy abriendo el archivo adjunto, un momento –dijo Christian mientras descargaba el *pdf* del correo electrónico–. Pues aquí dice que hace unos meses se encontraron unos cuerpos en la basura, dentro de bolsas, en Quito. Pero parece más un ajuste de cuentas que un psicópata en serie. Eran

los cuerpos de dos hombres sin identificar y sin tatuajes recientes. Además, según dice la noticia, no era la primera vez que se encontraban restos humanos en la zona. Otra noticia dice que, en México también, se encontró hace un par de años un cuerpo metido en una bolsa de basura y depositado dentro de un cubro de basura, pero luego descubrieron que le habían matado dos amigos suyos como rito de iniciación de una secta. Y ya no hay nada más. Creo que no nos sirve de mucho.

–Pues no, no nos sirve. Gracias por su intervención –dijo de forma brusca el inspector–. Volviendo al tema del juego, ¿alguno de los aquí presentes ha pensado en darse de alta ahora mismo para ver qué pasa?

–Sí –contestó Saturn.– Pero yo he podido acceder a la página sin ninguna clave. Eso sí, tardan unos días en confirmarte si puedes entrar en el listado o no, según lo que pone en la web.

–Al ser un listado abierto, aunque se maten a personas siempre hay otras en la lista de espera –apuntó Óscar.

–¿Y cuándo se acaba el juego? –preguntó Christian.

–Buena pregunta –dijo Miralles.

–Pues ni idea –dijo Óscar–. A lo mejor los creadores no quieren que se acabe nunca.

–En algún momento se tendrá que acabar. Tendrá que haber un ganador. Eso, o las personas se intentan dar de baja.

–Eso no es tan fácil –comentó Christian–. Esa parte de darse de baja lo hablé con Ana, el día que me enteré que el juego existía y que ella se había apuntado a la lista de participación. Intentó darse de baja y no encontró ningún sitio en la página web dónde poder hacerlo.

–A ver, José, intente usted acceder desde su ordenador con el usuario de Saturn y proyecte en el televisor de la sala los pasos que va siguiendo. Vamos a ver si hay forma de darse de baja o no.

El novato hizo lo que el inspector le indicó y proyectó en la televisión grande que presidía la pared lateral de la sala. Puso en el buscador <<juego mata personas>> y rápidamente el buscador le llevó a la web de siempre cuya presentación estaba hecha en flash y se trataba de una ficha de casino moviéndose como si la lanzaran al aire.

–Joder, ¿nadie se había fijado en esto antes? –preguntó con tono molesto el inspector.

Todos los que estaban dentro de esa sala pudieron ver como la ficha de casino, que daba vueltas hasta caer sobre el tapete con números de una mesa de ruleta, tenía una B dibujada dentro del círculo interior.

–Ahora sí que tenemos un nexo de unión claro. El sobre era una pista pero esto es una evidencia. Saturn, Óscar, cuando acabemos de aquí quiero que informes a los forenses y a la inspectora Viñas.

Todos estaban en silencio. Nadie daba crédito. El tatuaje que se les habían practicado a todos los cadáveres encontrados en los cubos de la basura era exactamente igual a la ficha que aparecía ante nuestros ojos al comienzo de la apertura del juego.

Christian sintió como se le ponían los pelos de punta.

29.

La página web se abrió fácilmente y tenía dos partes. En la parte más central se veía un listado, con la letra muy grande, de las diez últimas muertes, con los nombres de los diez últimos ganadores. En la parte superior derecha había un menú con desplegable, con tan solo dos opciones. La primera era “descubre el listado de los participantes” y la segunda “¿quieres unirte a nuestro juego?”.

–Tienes que darle al “¿quieres unirse a nuestro juego?”. Ahí es donde yo me di de alta.

José pinchó dónde le había indicado Saturn y apareció un formulario que debía rellenar cada participante. Tenías que facilitar el nombre completo, DNI, y algunos datos más como si fumabas, cual era tu *hobby*, si trabajabas o no, etc.

Mientras que el novato estaba rellorando los datos para comprobar qué ocurría con esta web, Christian decidió visitar un poco internet para ver si era capaz de relacionar los cuerpos, con el juego y los cubos de basura. Accedía a internet desde su móvil. De repente leyó una noticia que le dio una idea. En dicha noticia comentaban que en Logroño, el año pasado, había aparecido un cadáver en un camión de basura en la zona del Ecoparque. Siguió indagando más sobre esta noticia porque creía haber encontrado uno de los eslabones perdidos con la aparición de los cuerpos pero prefirió no decir nada hasta está más seguro. Además Miralles no era de esas personas que le gusta ser interrumpido.

–Entonces le das a enviar –dijo Saturn–, aceptas lo de la protección de datos, en esto siguen la ley, y mira el mensaje que aparece.

En la pantalla se leía un mensaje que bloqueaba todo y que decía lo siguiente: Gracias por querer participar en este juego lúdico. En cuanto haya una vacante BerOlTe te mandará un correo electrónico a la dirección que nos has facilitado.

–¿Y? ¿Ya está? ¿Toca esperar? –preguntaba Miralles.

–Sí parece. Yo me di de alta hace un rato y aún no nada– contestó Saturn.

–¿Y qué es BerOlTe? ¿Alguien lo sabe?

Christian levantó en ese momento los ojos del móvil, donde aún seguía buscando información, y tuvo claro lo que preguntaba el inspector.

–Bernardo Olivares Tejada –dijo Christian en voz alta haciendo claro para los otros lo evidente para él.

–¿Cómo?

–BerOlTe son las iniciales de Bernardo Olivares Tejada.

–¡Es verdad! –dijo Óscar.

–¿Y dónde está ese maldito Bernardo Olivares Tejada? ¡Qué lo traigan ahora mismo a mi presencia! –Miralles prácticamente gritaba–. Si tiene algo que ver con este juego quiero que nos lo cuente ya.

–Pues voy a preguntar a Rosa, porque estaba de camino. Le tenían ayer en Toledo. Esta mañana estaba en Hortaleza y ahora no sé si le han trasladado o no.

–Quiero saber por qué está este hombre involucrado con las muertes. Quiero saber por qué mata a personas y las tira a un cubo de basura. ¡Quiero terminar ya con el caso *Detritus*!

–Inspector ¿puedo estar presentes mientras le preguntan? –quiso saber Christian.

–Cierto es que nos está ayudando pero ¿por qué le iba a dejar escuchar su declaración?

Christian cogió aire y contestó lo mejor que pudo al inspector.

–Porque tengo dos cosas más que aportar a esta investigación. La primera que he encontrado una noticia de hace un año donde se decía que se había encontrado un cuerpo dentro de un camión de basura. He seguido indagando al respecto y he visto varias noticias recientes donde se decía que se estaban robando camiones de basura. Normalmente es por la fuerza, con armas de fuego, amordazando al conductor y los ocupantes en farolas u objetos del mobiliario urbano. La mayoría de los robos acaban en alunizajes del camión en tiendas de joyas, pero es posible que en algún caso ese camión no haya aparecido. Yo seguiría por ahí mis investigaciones.

–Gracias por decirnos cómo hacer nuestro trabajo, señor Christian –dijo Miralles–. Ya estamos con ello.

Christian le notó molesto pero decidió seguir.

–He buscado otras posibilidades, a expensas de comprobar si se ha producido un robo reciente de un camión de la basura. ¿Saben que a través de páginas de compra venta se pueden adquirir camiones de recogidas de desechos por unos doce mil euros? Si no hay robo denunciado quizás habría que seguir la línea de investigación de una compra de un camión de este estilo recientemente.

–Insisto, gracias por decirnos cómo hacer nuestro trabajo. Esto no ayuda a que yo le deje estar presente en el interrogatorio de Bernardo –dijo Miralles.

–Solo quiero aprender. La segunda cosa que creo que deben recordar es que Bernardo Olivares Tejada también fue cliente de Chema hace un par de años.

30.

–¡Explícame otra vez lo que haces tú aquí! –dijo Miralles de forma amenazante, acercando su frente, a modo intimidatorio, a la frente de Christian.

–Señor, recuerde que nos está ayudando –dijo Saturn intentando mediar.

Christian, Saturn y el inspector estaba fuera de la sala donde se proyectaba la web del juego. Miralles no daba crédito a lo que estaba pasando. Había perdido los nervios y había indicado a Christian que saliese con él fuera de la sala para poder hablar.

–¿Nos está ayudando de verdad, Christian?

Miralles estaba tan cerca de la cara de Christian que este último pudo notar como le salpicaba parte de la saliva del inspector. Pero Christian era un profesional, además de expolicía, y sabía que el inspector y todas las personas encargadas del caso estaban sometidas a mucha presión y que Christian estuviese allí no ayudaba.

–Hago lo que puedo, señor.

–¿Seguro que no estás aquí haciéndote el tontito para sacar información desde dentro pero en realidad estás involucrado en los casos?

–Le juro que no. Hasta hace apenas tres días yo no sabía nada de este juego ni de los cuerpos hallados. Yo me enteré de todo por mi secretaria.

–Ya, claro. Justo la misma secretaria que ahora se encuentra en paradero desconocido.

–Creo que está en peligro. De hecho, estoy preocupado porque sea ella la siguiente víctima.

–¿Qué pasa? ¿Qué no confía en que lo atrapemos antes?

–Deseo que así sea –dijo Christian– pero si no fuera posible me gustaría ayudar para conseguir rescatarla.

–¿Y por qué tiene usted contacto con el marido de una de las víctimas?
–quiso saber el inspector.

–Eso es culpa de Javier, el agente de la otra comisaría –intervino Saturn–. El hombre vino hasta Madrid para prestar declaración pero dijo que quería contar con más ayuda y recomendaron a Christian desde allí. A fin de cuentas ha sido de los nuestros antes.

Un policía de pelo canoso y vestido de uniforme hizo su aparición en medio del pasillo.

–Inspector, perdone que le interrumpa pero tenemos al sospechoso, Bernardo Olivares, sentado en la sala dos. Las cámaras están ya en

funcionamiento. También hay otra persona, un tal Pepe Ruíz, que dice que es su abogado y que vela por sus intereses.

–Gracias, vamos inmediatamente –dijo Miralles–. ¿Y qué hago con usted?

Esta última frase era para Christian, que tragó saliva y esperó hasta ver cuál era la decisión del inspector.

31.

Christian estaba ahora sentado en una sala con las paredes totalmente blancas. Detrás de donde se encontraba sentado estaba la puerta de entrada y justo en frente estaba una ventana desde donde podía ver y escuchar las respuestas de Bernardo Olivares Tejada. Para el sospechoso eso era un espejo pero para las personas que estaban en la sala de paredes blancas era un cristal de doble dirección. Obviamente Bernardo no podía verlos ni oírlos a ellos, salvo que alguien pulsara el interfono, en ese caso sí podría escuchar la voz de los observadores pero nunca verlos.

Dentro de la sala había tres sillas, pero José, el novato que había estado haciendo la presentación proyectada en la televisión anteriormente, tuvo que ir a buscar varias sillas más para que entrásemos todos. En la sala de observación estaba: Christian, Saturn, Óscar, José, la inspectora Viñas y dos mujeres policías más que no fueron presentadas.

Al otro lado de la sala dos, estaba Bernardo, su abogado, Miralles y un policía vestido de paisano que tomaba notas. No obstante todos habían sido advertidos de que la conversación iba a ser grabada.

Christian no daba crédito a su suerte. Estaba casi seguro que el inspector Miralles le iba a decir que se fuera de allí, o peor aún, que le dejaba retenido en una sala veinticuatro horas dentro de las dependencias de

la comisaría. Tenía poder para ello. Podría argumentar que Christian o El Enigma estaban obstaculizando una investigación policial. Pero no, lo había dejado ver el interrogatorio y, únicamente le había amenazado con una cosa: que llamase a Chema y le dijera que viniese a la comisaría echando leches porque tenía que contar la relación entre los dos casos o Christian personalmente sería denunciado.

Christian estaba convencido de que había sido pura coincidencia, pero eso había que demostrarlo. El azar es así, junta cosas que no tienen correlación pero aparentemente parece que sí.

El caso es que antes de empezar el interrogatorio volvió a llamar a su socio. Chema le confirmó que estaba de camino y que en diez minutos aproximadamente se encontraría en la comisaría. También le confirmó que seguía sin saber nada de Ana.

Tras las presentaciones y lecturas preliminares y obligatorias en el interrogatorio, Miralles pasó al tema en cuestión y las preguntas fueron muy directas.

–¿Qué tiene que ver usted con BerOlTe?

–No le entiendo lo que dice –contestó el sospechoso.

–La empresa del juego. SportKill.

–¿Qué juego? No hacen nada más que preguntarme, aquí y ayer en Toledo, por un juego pero yo no tengo ningún juego.

–Vale. Entonces le preguntaré otra cosa. ¿A qué se dedica? ¿Es empresario? No intente mentirnos porque podemos confirmarlo con la Tesorería y su DNI o CIF.

–Actualmente trabajo en un supermercado, en Ocaña.

–¿Perdón? –Miralles no daba crédito a lo que estaba escuchando.

–Es verdad– dijo en voz baja Saturn desde la otra sala donde observaban. Saturn tenía en una carpeta la vida laboral de Bernardo

Olivares.

–Llevo un año trabajando en un supermercado en Ocaña. Después de no aparecer hoy por mi puesto de trabajo espero conservar el trabajo aún.

–¿Me estas diciendo que estás trabajando por cuenta ajena? ¿No tienes ninguna empresa propia?

–No. Nunca he tenido ninguna.

–¿Y socio o accionista de alguna?

–No. No entiendo de eso.

–¿Me quieres decir entonces como un reponedor de un supermercado tiene un abogado que viene con él? –preguntó Miralles desesperándose.

–Creo que usted está perdiendo los papeles y no le consiento que hable así a mi cliente –dijo el abogado ejerciendo como tal.

–Tranquilo, Pepe. Yo no he hecho nada esta vez y puedo demostrarlo –dijo Bernardo dirigiéndose a su abogado–. ¿Qué quieren saber de Pepe?

–Cuénteme todo –dijo Miralles.

–Él es Pepe Ruiz. Es mi abogado desde hace un par de años. Seguro que todos han leído mi caso antes de venir aquí –el policía que tomaba notas sintió con la cabeza–. Estuve trabajando como matón para el clan de los Persas. Estos se dedicaban a prestar dinero para casinos y si no se les devolvía el dinero prestado con intereses yo me encargaba de extorsionar a los deudores y a sus familias. Antes de eso estuve presionando a otros con un tema de unas fotos escandalosas.

–O sea, que has estado involucrado anteriormente con temas de casinos.

–Sí, como le digo, con el clan de los Persas. Trabajé para ellos más de un año, hasta que me pillasteis –dijo con una medio sonrisa en la cara mientras recordaba aquel tiempo pasado–. Pepe fue el abogado que me

llevó todo hace dos años. Y al saber que tenía que presentarme en el cuartel de la Guardia Civil le llamé. Y aquí estamos.

Miralles negaba con la cabeza y miraba al suelo mientras escuchaba hablar a Bernardo.

–¿Y ahora te has rehabilitado?

–Claro. Todo el mundo tiene derecho a una segunda oportunidad. Por eso trabajo ahora en el supermercado, pero no solo de reponedor, también de cajero y a veces de mensajero.

–Aquello último lo dijo a modo de ritintín en contra del comentario anterior del inspector.

–¿Qué estudios tienes? –preguntó Miralles.

–¿A qué viene esto? –preguntó Óscar en voz baja en la sala de observación.

–Seguramente es para comprender si Bernardo tiene capacidad para desarrollar un juego con este o no –dijo Saturn en el mismo volumen.

–Estudí la EGB. Después empecé FP pero me quedé en segundo de <<chispas>> y me puse a trabajar. Y aquí estoy desde entonces.

Miralles comprendía que Bernardo Olivares no era capaz del desarrollo de la web, al menos no sin ayuda.

–Otra pregunta ¿a qué hora fuiste a la Guardia Civil?

–Mi cliente me llamó a las siete de la tarde, cuando fue notificado. Llegaría sobre las diecinueve treinta a las dependencias y después se nos pidió venir a Madrid. Llevamos con la Guardia Civil o con la Policía desde entonces.

–¿Han estado acompañados todo ese tiempo?

–Claro –dijo el abogado–. Acompañados o en salas donde descansar, pero bajo llave.

–Está bien –dijo Miralles derrotado ante la última respuesta–. Quédense aquí porque mi compañera, la inspectora Viñas, les seguirá haciendo alguna pregunta más.

Y Miralles abandonó la sala dos.

32.

–Si ha estado todo el rato bajo vigilancia y han venido desde Toledo él no ha podido matar a la última víctima. Ni ha podido mandar el sobre, aunque eso puede ser algo programado que no requiera de su presencia.

Miralles estaba con Saturn, Óscar y Christian en la sala desde donde se podía ver a Bernardo y su abogado sin que ellos fueran vistos o escuchados.

–Aún tenemos que descartar que realmente no tuviera nada que ver, pero parece un pobre hombre, relacionado con el hampa, pero no parece que sea el autor material. Joder ¿por dónde seguimos ahora?

–He pedido a Rosa que haga una revisión de lo que antes comentaba Christian, de los robos de camiones de basura, denuncias o posibles compras de segunda mano. Tenemos pendiente también saber si hay cámaras en la calle Magallanes que nos puedan servir. No solo podemos observar si hay actividad sospechosa, sino confirmar el testimonio del señor que estaba totalmente seguro de que el camión de la basura pasó a las dos y media.

–Del tema de las cámaras, si hay una contestación negativa por parte de tráfico, igual podríamos hacer una inspección visual y comprobar bancos, tiendas o cámaras de portales que nos puedan servir –propuso Óscar.

–Me parece bien –dijo Miralles–. Por cierto ¿qué pasa con Chema? ¿llega o no llega?

33.

–Ya voy, ya voy –contestó Chema–. Es que no arrancaba el coche. Estoy ya aquí. ¿Te mando la ubicación?

–No es necesario, pero aparece ya, que el inspector está contigo muy enfadado.

–Joer, pues ya lo siento. Entro al parking de al lado de la comisaría y voy. Por cierto ¿qué quiere preguntarme, lo de la mujer que investigaba hasta antes de ayer?

–Eso y el caso de Bernardo. Además Ana no aparece. Miralles, nos tiene señalados y no nos va a perder de vista.

–Bueno, mi querido Christian, eso no me preocupa. Tú sabes, por experiencia, que cuanto más evidente es un caso más complicado resulta ser. No siempre el asesino es el mayordomo. Así que tranquilo que en un minuto le aclaro yo todo a ese inspector Miralles y quedamos libres de cualquier sospecha.

–De acuerdo. No tardes –Christian se pasaba la palma de la mano por la frente mientras se limpiaba el sudor–. Yo me voy con Óscar, a la calle Magallanes. Queremos hablar con los dueños de tiendas y establecimientos para ver si tienen cámaras.

–¿Cámaras? ¿Y eso? ¿Creen que pasó el asesino por allí?

–Sí, pero no andando. Yo les he abierto la posibilidad de que todo lo haga con un camión de basura.

–Hostia, Christian, que buena idea. ¿Ves por qué te contraté? Eres muy bueno resolviendo casos. Como este le resuelvas también la policía no va a dar crédito. Bueno que te dejo que me meto en el parking y no creo que haya cobertura.

–Vale, Chema. Recuerda que yo me marchó a la calle Magallanes, pero vuelvo en un rato a esta comisaría.

Y Christian colgó su llamada.

Mientras que Christian hablaba por el móvil apartado de Óscar y Saturn, estos habían formado corrillo con otro grupo de policías, de los que reconoció a Sebastián.

–¿Qué pasa Sebas? ¡Cuánto tiempo hacía que no coincidíamos! –dijo Christian dando un golpe en la espalda del policía que acababa de reconocer.

–¡Eh, hola! –dijo Sebastián.– Me están contando Saturn y Óscar que les ayudas en el caso *Detritus*.

–Sí. Pero ha sido más porque mi empresa se ha visto envuelta que por solicitud de los de arriba –dijo Christian levantando la mano derecha y señalando hacia el techo con el dedo índice.

–Nosotros acabamos de ser designados a este caso también. Es máxima prioridad para la capital. El alcalde de Madrid y la presidenta de la comunidad no paran de ejercer presión hacia abajo. Se están desatendiendo otras cosas para que todas las comisarías de Madrid se centren en los cubos de basura.

–¿Y qué me decías de las búsquedas? –interrumpió Saturn y dirigiéndose a Sebastián

–Que no hay ninguna denuncia por robo de un camión de basura en los últimos seis meses, en toda España –dejó una pausa para inspirar aire y de paso dar más dramatismo a sus palabras–. Lo que sí hemos podido encontrar son dos páginas web donde se venden camiones de este tipo, de segunda mano. Vamos, hay más de dos, pero, al menos, en dos tenemos

constancia de que sí se ha producido una compra venta. Estamos intentando localizar a los vendedores para que nos den los datos de los compradores. Uno no coge el teléfono y el otro estaba trabajando y ha dicho que en cuanto que llegue a casa que busca los papeles y nos los hace llegar. La verdad es que este último vendedor ha sido muy amable. Es de Zamora, pero está al tanto del caso de Madrid y nada más pedirle la información se ha ofrecido a colaborar.

–Bueno, pues a ver si sabemos algo pronto –dijo Saturn–. Óscar se va con Christian a los alrededores de San Bernardo para ver si consiguen alguna imagen de la noche. Es una pena porque a Óscar le necesitaban en Hortaleza para ayudarles a conseguir la IP de la web del juego.

–Si quieres que vaya otro con Christian y yo voy a Hortaleza –dijo Óscar.

–Quita, quita, que ya nos hemos organizado así. Además, por lo que dicen, no parece que esté encriptada ni nada. Va a ser fácil saber quién es el dueño.

–Vale. Bueno, pues Christian y yo nos vamos –dijo empujando ligeramente el brazo de Christian para que se moviera. Christian por su parte no dijo nada más y se despidió del grupo de policías levantando la mano a modo de saludo.

–¿Cómo vamos, Óscar? ¿En coche oficial?

–No, mejor no llamar tanto la atención, vamos en mi coche.

–¿Crees que es mejor llevar un coche particular?

–Claro. ¿No dicen que el asesino siempre vuelve al lugar del crimen? Pues vamos a ver si les pillamos in fraganti.

Christian no dijo nada más y se mantuvieron ambos callados hasta que estuvieron en el interior del coche de Óscar. Una vez dentro Christian volvió a preguntar.

–¿Cuál es tu teoría?

–La mía es sencilla –dijo Óscar poniendo en marcha el coche y haciendo que sonara un poco el motor antes de salir lugar donde estaba aparcado–. Creo que han usado el juego para conseguir datos personales de las personas. Y, por algún motivo, las personas seleccionadas para sus crímenes no cumplían algún criterio. O lo cumplían demasiado, no sé cómo interpretarlo.

–Estoy de acuerdo contigo pero, ¿qué criterio?

–Eso es lo que hay que adivinar.

–Yo creo que nos estamos centrando demasiado en el tema del juego pero, si como dices tú, es solo usado para conseguir datos personales, entonces hay algo más que debe unir a esas personas. Y claramente no es el sexo, porque aunque la mayoría han sido mujeres, no hay que olvidar que el primer cuerpo encontrado es un hombre. ¿Alguno más sería adicto a la heroína?

–Ya, pero de eso se está encargando otro equipo, no nosotros. Ya has oído a Sebas, esta es la primera vez que las comisarías se unen de esta manera para trabajar conjuntamente. Nunca antes en Madrid ha habido un caso así.

–Lo sé, pero me gustaría saber qué une a todos los asesinados –continuó Christian dándole vueltas.– Es más, ¿qué tiene en común Ana, mi secretaria, con todo esto para que en el caso de que ella esté en peligro podamos ayudarla?. Estoy realmente preocupado por ella. Chema, mi socio, ha estado llamándola constantemente y salta todo el rato el contestador. Cosa que me recuerda que si Chema ya está en comisaría y le están preguntando no va a poder llamar. Voy a llamarla yo.

Christian sacó su teléfono móvil del bolsillo del pantalón y fue directamente al listado de llamadas recientes, en segunda posición estaba el teléfono de Ana. Marcó y, como en veces anteriores, saltó el contestador pero esta vez no se podía dejar mensajes porque estaba demasiado lleno.

–Nada, sigue sin responder. Tenemos que dar con los asesinos lo antes posible, porque si no Ana puede estar muerta en unas horas –dijo Christian

con angustia. Además, ya oscurece.

–¿Has llamado a alguien de su familia o a algún amigo de ella? Por preguntar si saben dónde está y por avisarles también.

–No tengo datos de nadie. Dios –dijo Christian–, así pensado vaya mierda de investigadores privados. Nos dedicamos a resolver casos de otros y no nos hemos preocupado de saber datos de la persona que trabaja en la oficina.

–¿No sabes dónde están sus padres? –dijo Óscar un poco sorprendido.

–Creo que no viven aquí. Ya viste que su segundo apellido no es español.

De repente se hizo el silencio entre ellos y se pudo escuchar un mensaje que salía por la radio del coche. Hasta ese momento Christian no se había fijado en que Óscar llevaba la radio encendida. El mensaje del locutor era bastante alarmante:

–Cada uno puede hacer lo que mejor considere, pero si vives en Madrid nosotros te recomendamos que te vayas a casa lo antes posible. Y si tienes la mala suerte de trabajar en turno de tarde o de noche, intenta ir siempre con alguien por la calle y con el móvil en la mano por si tenéis que llamar a la policía. Por cierto, querido oyente, si tienes intención de apuntarte al juego más popular de este año, piénsatelo dos veces, porque solo por estar en la lista pueden matarte de verdad. Tu nombre saldrá en todos los medios, pero no precisamente por ser el vencedor.

–Esto no ayuda –comentó Óscar.

–Si esto es lo que dicen en la radio no quiero ni imaginarme los programas sensacionalistas lo que deben estar diciendo. Me pregunto cómo se enterarán los periodistas de toda la mierda.

–Ya hemos llegado –observó Óscar.

–La verdad es que el barrio está medio vacío. No solo de personas, sino de coches también.

–Pues para lo que es el barrio, sí.

Óscar aparcó sin problemas, era una de las ventajas de tener un coche híbrido, que podía aparcar en cualquier zona, incluso los días de restricción.

–¿Por cuál empezamos? –quiso saber Christian.

–Los bancos no, que esos facilitan fácilmente las cintas de las cámaras. Tenemos que preguntar en las tiendas, no solo si tienen cámaras sino si, además, las tienen apuntando a la calle.

–Pero eso es ilegal, ¿no Óscar?

–Sí, pero una cosa es lo que no hay que hacer y otra lo que hacen de verdad las personas.

Christian notó a Óscar un poco más hosco de lo habitual pero lo achacó al coñazo de misión que le había tocado. Óscar se dedicaba a otras cosas dentro de la policía y estar pateándote la calle hoy no era lo más divertido para él.

Policía y detective estuvieron recorriendo, mano a mano, todas las tiendas de las calles por las que supuestamente habría pasado el camión de la basura. No hubo éxito en ningún caso, hasta que llegaron a una tienda de pakistaníes que estaba a punto de cerrar. Al principio negaban tener una cámara y mucho menos apuntando a la puerta y a la calle, pero gracias a la habilidad de Óscar, y a su conocimiento de programas, que observó que en la pantalla de la caja, que no era otra cosa más que un ordenador adaptado, había un icono que se correspondía con un programa vinculado a una cámara de seguridad. Tras mantener una conversación, un poco tirante entre los dos pakistaníes de la tienda y el policía, finalmente les dejaron ver las imágenes de la cámara. Según parecía, aunque la puerta estuviera cerrada la cámara era capaz de enfocar por encima de un cartel que tenían y se veía a las personas que pasaban por fuera. También se veía, con menos nitidez, pero se apreciaba, la calle con los coches que pasaban circulando. Las imágenes del programa vinculado a la cámara se borraban cada cuarenta y ocho horas, pero aún se conservaban.

Christian y Óscar estuvieron viendo las imágenes desde las doce de la noche aproximadamente. Cerca de las dos de la madrugada se ve pasar al camión de la basura. Ninguno de los dos dijo nada, solo se miraron entre ellos. Aunque ya habían visto pasar el camión de basura dedicado a los cubos amarillos y a los trabajadores que se van subiendo y bajando del camión para colocar los cubos, siguieron visualizando la cámara pero de forma rápida.

–Espera, echa la imagen hacia atrás –dijo de repente Christian. Habían llegado a las dos y media de la madrugada. Exactamente la cámara marcaba las dos y treinta y dos minutos cuando se ve pasar otro camión de la basura. Aparentemente era semejante, pero en las retinas del policía y del investigador aún estaba el primer camión, y vieron diferencias. Este segundo era algo más pequeño pero iba pintado con los colores blanco y verde de los camiones del Ayuntamiento. En este caso el testigo que nos había dicho que él había visto el camión más tarde tenía razón.

–El hombre que habló con nosotros y que juraba y perjuraba que el camión había pasado más tarde tenía razón –apuntó Oscar.

–Yo no veo que sean iguales, pero es verdad que si tu no estas pendiente de los camiones de basura, todos te parecen igual -dijo Christian.

–Además los colores están muy conseguidos.

–Los colores y súmale la suciedad que suelen llevar, aunque luego en las centrales los den manguerazos –dijo Christian–. ¡Mira eso!

–¿El qué? –dijo Óscar.

–Da marcha atrás a la imagen y fíjate bien en la parte posterior del camión.

Óscar hizo lo que Christian le dijo y ambos pudieron ver como en la parte de detrás del camión iba subido, de pie, una persona vestida de basurero, con su casco y todo.

–¡Esto confirma nuestra teoría! ¡Son más de uno! Uno conduce y otro va detrás, simulando a los trabajadores reales.

Christian no podía estar más pletórico sobre lo que acababa de descubrir.

—¡Necesitamos una copia de esta imagen ya! —medio gritó Óscar a los pakistaníes que solo deseaban que aquellos hombres se fueran de una santa vez de su tienda de ultramarinos.

—¡Qué pena que no se vea desde este ángulo cómo hacen para llenar el cubo con el cuerpo sin vida! —dijo Christian con lástima—. Por lo menos, con esta imagen, seguro que podemos sacar la matrícula del camión.

34.

Cuando acabaron de conseguir la copia de la cinta, con un pen drive que les facilitaron los mismos dueños del establecimiento, Christian y Óscar volvieron al coche. Hacer esta labor de investigación les había llevado más tiempo del que esperaban y ya se había hecho de noche.

—¿Qué vas a hacer tú? —preguntó Óscar cuando estaban de nuevo dentro del coche—. Yo tengo que llevar esta prueba a comisaría ahora mismo. Seguro que más de uno está temblando por que se haga noche profunda y pueda aparecer otro cadáver. El caso es que no se qué tienes pensado hacer tú, si irte a casa o venir a comisaría conmigo.

—Pues casi que me voy contigo a comisaría. Chema seguro que aún está allí. Me espero a que él acabe y luego nos marchamos juntos.

—Vale —dijo Óscar mientras se ponía el cinturón de seguridad del coche. Por cierto, voy a llamar a Miralles para avisar de que ya vamos y de que tenemos una prueba.

Dicho esto se puso a marcar un número que tenía en su agenda pero puso el manos libres para que Christian también pudiese escuchar.

–Miralles –dijo una voz al otro lado de la línea.

–Jefe, somos Óscar y Christian. Creemos que hemos encontrado algo. Había una tienda que nos ha proporcionado una imagen donde se ven dos camiones de basura. Además se ve casi perfecta la matrícula del camión falso. De ahí vamos a poder sacar bastante información.

–Genial. Oscar, ¿Christian también está escuchando esta conversación?

–Sí, jefe. Tengo el manos libres del móvil puesto.

–Bien, porque quiero que lo oiga. Ya sabemos quién está detrás de la web del juego. Se trata de una empresa informática que pertenece a un holding de empresas, cuyo dueño es José María Aguilar, entre las cuales se encuentra también El Enigma.

–¡¿Cómo?! –gritó Christian.

Este giro de los acontecimientos no se lo esperaban.

–Lo que has oído. ¿No es tu empresa?

–Pues s-s-sí –dijo Christian casi titubeando. Él llevaba casi dos años trabajando para El Enigma y nunca había pensado que esta empresa de detectives privados estuviera vinculada a otras muchas. Y menos aún a una de informática, aunque supiese que Chema tenía más empresas. Nunca pensó en que hubiese relación entre los negocios de su socio. Resultaba absurdo y casi se mareaba solo de pensarlo, aunque, por otra parte, a veces Christian se preguntaba de dónde sacaba Chema el dinero para mantener la agencia. Habían pasado algún mes sin prácticamente trabajo y los ingresos que generaban no eran muy boyantes. Igual Chema usaba el dinero de otras inversiones. Sí, seguro que era eso.– ¿Ha preguntado a Chema sobre esto?

–¿A José María Aguilar? Claro que me gustaría preguntárselo, pero no ha aparecido.

Hubo un silencio cortante, donde Óscar y Christian se miraban a los ojos sin saber ninguno qué decir.

–¿Cómo que no ha ido?!

–Lo que oye –dijo Miralles.

–¡Pero si la última vez que hablé con él estaba aparcando en el parking público que está justo en la misma manzana de la comisaría!

–Pues una de dos, o se ha perdido o nos ha engañado y está metido en esto hasta las cejas –afirmó el inspector.

–O le ha pasado algo, como a Ana –dijo Christian.

35.

Claramente algo no encajaba. Igual la mujer que ponía los cuernos a su marido, y que había investigado Chema era la clave de todo. Chema se dedica a seguirla, descubre que es lesbiana y que le pone los cuernos a su marido y Chema y Ana desaparecen. Tenía que ser algo así. Christian no había desaparecido, pese a estar involucrado en el tema del sobre, pero claro él llegó a esta situación por Matías, no por la mujer adúltera. ¿Y Ana? ¿Cómo encajaba en todo esto? Tal vez Ana supo algo que no debía por Chema, pero ¿el qué?

Christian no paraba de darle vueltas. Pero en esa historia que estaba dando forma en su cabeza faltaban enlazar el resto de las muertes, los sobres con las claves y Bernardo.

Óscar, que iba conduciendo, había puesto rumbo a la comisaría de nuevo. Christian no sabía qué pensar, ni qué hacer. Después de colgar la llamada del inspector había intentado localizar, él mismo, a su secretaria y a su socio, pero ambos tenían el teléfono apagado. Ana continuaba con el

contestador lleno y Chema solo tenía el mensaje de que su dispositivo se encontraba apagado o fuera de cobertura.

–¿Qué piensas? –preguntó Óscar.

–Pues, en realidad, ya no sé ni qué pensar –dijo Christian–. Chema no puede haber desaparecido así como así. Me dijo que estaba en el parking de al lado de la comisaría. Si algo malo le hubiese ocurrido no tenía nada más que correr hasta allí. Joder, no tengo un buen presentimiento.

–Pues ya verás cuando lleguemos. Miralles te va a poner la cabeza como un bombo. Para ser investigador privado parece estar demasiado involucrado.

Christian puso mala cara antes este comentario de Óscar. Lo peor es que tenía razón. ¿Qué le iba a contar ahora al inspector? Tendría que ir esta misma noche a su despacho para buscar toda la documentación del último caso de Chema. También debía buscar en los ficheros antiguos, para conseguir todo lo que pudiera de Bernardo Olivares Tejada. El inspector tenía que percibir que colaboraba, lo cual era cierto.

Mientras Christian divagaba con sus pensamientos el teléfono de Óscar sonó. Como iba conduciendo lo volvió a poner en manos libres después de presentarse.

–Óscar, soy Saturn ¿venís ya?

–Sí –dijo Óscar–, es que San Bernardo ya sabes como es.

–¡Lo tengo! –gritó en ese instante Christian.

Óscar casi pega un volantazo por el susto y Saturn no entendía nada.

–¡¿Qué tienes?!

–¿Y si alguien solamente juega al despiste? El asesino o asesinos, claro.

–Tú sí que me estas despistando, Christian, y la vamos a tener –dijo Óscar que estuvo a punto de saltarse un semáforo en rojo por el volantazo.

–A ver: alguien firma cono Bernardo Olivares Tejada, pero en realidad no sabemos quién es. Se puede llamar así o Perico de los Palotes. El caso es que usa ese nombre por algo. Y yo creo que ese algo es porque, a su vez, el Bernardo original estuvo en su momento involucrado con temas raros en el casino. Los asesinos usan como reclamo un juego, o eso creemos y, sospechosamente, la web del juego tiene una ficha de casino. Igual firman con Bernardo Olivares Tejada porque conoce algo del pasado de este hombre, pero solo quiere despistarnos. Mientras estemos interrogando al Bernardo de verdad el resto tiene libertad para realizar otro asesinato. Y es posible que la siguiente sea Ana.

Óscar y Saturn se quedaron callados.

–¿Y tendrá algo que ver también el hecho de haber dejado el último cuerpo en San Bernardo? Si os dais cuenta es el mismo nombre que con el que firma –propuso Saturn.

–Pues puede que sea una pista o puede que sea solo casualidad. También se han encontrado otros cuerpos en otros barrios de Madrid. Igual podemos investigar por ahí algo más, Saturn –dijo Óscar.

–Un momento –interrumpió Christian–. ¿Cómo no lo hemos visto antes? Joder, joder, joder.

Y mientras decía esto se revolvía en el asiento del copiloto mientras Óscar seguía con los mandos del coche.

–¿Qué? ¡Dinos qué está pasando ahora por tu cabecita! –dijo Óscar.

–¿No lo veis? Repetid en voz alta conmigo: Bernardo Olivares Tejada.

Saturn y Óscar dudaron si repetir el nombre del sospechoso o no. Al final ambos lo hicieron, uno sentado en el coche al lado de Christian y el otro a través del teléfono.

–Bernardo Olivares Tejada.

–¡Otra vez: Bernardo Olivares Tejada! –dijo Christian..

–Tío... –empezó la frase Óscar.

–Calla y repite: Bernardo Olivares Tejada.

– Bernardo Olivares Tejada –repite otra vez los policías.

–Vale, y ahora solo las iniciales de su nombre.

–B.O.T.

–Joder, es el ordenador del juego ese– dijo Saturn desde el otro lado de la línea telefónica. Christian casi podía imaginárselo echándose las manos a la cabeza–.Tenías razón, como no nos hemos dado cuenta antes. Y tengo otro dato más que cuadra con este: todos los *passwords* enviados son distintos, hasta los de las cartas enviadas fuera de Madrid. Todos eran un código alfa-numérico pero, aunque los números eran distintos, las letras son siempre las mismas: B.O.T

–¡No me jodas! ¿Y sabemos algo del paradero de Ana o de Chema?
–preguntó Christian a Saturn.

–Nada. Es cierto que se ha pedido la triangulación del teléfono de Ana, aprovechando que se está viendo dónde fue la última conexión de cada una de las víctimas. ¿Sospechas de ellos, Christian?

–No, más bien estoy muy preocupado. Sé que algo les ha pasado.

Hubo un silencio tenso y de preocupación que fue roto por Óscar preguntando.

–¿Y del teléfono móvil del resto de las víctimas sabemos algo?

–Estamos esperando el informe –contestó Saturn–. ¿Venís para acá entonces? Igual en una hora o así sabremos algo. Lo malo es que ya es de noche y vamos contra reloj en el caso de que a Ana la tengan retenida.

–Se me ocurre una cosa –dijo Óscar–, ya que estamos en el coche, Christian, ¿te parece que nos pasemos por la casa de Chema? Mientras tú, Saturn, deberías mandar a alguien al parking de al lado de la oficina para

ver si localizan el coche de Chema. También pregunta al de seguridad para saber si alguien le ha visto.

–Me parece bien –dijo Christian–. Nunca he estado en su casa pero te pongo en el GPS la dirección y vamos.

–Yo me encargo de lo del parking, Óscar. Nos mantenemos informados. Y tú, Óscar, cuidado con saltarte la los procedimientos, no olvides que eres policía y nosotros nos hacemos respetar y que respeten otros la ley.

–Vale, tío. Cuelgo. Luego hablamos.

Cuando hubo cortado la llamada Christian no pudo por menos que preguntar.

–¿A qué se refería Saturn?

–A que no me tome esto como algo personal. Pero para eso voy contigo, tu eres detective y puedes hacer cosas que yo no –dijo Óscar con una sonrisa en la boca.

36.

Llegaron en cuestión de cuarenta minutos al barrio de Chema, además, las calles de Madrid estaban desiertas. La alarma global generada en la sociedad había tenido consecuencias. El socio de Christian no vivía tan lejos de donde se encontraban pero consideraron ambos, tanto Óscar como Christian, que era mejor pasar antes por El Enigma para ver si localizaban a Chema. Óscar se quedó en el coche esperando, mientras que Christian subía a la oficina. Cuando llegó comprobó que la puerta estaba con llave y la alarma puesta. Marcó el número para desbloquear la alarma y que esta no saltara. Entró sin problemas. Todo estaba como lo había dejado antes de irse

él a comisaría. Revisó, desde la entrada, el sitio de Ana y comprobó que seguía igual de revuelto que como lo había dejado él al encontrar el sobre burdeos. Después fue al despacho de Chema, que estaba apagado y miró por si veía algo extraño, pero no fue así. Por último entró en su propio despacho, que también estaba apagado, e igualmente, no observó nada extraño. En vista de que no podía hacer nada más allí, bajó de nuevo y se subió al coche de Óscar. Ambos estuvieron callados prácticamente todo el camino hasta llegar a El Conde de Orgaz.

Aparcaron justo en frente de la casa de Chema. Era fácil aparcar en esa zona, todo el mundo tenía garaje y pocos dejaban su coche fuera. El barrio elegido por Chema era de los más tranquilos de la capital, todo rodeado de grandes y verdes bosques. Había edificios de hermosos apartamentos pero, en general, este barrio estaba formado por casas unifamiliares a cual más impresionante. En su momento fue un barrio muy solicitado por grandes personalidades de Madrid para vivir, a día de hoy este barrio había sido desbancado por otros con más seguridad privada, como La Finca.

Christian nunca le había preguntado a Chema por su casa. Sabía de la existencia de la misma y, por comentarios de su propio socio, aunque escasos porque no le gustaba hablar de su vida privada, siempre había asumido que era un chalet grande. Pero lo que veían sus ojos ahora no era lo que se había imaginado, era mucho más. No era una casa normal, era una mansión. Rápidamente Christian pensó en cómo alguien soltero y cuarentón, como su socio, se podía permitir una casa así y cómo la mantendría. Seguramente necesitaría de bastante personal para limpieza interior y para el jardín. Christian sabía que Chema tenía más empresas, heredadas todas de su padre que había fallecido dejándole todo un emporio de negocios de diversos sectores, pero el Chema nunca había estado interesado en eso y prefería seguir trabajando con su agencia de detectives, porque era lo que realmente sabía hacer. Christian se había enterado de lo del holding hoy mismo.

Óscar y Christian se bajaron del coche y se acercaron a la reja de entrada. Desde la misma podían ver la puerta principal de la casa con un enorme porche con columnas y a la derecha se intuía una piscina con dos tumbonas a los lados.

–¿Vive con alguien tu jefe?

–No. Bueno, no que yo sepa –dijo Christian–. Hasta donde yo sé no está casado. Pero debe de tener personal trabajando para él.

–Voy a llamar al timbre –dijo Óscar–. Tiene cámara de vigilancia, mira.

Óscar señaló por encima de la reja de la entrada donde, efectivamente, tenían una cámara de seguridad. Óscar llamó al telefonillo pero nadie le respondió. Las luces de la casa parecían todas apagadas, excepto las del jardín y la entrada. Óscar volvió a llamar al telefonillo con idéntico resultado. Christian comenzó a moverse a lo largo de la valla para ver si podía ver algo más. Desde la entrada principal para los coches pudo ver que más a la derecha, pasada la piscina, el terreno de la casa tenía una nave que hacía las veces de garaje. Christian pensó que dentro, por lo menos, entraban tres coches aparcados con suficiente espacio entre ellos. De repente creyó ver que una luz, dentro de esa nave, que parpadeaba. ¿Es posible que estuviera Chema dentro? Iba a comentarle este pensamiento a Óscar cuando este le habló.

–Mira –dijo señalando un pequeño mosaico, hecho con cerámica, y pegado a la pared de la entrada.

Desde donde estaba Christian no podía verlo así que se tuvo que acercar más a Óscar. En el mosaico ponía, con unas letras pintadas manualmente en azul, “Se Feliz. Casalma”.

–¿Qué clase de mensaje es ese? –preguntó Christian.

–¿No sabes lo que es Casalma? –Preguntó Óscar. A Christian no le sonaba de nada–. Es una organización para ayudar a otros o algo así. Berta, la que hace los pasaportes en comisaría, pertenece a esa organización. Igual Chema también.

–Hasta donde yo sé Chema no pertenece a nada, ni a una ONG, ni colabora con donativos con nadie. Esta casa, al igual que la empresa de informática y todas la que tiene en su poder, son heredadas tras la muerte de

su padre. No nos desviemos del tema , estoy preocupado. ¿Dónde está mi socio? Es cierto que es muy desastre y no siempre atiende las llamadas, pero en cuanto ve una llamada perdida la devuelve. Y ya ha pasado demasiado tiempo para no haberla devuelto. Además ¿te has fijado en la luz de ese garaje?

–¿Qué le pasa a la luz?

–He visto que parpadeaba. ¿Y si está ahí?

–Si, está ahí, o dentro de casa, lo más lógico es que nos hubiera abierto, ¿no crees, Christian?

–¿Y si no puede? ¿Y si le ha pasado algo o le retienen?

–¿Y quién le iba a retener?

–Los asesinos del juego –dijo Christian empezando a desesperarse con Óscar. Para ser policía tenía momentos en los que colaboraba más bien poco.

–¿Y si el asesino es él?

Christian y Chema se quedaron mirándose uno al otro en silencio.

–Pues yo voy a entrar –dijo Christian.

–Ah, ¿sí?, ¿y cómo?

–Saltando la valla.

–No lo hagas, Christian, o nos meteremos en un lío.

–Me meteré yo. Tu no saltes y así no cometes allanamiento de morada. De todas formas, aunque entrásemos en esta propiedad sin permiso, yo trabajo con Chema, sé que si ve que se trata de mí no denunciará la intromisión.

Óscar no parecía muy convencido.

–¿Y la alarma?

–No sabemos si hay alarma. Intuyo que con este casoplón sí que tendrá una pero yo creo que solo saltará si entramos en la casa y de momento donde quiero mirar es en el interior del garaje.

El ruido del móvil de Óscar sonando los asustó a los dos. Éste descolgó lo más rápido que pudo.

–¿Dónde estáis? –preguntó Saturn. Óscar no puso el manos libres para no alarmar con el sonido a nadie, en caso de que estuvieran dentro de la casa.

–En la puerta del pedazo de casa que tiene el socio de Christian -dijo bajando la voz todo lo que podía.

–¿Y le habéis localizado?

–No parece que haya nadie ahora mismo en la casa. Pero Christian quiere entrar para registrar el garaje, que parece que le da mala espina.

–No me jodas. Dile a Christian que os he dicho que no os metáis en líos -dijo Saturn.

–Dice Saturn que nos dijo que no nos metamos en líos -repitió Oscar para que Christian lo supiera.

–No os mováis de allí. Si necesitáis os mando una patrulla de refuerzo y vigilamos la casa y el garaje entre todos. Yo os llamaba para daros algo más de información y escuchad atentamente. Además el propio Miralles ha dicho que os lo cuente porque confía que entre todos encontremos a los asesinos. Tenemos los primeros resultados de los teléfonos móviles de las víctimas.

En ese momento Óscar sí activó el manos libres, para que Christian pudiese escucharlo.

-La primera víctima se conectó con su móvil por última vez desde su casa -narraba Saturn-. La segunda en mitad del campo, muy cerca de Medinaceli, esa llamada la tenemos grabada. La tercera también se

encontraba en casa. Y la última lo hizo desde Guadalix, donde su cuñada nos dijo que había desaparecido.

>>Ah, otra cosa –continuó Saturn– se ha recibido otro sobre que cumple las características de los enviados por B.O.T. Es burdeos y se le ha enviado a un hombre de treinta y cinco años de León. Pero no sé, es como si los asesinos se hubiesen visto cercados y hubiesen mandado el sobre de Galicia y el de León para despistar. O igual no. Quizás son sus próximas víctimas. El caso que es los dos personas que han recibido el sobre están localizadas, y en su casa, con una patrulla de la policía local aparcados en la puerta de sus respectivos hogares.

–¿Y la clave? –preguntó Christian.

–Igual, una secuencia alfa-numérica y B.O.T.

–¿Y sabemos algo del móvil de Ana? –quiso saber Christian.

–Pues sí. Acaba de encender el móvil hace menos de cinco minutos, nos lo ha informado su compañía móvil a la que habíamos pedido ayuda. Y no solo eso, hace tres minutos ha realizado una llamada al 112.

37.

–112, le atiende Maricela ¿en qué puedo ayudarle?

La teleoperadora acababa de empezar su turno y aún estaba abriendo los programas cuando ya le había sonado su terminal y recibía la primera llamada.

–Ayúdame –respondió una voz de mujer al otro lado de la línea.

–Por supuesto. Dígame qué le ha ocurrido. ¿Desde qué dirección me está llamando?

–No lo sé.

–¿No lo sabe? Pues indíqueme qué clase de ayuda necesita.

–...

No se oía nada salvo el silencio al otro lado de la línea.

Maricela ya tenía mucha experiencia en esta clase de llamadas. Sin ir más lejos, el otro día tuvo que atender la llamada de una de las víctimas del caso *Detritus*. Ella no sabía nada de este caso pero ahora todo el mundo hablaba de ello. La policía consideró interrogarla después de encontrar a la chica muerta y saber que ella era la que había atendido la llamada. No lo pasó nada bien, porque nunca antes había tenido que ser interrogada por la policía y esas cosas le ponían nerviosa. Ahora estaba todo el mundo con pánico por la calle. Nadie quería trabajar de noche, pero ella sí se había presentado voluntaria a venir en el turno de noche. Maricela pensaba que estaría más segura trabajando que en su propia casa, donde vivía sola.

–¿Cómo te llamas? ¿Me puedes dar tu nombre completo?

– Ana Rodríguez Majewski.

Al decir su nombre es cuando saltaron todas las alarmas de la policía, pero Maricela eso aún no lo sabía

–¿El motivo de la llamada es por un accidente de tráfico?

–No. Me van a matar. Yo soy la víctima número cinco.

Y entonces, cuando Maricela reaccionó y pensó en transferir directamente la llamada a la policía se cortó la comunicación. Maricela, inmediatamente, se dispuso de devolver la llamada, pero aunque lo intentó, el número marcado no daba señal y saltaba el buzón de voz lleno, donde la teleoperadora no pudo dejar ningún mensaje.

38.

–¿Cómo que acaba de hacer una llamada? –preguntó Christian bastante nervioso.

–Sí, ha llamado al 112 para pedir ayuda pero la llamada se ha cortado –contestó Saturn.

–¿Para pedir ayuda? ¡Dios, eso es que la tienen ellos!

–Sí, Christian. Lo lamento, pero sí. Estoy esperando a José, mientras que hablo con vosotros, porque igual son capaces de saber, de forma rápida, la ubicación de Ana, aunque la llamada ha sido muy corta.

–¿Y qué ha dicho? –seguía preguntando Christian, bastante desesperado y preocupado por su secretaria. No era la mejor trabajadora del mundo y él sabía que ella quería irse a otro sitio a trabajar, pero era su secretaria y después de un tiempo trabajando con ella la tenía bastante aprecio.

–Que ella iba a ser la quinta víctima –contestó Saturn.

A Christian le temblaba todo. Y a Óscar también.

–Chicos, escuchad –dijo Saturn para llamar su atención, como si no la tuviese ya– tengo la ubicación.

Saturn se quedó callado.

–¿Saturn? –preguntó Óscar que llevaba un rato callado.

–Saturn dinos algo. ¡No nos dejes así! –medio gritó Christian, olvidándose por un momento de dónde se encontraba.

El silencio al otro lado de la línea se mantuvo.

–¿Se ha cortado la llamada, Óscar?

Este movió la cabeza de derecha a izquierda indicando que no, que la llamada seguía activa según la pantalla de su teléfono móvil.

–Perdonad –volvió a resurgir la voz de Saturn desde el móvil de Óscar–. No os lo vais a creer. Ana ha llamado desde dentro de la propiedad de Chema.

–Ahora sí que entro –dijo Christian, sin esperar a nada ni a nadie y de dos saltos rápidos había pasado al otro lado de la valla.

39.

Christian no esperó al indeciso Óscar. Él tuvo muy claro que iba a mirar en el garaje. Si Ana había llamado desde allí no podían esperar a la patrulla que venía con refuerzos ni a nadie. Ahora estaban a tiempo de encontrar a Ana y esperar cinco minutos podía ser crucial para salvar su vida.

Se adentró por el jardín, intentando hacer el menor ruido posible. No había saltado ninguna alarma, por ahora, lo que era de agradecer. Se dirigió hacia la nave del garaje directamente, bordeando la piscina. En ese lado del jardín había más oscuridad y pensó que sería bueno para que nadie supiera que estaba allí. Con lo que no contaba es con que el jardín tuviese con un sensor de movimiento que hizo que se encendieran de golpe dos focos enormes que le apuntaban a él. En realidad no era a él a quien apuntaban, sino a la piscina y a la puerta de la nave, pero a Christian le pareció que había sido descubierto. Intentó cubrirse con un árbol, no muy alto, plantado cerca de una de las tumbonas, pero luego pensó que era absurdo. Si alguien estaba dentro del garaje ya se habría percatado de su llegada, así que siguió adelante y llegó hasta la puerta de metal. Christian echó de menos su arma. Tenía licencia y había comprado una hacía más de un año, pero siempre pensaba que era engorroso llevarla encima, especialmente para los casos

que solían llevar en El Enigma, así que se la había dejado en el despacho. ¿Cómo podía ser tan tonto? ¡Pero si había subido al despacho antes de venir a casa de Chema!

Intentó abrir la puerta más grande, pero estaba cerrada, intuía que por dentro, porque él no veía ninguna cerradura desde su posición. Se acercó a la puerta que tenía unas dimensiones más normales y esta estaba abierta. ¿En serio? No se creía su suerte. O tal vez no era suerte, era una emboscada.

De pronto se hizo la luz detrás de él. Todo el jardín había quedado iluminado de nuevo. Se trataba de Óscar que finalmente había decidido saltar la valla. Claramente las personas que estaban dentro les tenían que haber detectado y el hecho de estar la puerta abierta seguro que era por algo.

Christian esperó hasta que Óscar llegó a su altura y le hizo una seña indicando que la puerta estaba abierta y que iba a entrar. Christian se quedó algo más tranquilo al comprobar que Óscar sí llevaba su arma reglamentaria, y la llevaba desenfundada.

Christian le pegó una patada a la puerta para abrirla de un golpe, pero no atravesó el umbral, más bien se puso a cubierto con la pared del garaje. Christian no sabía que se encontraría al otro lado de la puerta pero no iba a entrar sin más por si alguien le disparaba o le agredía con algún arma.

No ocurrió nada. No se oía nada.

—Si estáis ahí que sepáis que estáis rodeados por la policía —se echó un farol Christian.

Silencio.

Óscar miraba a Christian y Christian a Óscar.

—¿Chema?

Nuevamente el silencio.

–¿Ana? –preguntó esta vez Óscar.

No se oía nada, salvo el ladrido de un perro, de algún chalet cercano.

–Voy a entrar –dijo Christian en voz baja. Óscar le contestó afirmativamente con la cabeza.

Christian entró dentro del garaje con tamaño de nave. Delante de él se hallaba la prueba más importante de todo el caso. Nunca había pensado que Chema fuera un psicópata. Es cierto que era raro, tiene dinero, más del que puede gastar, es un poco facha y a veces dice las cosas de forma directa y cruel, pero jamás habría sospechado de él. Pero si hasta le mandó información por email sobre casos que pudieran tener relación con el camión de la basura.

Óscar y Christian entraron dentro de la nave y le registraron rápidamente. No había nadie. Una bombilla titilaba en el centro del garaje. Tal vez era eso lo que Christian había visto desde la valla. Pero no importaba el motivo. Las dos únicas cosas que importaban era la llamada de Ana desde esta ubicación y la prueba que acababan de encontrar.

–Miralles no va a dar crédito cuando vea esto –dijo Christian.

Ante ellos, en el centro de la nave, estaba un camión de la basura aparcado.

–¿Qué hace Chema con esto en su casa? ¿Cómo lo ha conseguido? ¿No dijimos que no se había robado ninguno? –todas estas preguntas y más estaban rondando en la cabeza de Christian.

–Pues lo habrá conseguido como suponíamos, comprándolo de segunda mano –contestó Óscar, que no había guardado aún su pistola.

–Este camión debe estar lleno de ADN de todas las víctimas. Espero que vengan pronto los refuerzos. Saturn dijo que ya los había mandado, ¿no? –dijo Christian.

Óscar no dijo nada. Solo se le quedó mirando.

–Pero si la llamada se ha hecho desde esta propiedad y Ana no está aquí, eso quiere decir que ella debe estar dentro de la casa –pensó en voz alta Christian.

Según pronunciaba esta última frase la luz de fuera, la del sensor de movimiento, se volvió a encender. A modo de respuesta automática Christian se giró para ver de dónde provenía esa luz. Pero solo le dio tiempo a escuchar la voz de Óscar.

–¡Cuidado!

Y se hizo la oscuridad en su cabeza.

40.

Christian abrió los ojos. Estaba en una habitación, no muy grande, con la luz apagada. Pese a estar a oscuras se colaba una rendija de luz por debajo de la puerta. Al otro lado de la misma escuchó a un hombre y a una mujer hablar.

–¿Te deshaces tú de él? –preguntó la chica.

–Lo harás tú misma. Lo has estropeado todo con tus malditos juegos. ¿No tenías bastante con la web? ¿Crees que la vida son juegos todo el rato? –esta era la voz de un hombre.

Ambos hablaban tan bajo que Christian no podía saber si les conocía o no.

El detective miró a su alrededor. Estaba sentado y amordazado en una butaca individual, bastante incómoda, donde estaba más hundido que sentado. Sus manos estaban atadas a la espalda con bridas. Sus pies también tenían bridas y estaban sujetos al radiador. Alguien había metido en su boca

un pañuelo o tela y le habían puesto después un esparadrapo. No podía moverse. Le dolía enormemente la cadera. Pero ahora no podía hacer nada al respecto.

Además de la butaca y el radiador observó que la estancia contaba con una mesa baja, de fumador, y una estantería colgada de la pared.

¿Estaría en la casa de Chema? Si le habían retenido dentro de la casa habían cometido un gran error porque, según Oscar, Saturn les dijo que una patrulla estaba en camino cuando les había llamado. Por cierto, su móvil, ¿lo tendría aún en el bolsillo? Luego cayó en la cuenta de otra cosa más. ¿Y Óscar? ¿Le tendrían retenido como a él?

Una fuerte detonación se escuchó al otro lado de la puerta. Christian pudo ver la luz cegadora de la detonación. Alguien había abierto fuego, pero ningún otro ruido se volvió a escuchar. Ahora que lo pensaba. Se habían encontrado varios cuerpos pero nunca nadie le dijo, incluyendo a Fonseca, que los cadáveres encontrados hubiesen muerto de un tiro. ¿Era así como acababan con ellos? ¿de un disparo?

Christian quería salir de esa habitación pero no podía hacer nada. Por las voces ya había comprobado que los asesinos eran más de uno. Al menos lo integraban un hombre y una mujer, pero seguro que serían más. ¿Y Chema? ¿Cómo encajaba en esto?

La mente de Christian no paraba de funcionar. Intentaba atar todos los cabos. Seguro que el sobre burdeos que él encontró lo había puesto Chema ahí, porque la primera vez que miró no estaba. Ojalá lo hubiese sabido antes. Hubiera puesto a disposición de sus excompañeros policías la impresora de El Enigma. Chema debía de sacar las cartas con las claves desde ahí. ¿Y el otro día, cuando le llamó, y le contestó ronco diciendo que había pasado mala noche? ¿Cómo no se había dado cuenta? Era la noche anterior a encontrar el cadáver de su último caso. Y seguro que si seguía tirando de memoria podría llegar a confirmar que siempre que no madrugaba al día siguiente se encontraba un nuevo cadáver. ¿Y lo de usar el nombre de Bernardo Olivares Tejada? B.O.T. Eso sí había sido un golpe maestro.

No sabía cuánto tiempo le quedaba, pero le hubiera encantado saber todo y descubrirlo él mismo. Y, sin embargo, estaba como un tonto amordazado por una banda de asesinos psicópatas. Christian tenía que haberlo descubierto antes. Él era muy bueno en unir pistas pero hay cosas que se le escapaban. Por ejemplo, ahora sabía que Chema tenía una empresa de tecnología que fundó su padre. Christian imaginaba que cuando el padre de Chema la fundó lo haría teniendo claro el producto que quería vender, dudaba mucho que la idea fuera hacer un juego para matar personas. Chema tampoco era bueno en informática así que tendría que haber contratado a algún desarrollador o algo para conseguir que el juego funcionase, un ingeniero español como había dicho Ana en su conversación. Y a alguien experto en marketing para conseguir lo impensable, que todos los españoles quisieran jugar a matarse unos entre otros. Sportkill.

La puerta se abrió de golpe. Christian había sido consciente que, desde la detonación, no se había escuchado ningún ruido detrás de la puerta. Hasta ahora, claro. La silueta de un hombre medianamente alto, delgado y con bastante pelo apareció en el umbral de la puerta abierta. En su mano derecha portaba una linterna y estaba enfocando directamente a la cara del detective. Christian no podía ver bien con esa luz cegadora, sobre todo después de llevar tanto tiempo a oscuras. De todas formas, algo tenía claro, ese no era Chema. Vale que llevara mucho rato a oscuras pero la silueta que medio entreveía no correspondía a su socio.

–Te vamos a quitar las bridas de los pies –dijo la voz de una mujer.

Christian no daba crédito, pero había reconocido la voz de esa mujer. La estaba escuchando todos los días desde hacía un par de años. ¿Ana? Aún no la habían matado, gracias al cielo.

La mujer se acercó a él para cortar las bridas con un *cuter*. Cuando estuvo cerca de Christian comprobó que, efectivamente, se trataba de su secretaria. Christian seguía amordazado y no podía hablar, pero la miraba a la cara para intentar hacer contacto visual con ella. ¿Estaba haciendo esto bajo presión, alguien la amenazaba o la apuntaba con un arma? Pero no. Ella levantó los ojos y le sonrió.

–Hola, jefe. ¿Qué te parece que nos encontremos aquí?

–No hables con él –dijo una voz masculina.

Christian ató cabos. Pero ató los cabos que no quería atar. Sabía quién era ese hombre. Se llamó a sí mismo idiota.

41.

Habían desatado a Christian y le llevaban por un pasillo, sin luz, andando despacio hacia la puerta de salida. Ana y el hombre iban detrás de Christian. No lo había visto con sus propios ojos pero sí había oído el arma, así que intuía que le estaban apuntando, para que no hiciera nada. Cuando llegaron a la puerta de madera maciza Ana se adelantó y fue ella la que giró el pomo y la abrió.

“¿Dónde estamos?” quiso preguntarle a Ana, pero seguía amordazado y eso no era posible. Atravesó el umbral de la puerta que Ana había abierto y se encontró dentro de otra nave, pero esta vez no era la de casa de Chema. Esta era una nave industrial de algún polígono. ¿Cómo había llegado hasta allí? Lo último que recordaba era estar dentro del gran garaje de la casa de Chema donde estaba el camión de desperdicios, pintado exactamente igual que los del Ayuntamiento de Madrid. También recordaba encenderse la luz de fuera, del jardín, por el movimiento, y recordaba ver una silueta pero no llegó a saber de quién se trataba. Y lo siguiente era estar aquí, en esta nave, en la que hacía mucho frío, con los cristales rotos por todas partes, con dos personas, o posiblemente más, amordazado y sin ningún arma con la que defenderse.

–¿La manera rutinaria, le ahogamos? – dijo Ana al hombre que estaba detrás de Christian, todavía apuntándole con el foco.

Christian comprendió que Ana no era un rehén. Estaba allí por voluntad propia. La mente de Christian no podía aceptarlo. Entonces ¿ella no estaba jugando al famoso juego de matarse? ¿Y Chema? Cómo había estado tan ciego, todos a su alrededor estaban metidos en este juego horrible que tenía atemorizado a toda España, y especialmente a Madrid.

El hombre de detrás de Christian debió de asentir con la cabeza porque el detective no escuchó nada pero sí noto el roce de las prendas de ropa moviéndose.

–¿Y le vamos a tatuar el culo? –y Ana soltó una sonora carcajada–. Esto sí que no me lo esperaba, jefe, verte el culo.

–¡Sigue andando! –le increpó la voz masculina para que Christian siguiera caminando–. Y tú, Ana, átale por los tobillos con el arnés.

Christian comprendió que la nave, abandonada ahora, en sus mejores tiempos debió de servir para almacenar carne o algo así. Había grandes ganchos colgados del techo y fue uno de esos ganchos los que usaron para levantarlo del suelo y ponerle boca abajo, con el arnés en los tobillos.

Una vez puesto del revés, y colgando como un pedazo de carne vacuna, Ana trajo un cubo de basura de tapa naranja, con ruedas, como los que se encuentran en cualquier barrio de Madrid, y lo llenó de agua con una manguera.

Mientras que Ana realizaba esta labor canturreando en voz baja, Christian vio, por el rabillo del ojo que el hombre de la linterna se iba hacia la puerta por donde ellos habían entrado a la nave, pero luego le perdió de vista.

–¿Sabes lo que vamos a hacer contigo? Lo mismo que al resto de participantes de SportKill seleccionados, te vamos a ahogar. Y después echaremos tus restos a un contenedor de basura –dijo Ana.

Christian sentía miedo, pero como buen investigador no paraba de atar cabos. Las personas no tenía señales porque eran asesinados con agua. Fonseca no le había contado nada de eso cuando se reunió con él en el bar.

–Después te voy a tatuar el símbolo de SportKill, la ficha del casino, en tu blanco y bonito culo y después te vamos a depositar en tu barrio, en un asqueroso cubo lleno de suciedad y porquería. Antes te romperemos algunos huesos con la trituradora para que puedas entrar en esos cubos maravillosos que están por todas las calles de Madrid.

Ana parecía una psicópata hablando. No parecía la misma secretaria que hacía tan solo tres días le había hablado del infernal juego.

–¿Quieres que te quite el esparadrapo? La verdad es que puedes elegir ¿prefieres morir con la boca tapada y que el agua entre irremediabilmente por la nariz sin que tú puedas hacer nada o prefieres que te quite la mordaza y que intentes dar bocanadas de agua, como los peces, intentando buscar el oxígeno? Igualmente vas a morir.

Christian no podía hablar porque seguía amordazado y boca abajo pero dijo que sí con la cabeza, esperaba que Ana entendiera su mensaje.

–¿Eso es que quieres que te quite el esparadrapo? –preguntó Ana.

Christian volvió a asentir con la cabeza. No sabía qué es lo que iba a hacer pero para el detective era un minuto más de vida que conseguía. Igual si gritaba alguien le oiría, aunque después de tantos cadáveres encontrados en la basura era seguro que no le oiría nadie. Seguro que no habría nadie en kilómetros a la redonda y alguna víctima antes ya había intentado este mismo movimiento.

–Hola Christian –dijo Chema–. Qué fastidio que estés aquí.

Ana le arrancó en ese momento el esparadrapo de un tirón fuerte y sonoro. Christian no se molestó en lamentarse, prefirió escupir la tela que tenía dentro de la boca y que le reseca la lengua.

Christian fue a hablar pero tosió un poco.

–No te esfuerces. No merece la pena. Tu solito te has metido en esto. Debías mantenerte al margen –Chema negaba con la cabeza mientras pronunciaba estas palabras. Christian no sabía de dónde había salido su socio pero ahí estaba–. De hecho Óscar lo hizo muy bien cuando te envió a

Matías, porque fue Oscar, y no Javier, el que sugirió en la otra comisaría que te lo enviaran. Si la policía veía que El Enigma cooperaba nunca jamás iban a sospechar de nosotros. Incluso le hicimos creer, al pobre alcalde, que lo mejor para que no se descubrieran sus chanchulleos era que no diera el sobre rojo, perdón burdeos que sino hiero sentimientos. Pero Christian, con ese sentimiento de policía que tiene, tuvo que ir a sus excompañeros a contarle todo. Menos mal que Óscar estaba allí.

Óscar apagó en ese momento el foco. Ya no tenía necesidad de seguir ocultando su identidad.

–Óscar, tu eres policía, como has podido –dijo Christian.

–Oh, vaya, te sorprende más Óscar que nosotros –dijo Chema señalando a Ana y a sí mismo.

–Me sorprendéis los tres. ¿Hay alguien más metido en esto?

–La verdad es que no, de momento. Sabemos que varios periódicos ya se han hecho eco de que en el caso *Detritus*, gran idea de Óscar por cierto el poner ese nombre, están apareciendo cadáveres de personas que se han apuntado al juego, pero les falta aún llegar a saber el motivo. Pues todas tienen algún antecedente extranjero.

–¿Cómo? –dijo Christian moviéndose en el gancho por si podía liberarse de alguna manera. Notaba como la sangre se le estaba subiendo a la cabeza y le dolían los brazos de estar colgado y tenerlos atrapados con bridas.

–¿No te habías fijado? ¿Tú que te jactas de ser una persona que ata cabos rápidamente? –dijo Óscar.

–El juego es una tontería. Todas las personas actualmente están sobre estimuladas y están buscando constantemente algo que les haga soltar adrenalina, buscan la novedad y lo que esté de moda. Son fácilmente <<enganchables>>. Los muy tontos nos dan acceso a todos sus datos personales, nombre completo, DNI o NIE, gustos, en fin, de todo. Hasta aceptan, sin leer, que nos dan permiso para usar su micrófono, lo que quiere

decir que podemos hacer escuchas también. Además, España está cada vez más infectada de gente que debería irse a sus países. Vienen aquí a quitarnos el trabajo a todos nosotros. Mira, sin ir más lejos, la mujer del alcalde. Fuimos a por ella Óscar y yo. Intuyó todo cuando la metimos en el maletero –decía Chema con desprecio– como en las películas. La muy... intentó llamar a la policía con su móvil. Menos mal que la paramos los pies a tiempo.

>>Un día que tu no estabas en la oficina, estarías en un caso o visitando tu bar favorito lleno de policías, Ana y yo estuvimos hablando sobre eso. Y vimos que nuestras opiniones eran muy similares. Ambos nos habíamos dado cuenta que el gobierno no estaba haciendo nada y la selección natural de Darwin ya no funcionaba con tantos avances. Así que se nos ocurrió la idea de hacer un juego, uno en el que las personas se mataran, simuladamente entre ellas, y de paso poder ejercer nosotros mismos alguna selección.

>>Por si te lo preguntas, lo de usar los casos de El Enigma era más para poner a prueba a la policía que otra cosa. Cierto es que no esperaba que unieran lo de mi empresa de tecnología con la agencia de detectives. Pero, chico, esto demuestra que la policía sabe hacer las cosas.

–Pero, Chema, todo esto que dices de los extranjeros no tiene sentido. Ana es la primera que tiene un antecedente de un padre extranjero.

–Lo sé. Pero ella ha renegado de su anterior nacionalidad. Además, no solo son los padres o el lugar de nacimiento. También es importante el color de piel. Las personas blancas somos mejores en muchas cosas, por encima de otras razas. Puedes mirar en cualquier revista científica y verás que esto se corrobora. Ah, no, no vas a poder mirarlo porque te vamos a matar –concluyó Chema.

Christian sabía que Chema siempre había sido algo extremista en sus opiniones, pero esto era totalmente impensable.

–¿Revistas científicas? –preguntó Christian que ya se encontraba exhausto. Le dolía todo. No podía creer que estas personas viviesen en el siglo XXI. Su mentalidad era peor que en la época de la Inquisición.

–Claro –esta vez era Óscar quien hablaba–, no hay nada más que echar un ojo a la craneología y la antropología. Las bases científicas abalan el hecho de que el cráneo del hombre blanco está más desarrollado que el de otras razas. Bueno –se interrumpió a sí mismo –dejémos de charla que hay que acabar con Christian y llevarle al camión de la basura para dejar su cuerpo antes de que se haga de día.

–¿Dónde estamos? ¿Cerca de casa de Chema? –preguntó el detective.

–Está bien que intentes ubicarte y esas cosas pero no te servirá de nada. Cuando te di el golpe con la culata de la pistola te dejé inconsciente por más de una hora y te trasladamos en el coche de Ana, que era, por cierto, la silueta que vistes cuando se encendió la luz por el sensor de movimiento –contestó Óscar.

–Uy sí, que susto –dijo Ana–. Pensé que te había matado del golpe. Te comprobé varias veces la respiración para estar segura de que no estabas muerto antes de tiempo.

–Venga vamos –dijo Chema.

Ana comenzó a bajar el cuerpo de Christian, sujeto por los tobillos, con una polea para introducir la cabeza y medio cuerpo dentro del cubo lleno de agua.

–Óscar, sujeta el cubo lleno de agua, que ya sabes cómo se mueven estos cabrones en su agonía –dijo Ana.

–¡Espera! –grito como una súplica Christian–, ¿qué pasará conmigo? ¿Cómo lo explicaréis? Yo soy blanco y español de pura cepa, mi madre de Extremadura y mi padre de Cuenca.

–Mejor, así despistamos a la policía. Como el caso de la adúltera –dijo Chema–. Ella era jugadora de SportKill, pero no estaba en nuestra lista inicial. Cuando vimos que la policía se nos podía echar encima, gracias a la ayuda de Óscar, decidimos improvisar. Y el resultado fue ella. Por eso se encontró su DNI, para que se supiera. Dejar el documento de identidad fue a posta. Igual que lo del resto de sobres enviados a otras provincias del país,

es solo para despistar. De hecho me parecen pocos sobres los que han aparecido. Sino recuerdo mal también enviamos dos a Barcelona y uno a Sevilla.

–Óscar, tu eres policía. No sigas con esto –dijo Christian suplicando. Ya le daba igual–. ¿Qué pasa con la patrulla que me dijiste?

–Mentí. No había ninguna patrulla –contestó el aludido-. Saturn propuso enviar una, nada más. Esto no significa que la enviara realmente.

–Miralles te va a pillar, tarde o temprano. Eres policía, recapacita–. Christian notó como una lágrima se escapaba de su ojo y resbalaba por su frente hasta caer en el centro del cubo de basura lleno de agua.

Ana siguió bajando la polea y Christian notó como la piel de la cabeza, donde debía haber pelo, comenzaba ya a mojarse. Después su frente y sus ojos, que acababa de cerrar.

–¡No!, ¡no!, soltadme. Yo puedo ser también parte de esta organización

Christian, desesperadamente quería congraciarse con sus captores. No podía creer que así fuera su muerte. Él, que siempre había luchado por el bien iba a acabar asesinado como una víctima de su caso. Notó como su nariz y finalmente su boca se sumergían en el agua también. Ana siguió bajando con la polea hasta la cintura, con el cuerpo dentro del cubo.

Ana y Óscar estaban sujetando el cubo para que no hubiera incidencias, como les pasó con el viejo, la primera víctima, un chileno que, aunque llevaba más de treinta años en Madrid, debería haberse ido de aquí hacía mucho. El caso es que les había puesto todo perdido. Había tirado el cubo y desparramado el agua. En su caso hicieron falta dos intentos para conseguir ahogarlo.

Los tres asesinos notaban, en este momento, las patadas de Christian para intentar sobrevivir.

–¿Sabéis lo que más me molesta de todo esto? –preguntó Chema al resto–. Que no sabemos quién va a encontrar el cuerpo de Christian. ¡Qué

rabia me dio que en el caso de Cristina fuera la señora esa! ¿Es que no había otra por la calle?

—Chicos, ¿queréis que vuelva a llamar al 112? —preguntó Ana—. Puedo hacerlo desde algún sitio público y así tenemos a la policía un rato entretenida, ja,ja,ja.

Las tres personas que sujetaban el cubo con la cabeza de Christian dentro estaban disfrutando de su acción. Los tres sonreían.

42.

Tres semanas más tarde.

—¡Hola Maica!

—¡Hola Berta! ¡Qué bien que hayas podido quedar hoy!

Las dos amigas habían quedado a las cinco de la tarde en la Plaza Mayor para verse y tomar un café. Madrid entera estaba tomada por la policía y en todos los sitios seguían recomendando no salir cuando se hiciera de noche, pero la gente empezaba a relajarse. Hacía tres semanas que no aparecía ningún cadáver nuevo. El último que se había encontrado fue el del detective Christian Pérez del Vals, del que sospechaban que era el cabecilla y que formaba parte del resto de las muertes de Madrid. Su cuerpo había sido encontrado asesinado, como el resto de las víctimas del caso *Detritus*, dentro de un cubo de basura, con las articulaciones desmembradas, para poder introducir el cuerpo dentro del contenedor, y le habían hecho un tatuaje de una ficha de casino en un glúteo. El cuerpo fue encontrado por un agente de policía. Los periódicos no se habían hecho eco del nombre del policía pero en su comisaría todos sabían que había sido Óscar.

–Perdona que haya tardado, es que casi me paso de estación del metro.

–¿Y eso, Berta?

–Por lo del juego. ¿Te lo has descargado ya?

–¿El de *SportKill*? ¿No habían cerrado la web?

–No, tonta. Eso está obsoleto. Lo que es más *fashion* ahora es *SpaceKrafting*.

–Uy, ¿y de qué va eso, Berta?

–Pues mira, te das de alta y te creas tu propia nave espacial. Puedes jugar *on line* y conoces a gente. Les tienes que preguntar cosas sobre ellos mismos para conocerles, y si te cuadran, les agregas a tu equipo, y vas en grupo por la tierra y otros mundos matando a otras razas. ¡No veas como engancha! Lo mejor de todo es que tu seleccionas a otra raza y es un ordenador o algo así el que decide cuál de los dos grupos gana la batalla.

–Un BOT.